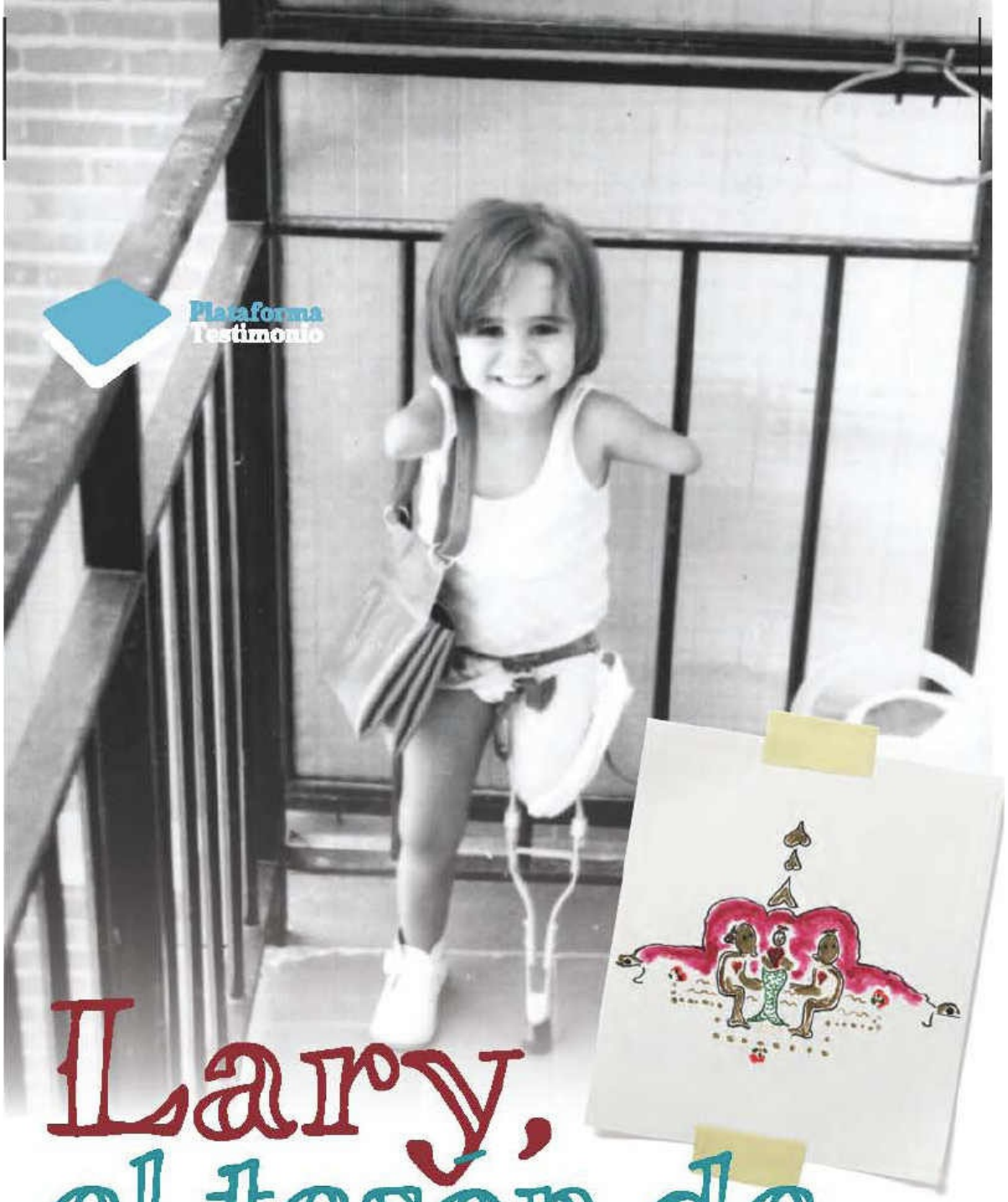


Plataforma Testimonio

Lary, el tesón de una sirena

Lary León y Javier Bergado

Ilustraciones de Sol León
Prólogo de Matías Prats

LA NECESIDAD, LA FALTA DE ALGO, ES LO QUE TE EMPUJA, ES LO QUE MUEVE EL MUNDO

Lary, el tesón de una sirena

Lary León y Javier Bergado

Ilustraciones de Sol León

Plataforma Editorial

Primera edición en esta colección: abril de 2012
Segunda edición: junio de 2012
© Lary León y Javier Bergado, 2012
© del prólogo: Matías Prats, 2012
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2012
Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 231, 4-1B – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
info@plataformaeditorial.com
www.plataformaeditorial.com
Diseño de cubierta:
Agnès Capella Sala
Ilustraciones:
Sol León

Depósito Legal: B. 24818-2012

ISBN EPUB: 978-84-15577-78-2

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

«La necesidad, la falta de algo
es lo que te empuja, es lo que mueve el mundo.»

LARY LEÓN y JAVIER BERGADO

Contenido

Portadilla
Créditos
Cita

Prólogo de un libro inolvidable, Matías Prats
Dedicatoria
¿Por qué un libro sobre mí?
1. La espiral de la vida
2. Hilarina la bailarina... Mi madre
3. Los hombres también lloran... Mi padre
4. Y así llegué yo
5. Lluvia de estrellas
6. Paréntesis. El hilo invisible
7. El mar
8. Un poquito de PAZ y un poquito de CIENCIA
9. El hospital: un limbo invertido
10. Una de piratas
11. Pie-Mano, Mano-Pie
12. Me aburro, me aburro...
13. Mamá, mamá, ¡mira, los loros...!
14. Sol, Sal, Agua y Arena
15. Gracias Heidi, gracias Clara
16. La Larita presumida
17. Hola, me llamo Marti
18. El cubo rojo
19. Pepinillos y fideos
20. Cadeneta multicolor
21. Flanes de piedras
22. El secreto de Manuela
23. Mi primer día de cole
24. «Esto» ¿soy yo?

25. De profesores y lecciones
26. ¡¡Rrrrrradio chupetín!! Pegada a la tierra
27. Los mayores son un rollo
28. Cumpleaños feliz
29. La pícara viborita
30. Los cristales bien limpios y los zapatos, si son de tacón, mejor
31. La manta de agua y estrellas
De Padres a Padres
Currículum
Agradecimientos
La opinión del lector
Otros títulos de la colección
Reinventarse

Prólogo de un libro inolvidable

Caminaba lentamente por los pasillos cercanos a la redacción, abstraído por los asuntos que nos suelen acompañar en nuestro habitual cometido, cuando, al volver una esquina, me quedé sorprendido.

No eran sus ojos almendrados, de un bello marrón intenso, ni la blanca sonrisa que lucía una amplia y perfilada boca. Ni siquiera el óvalo de su cara en el que a unos pómulos femeninos, angulados, seguía un mentón firme que apuntaba carácter. No era solamente eso lo que me llamó poderosamente la atención.

Eran sus pequeños muñones, acompasados a un andar resuelto, que sujetaban milagrosamente, en un claro desafío a la tozuda Ley de la Gravedad, sendos pliegos de documentos, recortes de periódico, carpetillas de archivo y una bolsa que seguro guardaba en su interior algún regalo para uno de sus desinteresados colaboradores. ¿Cómo demonios conseguía llevarlo todo? La saludé con rapidez, aún no repuesto de mi sorpresa, y ella amplió aún más su sonrisa al cruzarse conmigo.

No podía ser otra que nuestra Lary. Antes de que se alejara me preguntó: «Matías, he escrito un libro ¿me lo prologas, por favor?». «Por supuesto», le dije casi sin volver la cabeza y, al dar unos pasos más, me asaltó un pensamiento. La oferta de Lary era toda una tentación y, como diría el escritor aquel, «todo lo puedo resistir menos la tentación».

Ya sabemos que lo que prima en el mundo actual es lo práctico, lo que es preciso para la supervivencia. Dentro de este contexto, se argumenta que la suerte es un factor que no te viene dado, que se ha de buscar y trabajar para que la sientas contigo. Pero, como todas las afirmaciones de tipo general, esta también tiene sus excepciones. Y aquellas personas que por razón de trabajo, de familia, de relación social etc. nos hallamos cerca de Lary, estamos abocadas, en algún momento de nuestra existencia, a parar sobre nosotros mismos, a pensar en ella y a reconocer que la fortuna nos ha sonreído al conocerla. Porque ella sabe, mejor que ninguno de nosotros, que son las personas que nos rodean de forma cotidiana las que nos regalan, en el buen o mal sentido, el noventa y tantos por ciento de nuestras sensaciones vitales. Es decir, de nuestras vidas. Y ella, desde el mismo momento de nacer, se ha esforzado en atendernos a todos de una manera entregada y paciente. Eso sí, sin olvidar la parte más importante de este objetivo fundamental: ella misma. Su obediencia y sus travesuras infantiles, su rebeldía juvenil, su total dedicación a su formación profesional… todo ello sin olvidar su extraordinario amor hacia los demás.

Este libro que mantienes en tus manos, lector, te regalará ese amor, esa alegría y esa

dulzura que tiene reservada, sólo para ti, nuestra inmensa Lary. Pero todavía hay mucho más. Te dará, si eres capaz de aceptar, toda una filosofía, profunda y práctica, de la vida. Lary te va a hablar de esas «espirales» de las que venimos y de aquellas en las que hemos de montar para ir a donde queremos llegar. Vas a encontrarte con conceptos que hemos de tener muy claritos si deseamos sobrevivir, como aquel que diferencia entre los problemas y las dificultades. De que la esperanza podría encontrarse trenzada a los tejidos de una «mantita» con vocación de alfombra mágica.

Puedo ser pretencioso. Pero además es que quiero serlo. Desde estas letras me arrogo, Lary, la representación de todos aquellos que han tenido la suerte de rozar tu aún corta vida, y en nombre de ellos, de los que han pasado sin saber, sin darse cuenta, hasta los que, como la mayoría (entre los que me encuentro), hemos leído la profundidad del mensaje con que nos obsequias, quiero darte las gracias porque has optado, quizá sin buscarlo, por darnos otro acto de amor y de alegría al concretarlo en estas páginas, que no son sino la luz que todos, y digo bien todos, hemos de tener.

MATÍAS PRATS

Papá, mamá…
Os dedico este libro con todo mi amor.

¿Por qué un libro sobre mí?

¿Un libro sobre mí? ¿Por qué? La primera vez que me hablaron de escribir un libro me quedé sorprendida. Pero cuando el destino se empeña en algo, es mejor dejarse llevar y sucumbir a sus deseos.

Recuerdo perfectamente que era un 17 de abril porque en esos días andaba yo azarosa preparando mi tan esperado viaje a la India: recoger visados, vacunas, hacer la maleta, ultimar itinerario y la tarea imposible de dejar todo atado y en marcha en el trabajo para los 20 días que iba a estar fuera. Eran las 2 de la tarde cuando una vez más sonó el teléfono. Era Tina, jefa de los voluntarios de un importante hospital de Barcelona a la que he tenido el placer de conocer gracias a mi trabajo. Habíamos hablado muchas veces por teléfono y nos habíamos visto en dos ocasiones.

–Tina, qué alegría escucharte. ¿En qué te puedo ayudar?

–Verás… es que el otro día estuve con un amigo mío que tiene una editorial aquí en Barcelona. Acabamos de editar un libro sobre el voluntariado en el hospital, *El caballo de Miguel,* que te recomiendo, y al comentarme que estaba buscando nuevas historias de transmisión positiva fuiste tú lo primero que me vino a la mente. Lary, creo que tú puedes ayudar a mucha gente con tu experiencia y tu manera de afrontar la vida. Puedes ser el ejemplo para muchos padres que tienen niños con alguna enfermedad o discapacidad; al conocerte pueden sentir esa chispa que les mueva en su interior y que realmente crean que todo es posible.

Mi mente quedó completamente en blanco, no daba crédito, no entendía muy bien por qué mi historia podría tener algún interés. Yo no me considero tan especial ni tan diferente, así que… ¿Qué puedo contar?, bueno, ¡puedo contar muchas cosas, claro! Pero son cosas mías, de mi vida… Y… ¿A quién le pueden interesar…? En cuestión de segundos la misma pregunta me venía una y otra vez…

–¿Un libro sobre mí?

–Sí. Espero no molestarte pero no tuve más remedio que hablarle de ti porque creo que tu historia tiene que ser contada, tienes que seguir contagiando esa alegría como lo haces… ¿Puedo darle tu teléfono?

–Por supuesto, Tina, no hay ningún problema, pero dile por favor que me llame en un mes porque justo ahora yo me voy a la India

–¿A la India? Pues la editorial acaba de sacar la segunda edición de un libro que cuenta la historia de un chico que creó una fundación para ayudar a los niños pobres de la India; se llama *Sonrisas de Bombay,* tienes que llevártelo al viaje porque te va a encantar.

Casualidad… O no… que me mencionase el tema de la India… ¡India…!, todos mis quehaceres volvieron a agolparse en mi cabeza.

–Muy bien, Lary, pues que disfrutes de tu viaje. ¡Y léete el libro, ya verás cómo te va a encantar!

–Muchas gracias por todo, Tina, y gracias sobre todo por pensar en mí para algo tan bonito. Me pilla un poco de sorpresa pero agradezco tu cariño.

El sonido incesante del teléfono me despertó de mi lapsus. ¡Uy, con la de cosas que tenía que hacer! La proposición de Tina había llenado el único espacio que quedaba libre en mi cabeza, así que intenté centrarme de nuevo y como una hormiguita obrera continué cerrando asuntos para dejarlo todo bien atado.

Además, pensar ahora en escribir un libro me desbordaba; quizás por eso, con la sorpresa aún en el cuerpo, decidí aparcarlo, con mucho cariño y mimo, eso sí, en un rinconcito de mi mente. Y lo hice tanto, que aun siendo una hermosa proposición de la que todos los míos se sentirían igual de orgullosos o más que yo, no se lo comenté a nadie, ni a mis padres, ni a mis hermanos, ni siquiera a Xabi, que además de ser mi compañero de vida desde hace 18 años es mi mejor amigo y confidente. Aunque parezca increíble, no salió de mí ni un solo comentario sobre este asunto.

La India también tuvo que ver en mi hermetismo. Lo que se vive allí te deja tan sobrecogido que cierras con llave el cofre de tu vida cotidiana con tus problemas y tus alegrías, tus ambiciones y tus deseos… Tres semanas inmersa en un «mundo loco» en el que la belleza y la miseria humana forman una sola cuerda, una cuerda de contrastes, multicolor, gruesa y trenzada muy difícil de deshilar; cuerda que en ocasiones se transforma en soga. Soga compuesta por cientos de fibras, hilos que se entrecruzan sin atender a un orden aparente, al menos a uno que por el momento yo pueda descifrar. Cada hilo en mi mente se traduce en imágenes, olores, miradas, sentimientos, muchos sentimientos, calor, mucho calor… calor que me hacía sudar sin cesar. Sudor que sobre mi piel también fue testigo de escenas inimaginables. Entonces se helaba de golpe convirtiéndose en escalofrío.

Durante este tiempo no comenté nada y no me permití ni siquiera pensar en el tema hasta que regresé al trabajo.

Recién aterrizada en mi mesa, me detuve ante la agenda abierta donde estaba escrito con mi letra un nombre: Jordi Nadal. Decidí que sería al día siguiente cuando, tranquilamente, investigase en Internet algo sobre los libros que publicaba su editorial.

Pero el destino tenía otros planes para mí: a pesar de mi pudor y mis dudas, la decisión ya estaba tomada.

A punto de entrar a una reunión, sonó el móvil. Era Cristina, una periodista de Madrid a la que había conocido recientemente por trabajo. En cuanto vi su nombre en la

pantalla del teléfono recordé que me había mandado un mensaje cuando yo estaba todavía en la India: «Llámame cuando puedas, tengo un asunto que comentarte pero tranquila que no es de trabajo», así que tenía pendiente devolverle la llamada. Tras comentar a grandes pinceladas alguna anécdota de mi viaje, ella fue directa al grano:

–Lary te llamo por un asunto más personal que otra cosa. Verás… «tengo un amigo que tiene una editorial…».

Me dio un vuelco el corazón, aquella frase me transportó veintitantos días atrás.

–Espera, espera, ese amigo tuyo… ¿No tendrá la editorial en Barcelona?

–Sí, es que está buscando historias bonitas de gente con experiencias interesantes de superación personal y no he podido dejar de mencionarte. Lary, la luz que tú transmites puede ayudar a muchas personas…

–Y no se llamará…

Varios papeles cayeron de mi agenda al intentar abrirla con rapidez. Pude leer de nuevo el nombre apuntado.

–¿No se llamará… Jordi Nadal… por casualidad?

–Sí… ¿Le conoces?

Me parecía fascinante la idea de que alguien hubiese tenido noticias de mi existencia a través de dos personas que no se conocían de nada, que no tenían nada que ver ¡y que vivían a más de seiscientos kilómetros!

–… Jordi es un hombre muy ocupado pero viene a menudo a Madrid por motivos de trabajo, así que podríamos concertar una cita y te lo presento… ¿Qué te parece?

Abrumada. Esa era la sensación. Lo que hago en mi vida, lo hago de manera natural, sin darle importancia o relevancia alguna, sin pensar en si es increíble, admirable. Así que no sabía hasta qué punto iba a saber contar las cosas que verdaderamente pudieran dar el sentido al libro. Protejo mi intimidad como un perro guardián. Como periodista que soy, sé el morbo y la expectación que mi día a día puede causar… yo estoy al otro lado, pero también soy consciente de que cada vez más gente se acerca a mí para contarme sus historias, sus discapacidades, la de sus hijos… Buscan en mí un reconocimiento, un espejo en el que mirarse, un consuelo y la idea de poder ayudar a alguien, aunque sea sólo con una mirada, un gesto, o con una simple pero cómplice sonrisa, me fascina, me llena plenamente.

¡Qué curioso el destino! Mi trabajo me está dando la oportunidad de sentir más directamente ese efecto que puedo producir en la gente que tiene algún problema o que piensa que tiene algún problema y tan sólo es una dificultad (sólo cuando descubrimos el sentido de las cosas los extremos deshilachados de los tramos de esa espiral por la que nos movemos y comienzan a anudarse, a unirse de nuevo, a tomar forma). Actualmente trabajo en una fundación dedicada a niños y parte de la labor que realizo está dedicada a

los pequeños que están ingresados en los hospitales. Además de intentar hacer más agradable esa estancia en el hospital para ellos, es importante también prestar apoyo a los padres que sacrifican todo por estar al lado de sus hijos. En alguna ocasión, he ido más allá de lo profesional y les he contado que yo también pasé gran parte de mi infancia en un hospital. Esa empatía reconforta y anima a seguir luchando con energía… No os podéis imaginar lo gratificante que es para mí.

–¿Lary? ¿Estás ahí?

–¡Sí, sí, perdona!

–Bien, bien, pues piénsatelo y te llamo cuando sepa que viene a Madrid. Me alegro de hablar contigo Lary.

–Y yo. Muchas gracias por pensar en mí.

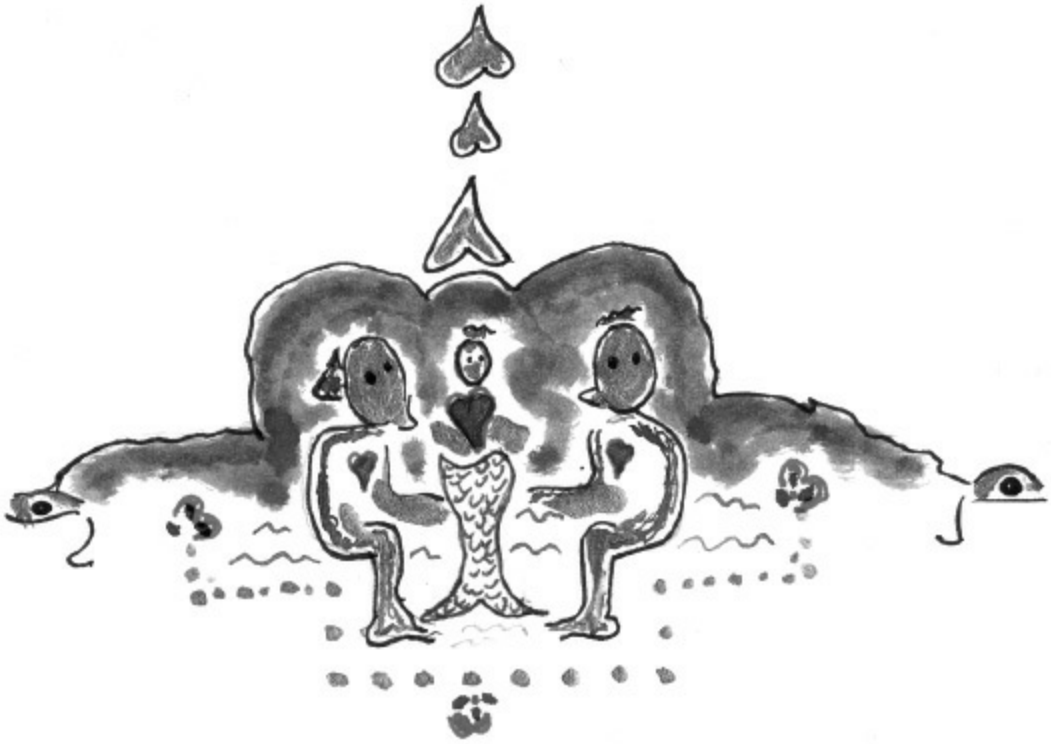
A veces, las señales son tan obvias, que es difícil no percibirlas. La casualidad de cómo había llegado mi nombre al editor me gustaba y le estuve dando vueltas a la cabeza todo el día. Desde ese momento me quedé «con el gusanillo en el cuerpo».

Los recuerdos de mi niñez comenzaron a agolparse en mi mente… Frases, imágenes, sensaciones… Empecé a pensar en lo importante que había sido el tesón de mis padres en mis primeros años, el apoyo de mis hermanos, la dedicación de los médicos, la naturalidad de mis profesores… La base de una infancia feliz en una familia normal (con sus problemas, sus virtudes y sus carencias) que reforzó un espíritu positivo, un espíritu que, afortunadamente, ya me venía de serie. Todo ocurre por algo. TODO. Todos venimos a este mundo con una misión. La mía, creo que es tan clara como mágica: mi propia existencia ayuda a los demás.

Al día siguiente recibí una llamada del propio Jordi Nadal, en esa primera conversación le conté mis temores, mi sorpresa y mi agradecimiento. Me prometió enviarme unos cuantos libros, pero para entonces yo ya había tomado mi decisión:

El libro además será una bonita manera de homenajearles a todos ellos: a los que me vieron crecer y a los que actualmente están a mi lado…

1. La espiral de la vida



«Antes de conocer el significado de la palabra reencarnación yo sabía que había sido una sirena.»

Crecí con esa fantasía que yo misma ideé, quizá por darle una explicación a la forma de mi cuerpo o porque desde que me bañé la primera vez en el mar, con tan sólo seis meses, sentí que el agua era el origen de mi existencia.

Era mi secreto y cuando me zambullía bajo las olas me veía a mí misma como una plácida sirena, me sentía feliz.

Hoy día me gusta seguir pensando en esa idea. El agua es el principio de todo. Yo tengo esa sensación muy a flor de piel. En el agua revivo sensaciones nuevas y a la vez reconocidas. A veces pienso que vienen de otros momentos vividos, de otros lugares, recuerdos que me hacen sentir bien, como en casa; entonces mi alma mojada se desnuda.

Me siento como las gotas que caen del cielo y resbalan por los cristales. Gotas lentas de formas caprichosas, diferentes, llenas e independientes, felices de unirse a otras gotas,

beber de ellas, darles otra anatomía, empujarlas de su letargo, dejándose llevar unas por otras; gotas que caen también sobre las hojas de los árboles, que resbalan por sus ramas y dan vida. Para mí la vida es como un manantial de agua fresca y limpia que fluye, sigiloso y constante pero sobre todo que va adaptándose al terreno, a su curso. Corriente que baja silenciosa y serpenteante, bordeando las piedras del camino, piedras pequeñas, piedras grandes, erosionadas, puntiagudas. Acaricio sus formas por rugosas que sean, analizo, esquivo y sobre todo me empapo de su tacto, de su sabor, de su olor… Sigo mi dirección. Me encanta la quietud, la perseverancia, la fluidez natural, pero si la corriente me lleva a un gran salto, cojo impulso y a por todas. La altura me fascina, la fuerza, el ser empujada, me dejo llevar por la inercia. Las cascadas, los torrentes, los precipicios, también tienen su belleza. Al caer, uno no sabe qué terreno le depara. Pase lo que pase mi pasión es comedida porque estoy convencida de que todo sucede por algo, así que, si la caída es dura, será porque hay que aprender a levantarse y si es ideal hay que disfrutarla pero sin alardeos ni excesos: mi pasión es más bien íntima.

Tanto el mar en calma como el fuerte oleaje atrapan e inquietan. Son las olas las que dejan y se llevan todo, y a mí me gusta observar la huella que dejan en la arena peinada e inmóvil.

Ser agua atrae miradas y crea reacciones encontradas: admiración, vértigo, respeto, miedo, tranquilidad, inquietud. No deja indiferente.

Si un elemento cae al agua, por minúsculo que sea, produce un movimiento circular en forma de ondas, dibuja una espiral perfecta que se expande y se diluye de nuevo desapareciendo sólo ante nuestros ojos y es el agua quien conserva la espiral en su memoria a la espera de que el azar le traiga un nuevo elemento que caiga en ella. No hay dos espirales iguales, no hay dos días iguales, no hay dos ríos iguales ni el mismo río es igual un segundo antes de ser visto. Todo el universo se mueve ante nosotros, nuestro ser, nuestro cuerpo, nuestras células, el agua del que estamos hechos; todo se renueva, cambia, se altera dentro de una lógica universal, una inteligencia superior que da sentido a todo, incluso a aquello que se escapa a nuestro entendimiento. Para esto he venido yo a esta vida: para desafiar entendimientos estáticos y tal vez rompo moldes porque parezco salida de un molde roto, un molde tan imperfecto como perfecto. Todos los seres estamos creados del mismo barro; la naturaleza es tan caprichosa como sabia, nos moldea con diferentes formas y es la vida quien nos mantiene sujetos a constantes cambios. Distintas recetas hechas siempre con los mismos ingredientes: amor, sufrimiento, pasión, miedo, alegría, tristeza, placer, dolor, crecimiento, merma… y vuelta a empezar. Todo parece repetirse pero no del mismo modo exactamente, cada círculo

que forma la espiral de la vida tiene una dimensión diferente al que le precede, también al que le sigue. Y aquí estoy yo, en el principio de una nueva espiral o quizás en la continuación de una anterior.

2. Hilarina la bailarina...
Mi madre

Pizpireta, tozuda, persistente, tenaz y llena de vida.

¡Mi madre puede describirse de tantas formas, sabores, colores y olores…! Olor a limpio, sabor a la comida más rica, matriuska dorada, enjambre de horquillas alrededor del moño mejor peinado…

Tierna, entregada, cómplice, impulsiva, enamoradiza, conformista, inconformista.

Inseguridad armada, necesidad de saberse útil, obsesión por complacer a los demás.

Mi boca en sus mejillas, bandejas de croquetas, bailar… El Señor Don Gato, ¿Ratita, Ratita…? ¿Te quieres casar conmigo? ¿Y qué harás por la noche?

¡Eres mi vida!

Desde bien pequeña sacó pecho ante la vida. Desaparecido su padre en guerra (mi abuelo) y enfermo su hermano pequeño (mi tío), vivió el conflicto desde el campo; con el sudor de su frente aprendió a salir adelante.

Sabía que quería llegar alto y con la seguridad aplastante de una niña con ambiciones y horas de lectura a la luz de una vela, mi madre viajaba en tren a la capital acompañada de su madre, mi abuela Manuela, con el vestido y el refajo rellenos de morcillas, harina y trigo, con el excitante miedo a ser descubierta pero con los aires de una gran marquesa. Hasta el peligro emocionante del estraperlo, los dolores de espalda por el trabajo incesante en el campo, y la supervivencia a través de una aguja y un dedal, son para mi madre un orgullo. Hilarina la bailarina, como la llamaban en el pueblo, sin duda mi madre siempre ha llevado una artista dentro. Le encantan los disfraces porque en el fondo ¡¡¡le encantaría ser tantas personas a la vez!!! Por eso a veces parece que no se conforma con la que es y sueña y añora otros caminos, otras venturas… Sin perder el hilo de la que realmente le ha tocado vivir y la que capea con destreza.

Todo lo viste de importancia y sabiduría personal, porque todo eso es ella. Autosuficiente, perfeccionista, estética, sin temor al ridículo, entusiasta, empapada del pasado o de lo que podría haber sido el presente y aún preocupada del hoy más que del mañana.

3. Los hombres también lloran…
Mi padre

Cortés, olor a colonia. ¡A mucha colonia! Uñas perfectamente cortadas, pañuelo limpio y planchado en el bolsillo. Cabello fuerte y siempre peinado.

Superviviente, emprendedor, rey de los números.

Tripa redonda y mullida, ¡perfecta para ver la tele! Tardes de circo, sesiones en el cine Juan de Austria, domingos de mercadillo y pepinillos con olor a tasca. Paseos al trote sobre sus hombros.

Pídeme la luna que te la doy.

Mi padre fue el hombre de la casa desde que nació. Niño casi albino con porte de marqués y don de mando. Cuidó y mimó a sus dos hermanas, a su madre y a su querido padre, al que arrebató enseguida el puesto de cabeza de familia. Desde los ojos de un niño, la guerra se presentaba como un juego, en el que a pesar de ver las escenas más atroces, todo formaba parte de las reglas; pero sin saberlo, los sonidos, los olores, los pequeños detalles quedaron en su mente para siempre y marcaron su carácter. Cualquier ruido en el silencio, cualquier carencia, cualquier camino cortado… Supone para mi padre una mirada al pasado y una zancada al futuro. Superviviente nato. Sobrino de poetas y piratas conspiradores. Decidido y seguro. De esos señores que desde un principio imponen respeto.

¿Conoces Sevilla? Pues lo vas a conocer porque te vas a casar conmigo. Así de tajante fue mi padre a los cinco minutos de conocer a mi madre. Y como siempre, lo consiguió.

4. Y así llegué yo

A Laly le decían que iba a tener un hijo futbolista. Pero realmente lo que le gustaba a aquel bebé era bucear, nadar, flotar en el agua, no paraba.

–Mamá, mamá, ¿por qué da tantas patadas?

–Porque está diciendo «hoooola». Mira, Nacho, pon aquí tu mano, ya verás cómo se mueve

–Sí, ¡es verdad! ¡Mira, Joaquín! ¡Conchi, ven!

–Acércate, Sol. Concéntrate y notarás al bebé.

Todavía no tenía voz pero ya quería preguntarlo todo. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Por qué querían tocarme? Yo me dedicaba a nadar en mi océano particular. Sólo me amarraba a puerto una pequeña cuerda: el cordón umbilical.

Los sueños a veces se hacen realidad. Laly y Joaquín tuvieron uno: levantar su propio negocio. Después de 15 años, primero como administrativo y después como perito mercantil, Joaquín dejó su antiguo trabajo, firmó su finiquito, y decidió invertirlo en una ilusión. En el año 68 transformó un almacén de chatarra en una tienda de ropa interior femenina que llamaba la atención en pleno centro de una capital de provincia. La inauguración fue por todo lo alto, en el barrio todos se acuerdan porque se quedaron sin luz. Pero eran tiempos difíciles. España vivía una dictadura que empezaba a tocar fin. Las revueltas callejeras eran constantes, la crisis económica se dejaba notar.

Entre Laly y Joaquín existía una relación de roles marcados, como muchas de la época. Joaquín era el cabeza de familia, la máquina de hacer dinero. Laly era la encargada de sacar a sus cuatro hijos adelante.

Cuando Laly fue al ginecólogo para decirle que tenía un retraso y que a sus 40 años creía que era el primer síntoma de la menopausia, le pareció casi un milagro. Su ginecólogo y amigo, con el que cenaban todos los viernes, le dijo textualmente:

–Prepara la mantilla que nos vamos de bautizo.

Estaba embarazada. Fue una sorpresa para todos. No eran momentos fáciles para la pareja; de un tiempo a esta parte los problemas se acumulaban: las cuentas de la tienda, los roces familiares, los cuatro hijos… la tensión empezaba a hacer mella. No era una hija buscada, quizá llegó en el peor momento, pero así ocurrió.

Fue un buen embarazo, el mejor de los cinco que había tenido. Los niños en casa esperaban con ilusión e impaciencia al nuevo miembro de la familia. La noche anterior a que llegase al mundo, Laly se empeñó en cambiar el escaparate de su tienda.

–Laly, ¿cómo te vas a poner a cambiar el escaparate? En tu estado no deberías hacer

esfuerzos.

–Joaquín, ¿cómo voy a dejarlo así? Acabo de recibir estos sujetadores y no se van a quedar en la caja… si no lo hago yo ¿quién lo hace? ¿Eh?

Siguió afanada en su incansable labor de transformar el maniquí del escaparate en una imagen femenina que, como siempre, se convertiría en el centro de todas las miradas. En ese momento pasó el médico por delante.

–Laly, ¿pero cómo estás subida a esa escalera? Bueno, recuerda que si te pones de parto estoy de guardia. ¡Y deja ya de trabajar!

Una fría mañana del 14 de enero de 1973, está escrito que nací. Vine a este mundo desnuda y bañada en aguas, como todos los bebés. Lloré justo después de tomar la primera bocanada de aire. ¡Vaya si lloré!, como todos los bebés. Pero enseguida sentí que no era exactamente igual a los bebés que habían nacido en ese hospital; ni en ese, ni en ningún otro.

Sólo unos pocos años más tarde, siendo aún una niña, entendí que lo inesperado provoca sentimientos, reacciones auténticas, incontrolables o al menos difíciles de disimular; en poco tiempo me di cuenta de que, desde el instante en el que salí del vientre de mi madre, fui eso, una sorpresa, lo soy hoy y lo seguiré siendo para muchas personas, porque nací para no dejar indiferente a nadie. No es protagonismo, es mi sino y vivo con ello.

–¡Joaquín! ¡He roto aguas!

–Corre, vístete, nos vamos al hospital.

Bajaron los tres pisos sin ascensor como pudieron, tropezando, ella intentando aguantar el dolor, temblando de nervios él. Sin articular palabra se subieron en el coche.

Una hora más tarde empecé a asomarme al mundo. Fue rápido, como casi todo en la vida. Allí estaba el médico, como había dicho. Bajaron en el ascensor pero no les di tiempo a llegar al quirófano. Yo sabía que venía a este mundo para provocar y, a lo mejor por eso, empecé a sacar la cabeza ya en el ascensor, de camino a la planta de maternidad del hospital. ¿Qué le vamos a hacer?, soy bastante curiosa y cuando noté que el agua que me rodeaba se deslizaba por un agujerito, pues allá que fui: a lo desconocido. ¡Y de cabeza! Tan decidida como yo soy pegué un fuerte aletazo con mi cola de sirena y logré asomar mi cabeza forrada en un pelo espeso, negro y mojado entre las dos piernas de mi madre. Entonces, escuché un timbre ahogado y las puertas del ascensor se abrieron. Yo estaba excitadísima, nueve meses metida en la tripa de mamá eran muchos meses, y eso

que yo estaba en mi salsa, flotando como pez en el agua. Pero quería ver las caras de los que ya sabía que eran mi familia. En mi casa también estaban ansiosos por conocerme. ¡Tantas veces había sentido las manos de mis hermanos sobre la delicada y fina burbuja que me separaba de la vida ahí fuera! Yo les saludaba enérgicamente: ¡ey, hola! ¡Estoy aquí!, y ellos reían y seguían empeñados en que yo iba a ser futbolista o algo así.

Laly iba en una camilla. Entre contracción y contracción levantó la cabeza esperando que las puertas de aquel ascensor se abriesen por fin. Fue entonces cuando descubrió la imagen pálida y desencajada de su amigo el doctor que ya estaba ayudando a salir al bebé. Algo estaba pasando.

–Laly, ¿estás bien?

Aunque realmente el que no estaba bien era él.

El ascensor se abrió de golpe e iniciaron una carrera hacia el paritorio. En ese instante, las agujas del reloj se detuvieron. Un segundo convertido en una eternidad. Al cortar el cordón umbilical, el bebé lloró con todas sus fuerzas. En la sala la tensión se teñía de verde, enfermeras y médico se movían agitadamente, sin rumbo. Laly aún postrada e indefensa en la camilla intentaba reanudar el ritmo de su respiración.

El parto fue fácil y ligero. El dolor vendría después.

Cuando nací nadie pudo disimular. Fui una auténtica sorpresa para todos. Me presenté en la vida pletórica y respirando fuerte, moviendo mis aletas como si quisiera subir a alta mar. Pero la bienvenida no fue exactamente la que yo me esperaba:

¿Hola? ¿Qué ocurre? ¿Es que nadie se alegra de verme?

¿Había nacido en el lugar equivocado?

¿Debería haberlo hecho en otro momento tal vez?

Tendríais que ver las primeras caras que encontré nada más abrir mis ojos, justo después de que la comadrona me los limpiase con una gasa de algodón: semblantes serios, preocupados y tristes. ¡Menudo recibimiento! Entendí que realmente yo tenía que venir a este mundo, en ese preciso momento y justo en mi familia; pero con pocos segundos de vida también percibí que algo serio estaba pasando.

Noté unos azotes. Bien, me dije a mí misma, bienvenida al mundo. Después de todo, querían comprobar que respiraba bien, y lloré, claro que lo hice, tan fuerte como lo haría un cachorro de león que ruge para demostrar la fortaleza de sus pulmones.

Hoy día me encanta llorar, lo hago cada vez que algo me emociona, cada vez que algo me toca dentro, así, sin disimulos ni reparos mis lágrimas afloran con naturalidad; pero con ese primer llanto pedía a gritos que me dejasen ver a mi madre; deseaba sentir su olor, escuchar de nuevo el latir de su corazón.

Intenté que mi llanto llegase a todos pero no conseguí ver a mi madre ese día. Ni al siguiente tampoco.

Laly se quedó en la absoluta soledad. Aún sudorosa y extenuada sintió que le arrebataban lo que más quería. Unas manos se llevaban entre sábanas al ser que había sentido en su interior durante nueve largos meses. El vacío se apoderó de ella.

Mientras, Joaquín, desconcertado, clavaba su mirada en las frías y desgastadas paredes del despacho del doctor.

–Joaquín, ha habido complicaciones. ¿Quieres un whisky?

–No, gracias. Te lo agradezco. ¿Qué ocurre?

–Es tu hija.

5. Lluvia de estrellas

En toda su carrera como ginecólogo nunca había visto algo así. Estas son las cosas que no le enseñan a uno en la facultad. Puedes aprender qué es una célula, cómo se combaten ciertas enfermedades, cómo atender un parto, pero no hay texto que explique cómo enfrentarse al miedo reflejado en la mirada de un hombre que sabe que está a punto de descubrir algo grave. Por eso, sin decir palabra, puso su mano sobre el hombro de Joaquín y le invitó a acompañarle fuera de la consulta.

Los dos hombres caminaron en silencio por los estrechos pasillos del hospital. Por la cabeza de Joaquín pasaron mil ideas, a cada cual más atroz. Tuvieron que sortear la multitud que se agolpaba a ambos lados del pasillo: pacientes esperando consulta, familiares, celadores cargados con enormes sobres, enfermeras pasando lista y médicos que charlaban sobre la última intervención. Joaquín no veía ni oía a nadie, andaba mecánica e inconscientemente dejándose llevar por la mano del doctor que aún seguía sobre su hombro. ¿Qué era aquello que el propio médico no se atrevía a contarle? De pronto, se encontró ante una puerta metálica. Una puerta de doble hoja de acero al fondo del pasillo en la que se leía en letras rojas «Prohibido entrar», pero las puertas se abrieron y allí, en el centro de una sala casi vacía, sobre una mesa de acero, la vio.

No sé muy bien cómo llegué a parar a aquella fría mesa. Allí lo único que me daba calor era la manta sobre la que me tumbaron boca arriba. En esta posición mis ojos quedaban directamente expuestos a una luz a la que apenas me había acostumbrado todavía, aun así los abrí cuanto pude, no me podía perder ningún detalle.

Me sentí como en una isla, rodeada de mar; curiosa sensación, curioso que ya me sintiera como en casa a pesar de todo. De fondo un murmullo que podrían ser olas, un sonido sordo, un fuerte e interno rugir que podría ser el océano. Pero en realidad, era la suma de diferentes voces, comentando, lamentando.

Una voz destacaba sobre las demás, su dueño era el señor con bata blanca que asistió a mi madre durante el parto y que tiró suavemente de mi cabeza para ayudarme a salir. Él era quien analizaba y tomaba las decisiones importantes y a su lado, todo lo atento que podía, había una fuerte presencia, un hombre que enseguida reconocí. Él apenas podía articular palabra, su rostro transmitía abatimiento, fragilidad, su cuerpo temblaba y su piel en esos momentos era pálida y estaba bañada en intensas gotas de agua, agua salada con aroma a mar que mojaba por igual su frente y su impecable camisa azul tan bien planchada. Sentí de nuevo ese sonido sordo que en unos segundos se transformó en una fuerte vibración. Sí, era el señor de la camisa azul quien gritaba interiormente y lo hacía

por mí. ¡Lo podía sentir, salía de su pecho! Lo reconocí enseguida: era el rugido de un león, joven aún. Y de pronto sentí cómo algo se movió en mi interior, yo vibraba también, ¡rugía! Y bien fuerte para ser tan pequeña. Se evaporó cualquier duda posible, estaba claro: era mi PADRE.

Joaquín sintió la mirada de su hija por primera vez. Se estremeció. Estaba como desnudo ante aquellos ojillos oscuros tan brillantes que acababan de abrirse al mundo y que ya parecían saber tanto. ¿Qué le trataban de decir? ¿Cómo era posible que le observase con tanta intensidad?

Respiró hondo, tragó saliva y poco a poco se esforzó por seguir descubriendo a su hija: bajó sus ojos de la cara al tronco y del tronco a los pies… Por su mejilla resbaló tímidamente una lágrima. Ahora su hija se presentaba ante él borrosa, entre lluvia. ¿Por qué? ¿Por qué a su niña? ¿Por qué Dios le ponía tan dura prueba? Aquel instante le marcó para siempre; cada idea, cada pregunta iba acompañada de una cruda guerra entre sentimientos, lógica, ética y deber. Diferentes y sordas explosiones se sucedieron en su interior debilitando su mente, su estómago, sus manos, su corazón. Él, que siempre había dominado cualquier situación, ahora se sentía totalmente superado y abatido por el estado de su pequeña recién nacida.

–¿Qué podemos hacer?

–No lo sé con certeza, la situación es muy delicada –contestó el doctor.

–¿Crees que debemos seguir…? (Los labios de Joaquín temblaron.) ¿Tú crees que… que podemos seguir adelante con… con ella?

–Tal vez lo mejor es que vayáis a la capital. Así es como la vemos por fuera pero no sabemos si sufre alguna disfunción interna. Puede que tenga problemas, órganos que no actúen correctamente. Voy a pedir una ambulancia para que os vayáis ya mismo.

»Joaquín… ¿Te importa si antes le hago algunas fotos?

De pronto un fogonazo de luz me hizo reaccionar. Mi cuerpo se elevó unos centímetros de la mesa. Al mismo tiempo se oía un sonido insistente y mecánico, clic, clic, clic…

Es una lluvia de estrellas, pensé. Siempre me ha encantado mirar el cielo y cuando lo hago, las estrellas fugaces salen a mi encuentro. Hay quien nunca las ve o dice que es muy difícil verlas, pero para mí el secreto está en detenerse a mirarlas. En lugar de cerrar los ojos y pensar un deseo hice todo lo contrario: los abrí tanto como pude y pegué un fuerte brinco ayudada de nuevo por mi cola; estiré mis dos aletas con todas mis fuerzas intentando atrapar alguna de esas relucientes estrellas. Pero no pude; aquella luz era el flash de una instantánea.

–Joaquín, tu hija tiene una reacción realmente extraordinaria ante los flashes de la cámara, … a pesar de sus circunstancias está llena de vida.

«Mis circunstancias.» Aquí, fuera del agua, mis aletas se llamaban muñones y mi cola, pierna, sí, pierna en singular. Esta era la situación que formaba el mar de dudas que me rodeaba. Tanta preocupación me hacía sentir aislada. Nadie se atrevía a cogerme en sus brazos por temor a sentir lo viva que estaba, porque en la cabeza de todos se agolpaban las preguntas. ¿Estará sana? ¿Cómo iba a sobrevivir? ¿Cómo iba a reaccionar la gente? ¿Cómo iban a poder ayudarme? ¿Qué iba a ser de mí? Yo ni me planteaba esas cosas, sólo miraba a mi padre. Desde que le reconocí, no le quitaba los ojos de encima y él, silencioso y pensativo, me correspondía con su mirada, intentando buscar en mis 2 kilos alguna explicación, algún motivo, alguna respuesta.

El sonido seco de las puertas de la ambulancia devolvió a Joaquín de golpe a la realidad. Al son de una inquietante sirena, el vehículo comenzó a moverse a toda prisa. Sí, era él el que estaba allí, pero al mismo tiempo no podía creerlo. La responsabilidad le paralizaba y sin embargo no había tiempo que perder. Por primera vez se quedaba a solas con su hija. El reducido espacio que les separaba era una inmensidad.

–¿Dónde me llevas, papá? –le pregunté a mi padre.

Yo aún no sabía hablar y tampoco hizo falta, lo hicieron mis ojos.

–No lo sé, hija mía…, me siento tan perdido.

Nadie articuló palabra en lo que pareció un largo viaje. Joaquín borró de su memoria muchos momentos de esos días, éste, sin embargo, le quedaría grabado toda su vida.

6. Paréntesis. El hilo invisible

Llegaron a un nuevo hospital, mucho más grande, y rápidamente una enfermera se llevó al bebé. Comenzó una larga lista de pruebas, informes, análisis, diagnósticos, más pruebas, más informes. El calor materno se vio sustituido por el frío metal de las máquinas.

Yo escuchaba voces mientras me movían de acá para allá. A veces sentía fogonazos. Ya sabía que no eran estrellas. Eran luces frías de hospital. Ahora sí que estaba perdida, no entendía nada. Las manos que ligeramente me tocaban no daban calor. Abría mis ojos cuanto podía buscando alguna mirada pero parecía que todos intentaban evitar tomar contacto conmigo.

Laly estaba sola cuando entró en su habitación. Parió sola, echó de menos a su bebé sola y se enfrentó al silencio sola. Había sido el día más duro de su vida. Las enfermeras fingían no saber nada, el médico había terminado su guardia y estaba ilocalizable. A su marido parecía habérselo tragado la tierra.

Su cama estaba empapada, la leche materna brotaba de sus pechos de forma incontrolable. El doctor había ordenado retirársela. Sentía los constantes pinchazos que poco a poco se estaban llevando su alimento natural, pero Laly no sentía las agujas, el dolor era mucho más profundo, un dolor intenso que se mezclaba con la frialdad de las sábanas mojadas; una mezcla de leche con el sudor nervioso de la desesperación.

Se le secó la lengua de preguntar qué pasaba con su hija.

–¿Qué sucede? ¿Por qué no puedo ver a mi bebé?

–Tranquilícese, mujer, usted descanse, el bebé ha tenido alguna complicación respiratoria y le han llevado a observación, eso es todo.

–¿Respiratoria? Pero si le he oído llorar. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está mi bebé? Que lo quiero ¿eh? Esté como esté lo quiero…

Estaba ya anocheciendo cuando por fin vio entrar a su marido. Joaquín se acercó a su cama, sus ojos enrojecidos no la podían mirar, sus mandíbulas tan apretadas y bloqueadas le impedían hablar.

–¿Qué está pasando, Joaquín? ¿Por qué nadie me dice nada? ¿Dónde está?

Pero no hubo voz que pudiese responder, no hubo palabras de consuelo, tan sólo se quedó a su lado con la vista clavada en las sábanas.

–Por favor, dime algo. ¿Es niño o niña?

En ese momento Joaquín apretó la mano de su mujer, la sintió fría, húmeda pero fuerte. Ella le agarraba tan firme como podía exigiendo respuestas a sus preguntas.

Joaquín no pudo más, no soportaba aquella situación, no podía hablar, tampoco callar. Giró bruscamente su cuerpo y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

–Yo le he sentido llorar. ¿Tú lo has visto? Decidme de una vez qué pasa…

Pero él ya había salido de la habitación. Paralizado, conteniendo las lágrimas y con el corazón hecho un nudo escuchó las súplicas de su mujer desde el pasillo.

–Yo he parido a ese bebé… ¿No os dais cuenta? ¡No podéis dejarme así! ¡No es justo! ¡No lo es!

El silencio de su marido le hizo pensar lo peor. Estaba claro que todos le ocultaban información, pero el rostro de Joaquín no dejaba lugar a dudas: algo grave le había pasado a su bebé. No podía parar de llorar, se sentía impotente, ignorada, manipulada. Esa mañana la naturaleza con sus contracciones la había preparado para dar a luz un bebé sano que ella misma había escuchado llorar. Ahora no podía soportar la oscuridad que la rodeaba.

Al día siguiente, Joaquín volvió al hospital donde había dejado a la pequeña. Los médicos la habían acogido como un reto, como un expediente digno de estudio, y así pasó las primeras horas de su vida, de examen en examen, observada y cuestionada en cada detalle de su cuerpo, en cada movimiento, en cada reacción. Estaba continuamente vigilada, cuidada y atendida. Aquel bebé parecía estar ajeno a aquel revuelo, comía bien y dormía plácidamente, lo hacía en una sala poco visitada del hospital, rodeado de otros bebés que los médicos y enfermeras denominaban casos raros e incluso a algunos de ellos los habían calificado como desahuciados.

–Señor León: su hija tiene una minusvalía grande. No sé si una niña así va a poder… enfrentarse al mundo… ya me entiende. Tendrá que ir toda su vida en una silla de ruedas y va a tener que depender de alguien siempre. Aun así parece que está sana. Su corazón late con normalidad, y el resto de los órganos se han formado bien. Lo siento.

El futuro de ese minúsculo ser, que horas antes le había hablado con la mirada en la camilla de la ambulancia, dependía de él. Cualquiera que fuese, la decisión que tomase iba a acompañarle el resto de sus días. Joaquín notó toda la carga del mundo sobre sus hombros. Apretó el puño. Le sudaban las manos. La responsabilidad le envejeció de repente pero al mismo tiempo su corazón sintió un calor hasta entonces desconocido. Sin duda había un antes y un después en su vida. Aquel instante de consciencia le ayudó a tomar un camino, lo que se cuestionaba ahora era si su mujer iba a tener la fuerza suficiente para seguir esa misma dirección.

Laly despertó con los ojos hinchados y cansados de llorar. Se enfrentaba a otro día de soledad e inyecciones. De pronto, a media tarde, una voz familiar irrumpió en la

habitación. Junto a Joaquín reconoció a Conchi, su hija mayor de 12 años.

–¡Hija! ¿Cómo estás? ¿Tus hermanos? ¿Cómo está todo en casa?

–¡Mamá, me han dicho que el bebé es igual que tú! ¡Una Laly chica! Papá me ha dicho que tiene que estar unos días en el hospital.

–¡Es una niña!

Después de 24 horas, Laly sabía que había tenido una niña; le invadió una sensación agridulce. Por fin sabía que su hija estaba viva pero se sentía excluida de lo que ya parecía un secreto a voces. Ahora sentía más que nunca que tenía que ir a por ella y cuanto antes mejor.

Entre dos personas que están destinadas a quererse existe un hilo invisible que las conecta sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer pero nunca romper. Ese fino y delicado cordón mantenía unidas a Laly y a su hija. Desde aquella cama de hospital la madre había mantenido tenso aquel hilo convencida de que desde el otro extremo su bebé tiraba también con fuerza para poder unirse por fin.

Todavía tuvo que esperar un día más para que los médicos le dieran el alta. A la mañana siguiente Laly se rindió a hacer preguntas que nunca eran respondidas.

Aún era temprano cuando Joaquín volvió a entrar en la habitación acompañado de un nuevo doctor.

–Bueno, ya estás más tranquila, ¿verdad? Sé que ha sido todo muy duro. El bebé está bien cuidado y en observación en otro hospital, así que podemos mandarte a casa para que sigas guardando reposo y recuperarte tranquilamente.

–¿A casa? ¿Usted cree que yo me voy a ir a casa sabiendo que mi hija está en un hospital? Aunque tenga que ir arrastrándome. ¡Vamos! ¡Ahora mismo me voy a verla!

Sin esperar consentimiento, saltó de la cama y comenzó a despojarse de la ropa de hospital que había vestido demasiado tiempo.

Joaquín esperó en silencio a que su mujer recogiese sus cosas, su ímpetu le daba esperanza y temor al mismo tiempo, Laly no podía imaginarse qué era realmente lo que iba a descubrir, y quizá la caída ahora fuese más dura.

Cada uno iba inmerso en sus pensamientos, en sus miedos e incógnitas, se dijeron las palabras justas. Joaquín miraba y analizaba cada movimiento de su mujer y, sin apenas ser conscientes de ello, se vieron en el coche familiar de camino al otro hospital.

El viaje fue silencioso y tenso a pesar de todas las preguntas que había por contestar.

Yo estiraba mis aletas por si alguien pasaba a mi lado y decidía cogerme, llevarme lejos de allí. ¿Cómo sería mi casa? ¿Estarían esperándome? Pero sólo me sacaban de la cuna para hacerme pruebas y más pruebas.

Hasta que en uno de esos aleteos sentí el perfume más exquisito. Entonces la vi. Vi cómo enredaba entre sus delgadas pero firmes manos la madeja de un hilo invisible. Sentí que algo tiraba de mí, yo estaba conectada a ese hilo. Era mi MADRE. Cansada pero enérgica, con los ojos llenos de lágrimas de alegría y una sonrisa de plena felicidad, se abalanzó sobre mí con la fuerza de un torbellino.

Me apretó contra su pecho, nuestros corazones latían al mismo ritmo como lo habían hecho mientras nadaba en su interior. Me sentí mecida de nuevo por el agua mientras observaba con mis ojos atentos su blanca piel, su pelo liso y fino recogido con destreza. Y entonces reconocí de nuevo su voz.

–¡Ay, mi niña, qué bonita es! ¡Pero si eres la cosa más linda de este mundo! ¿Cómo no iba a venir yo a buscarte?

Joaquín observaba asombrado y conmovido desde la puerta.

Las enfermeras que en ese momento estaban en aquella sala rompieron a llorar.

–¡Aquí no llora nadie! ¡Esta niña es mía y me la llevo ahora mismo a casa!

Ni un solo segundo perdió. Laly echó mano de una bolsa que segundos antes había dejado caer en el suelo para tomar a su hija en brazos. Al fin llegó la hora de dar uso a lo que dentro guardaba y que tanto había esperado para ser estrenado: algodones, delicadas vainicas y angoras que tomaron forma entre las manos de Laly, siempre llenas de amor durante el embarazo. Cosía a ratos, cuando volvía de la tienda, después de hacer la cena, acostar a los niños y preparar meticulosamente la ropa que su marido se pondría al día siguiente para ir impecable al trabajo. Sacó delicadamente de la bolsa una camisita conjuntada con una pequeña rebeca blanca que ella misma había confeccionado y planchado con primor días antes de dar a luz. Como buena modista, acostumbraba a acertar con las proporciones; nunca pensó que esas prendas tuvieran que ser retocadas. Pero siempre hay una primera vez para todo, y aquellas mangas perfectas según el patrón, ahora se veían demasiado largas.

–¡En cuanto lleguemos a casa te las arreglaré!

Lo pensó sin darle mayor importancia, ya habría tiempo de adaptaciones. En ese momento sólo quería vestir a su niña y salir cuanto antes de aquel hospital. Con toda naturalidad metió los cortos y delicados muñones de su hija en las mangas que quedaban colgando, vacías. Laly las remangó con estilo, parecía haberlo hecho millones de veces antes y con satisfacción lo haría durante años.

Así me confirmó que ella era mi madre: suave aire caliente como el del desierto, lo podía respirar, acariciaba mi piel envolviéndome por completo. Me llenó con su calor, su esencia a tierra, un intenso olor de amor materno. Como rocío de la mañana repartió por la sala pequeñas gotas de agua fresca, alejando preocupaciones y refrescando el denso ambiente de aquel hospital. Fuerte y rápida como un huracán movió todo, puso orden,

dio importancia, quitó importancia y en su centro me coloco a mí. Me hizo suya porque era suya. Entre nosotras y el mundo se formó una espiral de coraje, una fuerza invisible que dejaría en evidencia a quien dudase en adelante de mi capacidad para sobrevivir.

Fui invitada a venir y a quedarme.

7. El mar

Tengo 8 meses. Me llamo Lary.

Vamos de camino a la playa. Estoy acurrucada entre los brazos de mi madre envuelta en la mantita de cuadros marrón y amarillo que me da calor desde que nací. Voy en la parte de atrás del coche, las ventanillas están bajadas, el aire roza mi cara y hace bailar los finos mechones de pelo que se escapan del moño de mi madre. Mientras pasa sus delgados dedos por mi mejilla, su mirada se pierde en el paisaje; un minúsculo hilo de luz ilumina a medias su cara, sentir el calor del sol le reconforta y cierra los ojos lentamente. Mi padre va al volante. No veo su cara, va en silencio. Aunque aún soy muy pequeña, empiezo a descubrir que este mundo es muy intenso y, al mismo tiempo que mi interior, es ligero. En el exterior mi presencia produce sentimientos, situaciones y pensamientos que en ocasiones desbordan. Así que mis padres han decidido que nos merecemos unas pequeñas vacaciones. ¡Mis primeras vacaciones! Siento que papá y mamá buscan un respiro y a la vez una clave para el futuro… no tengo ni idea de qué es el futuro pero sí sé que a ellos les preocupa mucho, siempre fue así, incluso antes de yo nacer, pero ahora mismo MI FUTURO ocupa el pensamiento de todos y en él vuelcan sus energías. Tal vez ellos aún no sean muy conscientes pero van por buen camino, su intuición es sabia y me llevan de vuelta al MAR.

Siguiendo la trayectoria del río Júcar, sobre el asfalto de una carretera de doble carril se movían las cuatro ruedas de un Seat 1500 familiar con el rótulo «Novedades Laly», en su exterior; el caucho de los neumáticos unía vehículo y ocupantes a la tierra. En su interior todo parecía más volátil, como el aire que entraba y salía por sus ventanillas, circulaban tantas energías como seres viajaban. Formaban una variada familia.

Es bueno alejarse de cualquier sitio y acercarse a cualquier otro diferente, es entonces cuando la perspectiva nos regala la lucidez necesaria para poder considerar otro punto de vista.

Todos iban inmersos en sus propios recuerdos y pensamientos, la pequeña Lary también…

¡En pocos meses han pasado tantas cosas…! He conocido a muchas personas; a toda mi GRAN FAMILIA; mis cuatro hermanos. He tenido mucha suerte, todos me quieren mucho, quieren jugar conmigo y también cuidarme. ¡Son tan guapos y tan divertidos! Yo de mayor quiero ser como ellos. También he conocido a algunos de mis tíos y a mis queridos abuelitos. ¡Ay, mi abuela Manuela!, cómo lloró nada más verme; ahora intenta disimular porque a mamá no le gusta que lo haga y a veces la regaña, ella lo sigue

haciendo cuando cree que nadie la mira… y yo sé que mamá lo hace también.

Como un crisol de sentimientos, así fue su llegada a casa. Cada ser querido la recibió a su manera, de forma auténtica, en función a su yo más íntimo, su sensibilidad, su fortaleza y sus prejuicios. Fue difícil disimular. Todos esperaban un futbolista y apareció Lary, como una muñequita; pero no como una de esas tan perfectas que se exponen en los escaparates; más bien parecía una de esas muñecas que han sido heredadas entre hermanos o primos y están un poquito rotitas ya por tantas horas de juego. ¿Quién no ha tenido alguna vez una muñeca preferida a la que siempre al final terminaba por faltarle una pierna o un brazo?

Nacho, Joaquín, Conchi y Sol viajaban en el mismo coche, también ellos iban concentrados en sus propios pensamientos y el nacimiento de su nueva hermana formaba parte de ellos…

Para Joaquín encontrarse con la pequeña fue muy especial. Quizás era el más tímido de los cuatro hermanos y en plena adolescencia, con 14 años, buscaba en el nuevo miembro de la familia un aliado, una compañera de viaje. La quiso desde el primer momento. Jugaba a ponerle nombre a sus muñones.

–Bienvenida a casa, «pajarito sin alas». ¡No te imaginas cuánto me alegro de verte!

Conchi corrió excitadísima y chocando sus pies con los de su madre, que se había sentado nada más llegar a casa, frenó en seco y gritó:

–¡Pero si es un garbancito…! Mamá, ¿puedo tocarla…?

–Niños, no habléis tan alto que aún es muy pequeñita. Ven, Sol, acércate. Aquí tienes la muñequita que habías pedido. ¿Ves qué pelito tiene? Pues ya sabes: ahora vas a tener que peinarla tú…

Para aquella niña de 10 años aquella hermana era como un milagro. Pensaba que Lary había venido a este mundo porque ella lo había pedido con todas sus fuerzas y en su universo mágico el deseo se había cumplido. Por eso cuando la vio por primera vez se quedó como hipnotizada. Laly entendió que hasta ahora Sol había sido la pequeña de la casa y que de ella era el privilegio de sentirla en sus brazos, así que se levantó y con toda naturalidad le pidió que sostuviese al bebé mientras ella iba a la cocina. Sol se imaginó que las dos estaban flotando en una burbuja y de una manera muy solemne acercó su boca a la minúscula oreja de su hermana y susurró:

–Vamos a estar siempre juntas.

El último en verla fue Nacho, el hermano mayor. Llevaba año y medio estudiando en el norte y llegó a los dos días. Desde pequeño, jugaba a ser el rebelde de la familia. Su primera reacción fue acariciar el pequeño muñón de su hermana y hacerle una mueca para provocarle un enternecedor puchero.

Los cuatro niños volcaron sus ilusiones en su nueva hermana.

Ya se podía ver la costa… la brisa marina empezaba a sentirse en el interior del vehículo, la sensación de humedad resultaba pegajosa pero agradable al mismo tiempo. El salitre ayuda a curar las heridas. Joaquín y Laly lo necesitaban. Las heridas del alma son invisibles y dolorosas. Tras el shock inicial que produjo el nacimiento de su hija pequeña, se reactivaron los impulsos de buscar soluciones. Culpabilidades también. El gran paso ya estaba dado pero a ratos, y en silencio, les invadía la obsesión de buscar una explicación, un responsable. El sol y el yodo de la playa no sólo iban a suponer un bálsamo calmante para todas esas grietas aún pendientes de cerrar, los médicos les habían recomendado unos días cerca del mar para que la pequeña Lary se recuperase con mayor rapidez de su primera operación.

Tengo una pequeña heridita detrás de mi muñón de la pierna. A veces me duele un poco, otras veces me pica ¡como ahora! Lo que no sabía era que se podía coser también a las personas. Hace unos días me cortaron y me cosieron la piel ¡con aguja e hilo! Pero no fue mi madre, que como ya sabéis es una excelente modista, fueron los médicos. Soy muy pequeña pero ya sé muy bien quiénes son. Siempre están muy serios, hablan muy despacio y me miran de una manera muy extraña, como si quisieran ver en mi interior. Siguen haciéndome pruebas… ¡No se cansan nunca! Todos estamos un poco cansados de

tanto doctor. A veces siento que después de hablar con alguno de ellos mis padres se sienten abatidos, tristes, casi rendidos, pero enseguida buscan a otro, que les da otra opinión, buscan la luz. No paran de hacerles visitas y plantearles dudas y pedirles consejo. Sé que los médicos están ayudándoles mucho. No paran de preguntar, sacan horas de minutos para escuchar, decidir y rezar…, ahora rezan mucho. Sé que se preocupan y se ocupan de mí, sé que sienten mucho AMOR por mí y también sé que yo voy a ser clave en sus vidas.

Papá se pasa las noches escribiendo largas cartas a la luz de la pequeña lámpara de su despacho. Mamá dice que escribe sobre mí, que pide consejo a otros médicos que viven muy, muy lejos en un sitio llamado Austria y otro Massachuset o algo así; les cuenta a unos señores que viven allí cómo soy; pregunta si allí hay niños que se parezcan a mí para saber cómo han crecido; quiere que le cuenten cómo se manejan, cómo viven, qué aparatos utilizan para defenderse en la vida. Busca respuestas, también esperanza.

Ya me han hecho mi primera operación. Al parecer tenían que quitarme un pequeño dedo despistado, nació justo por detrás de mi muñón inferior izquierdo a la altura de lo que sería mi rodilla. Los médicos opinaban que no servía para nada y que era mucho mejor eliminarlo. En unas semanas he oído que me van a poner un aparato para separar las piernas y preparar así mis caderas para otra operación, dicen que mucho más larga. Pero yo no quiero ni pensar en eso… ahora vamos a un sitio que todos dicen que va a ser muy bonito.

Los grandes y oscuros ojos de la pequeña Lary se abrieron aún más al encontrarse frente a frente al mar. Era una playa de arena fina. Joaquín cogió en brazos a la pequeña y se adentró lentamente en el agua. Laly les observaba desde la orilla, escuchaba de fondo las risas de sus hijos mientras se quitaban la ropa nerviosos por zambullirse en el agua, cerró los ojos, respiró hondo y dejó que el sol calentara sus párpados.

En 1931 Joaquín se bautizó por vez primera en la Iglesia de la Concepción en Sevilla, pero aquel día, con 43 años, se sintió renacer junto a su hija. Tomó conciencia de que estaba a punto de iniciar un nuevo camino y que sólo quedaba andar hacia adelante, descalzo entre guijarros y arena. Con rigor, lo divino y lo terrenal habían tejido una madeja de compleja lectura que sería descifrable sólo con el tiempo.

Si Jesús recibió el bautismo sumergido en las aguas del río Jordán, Lary lo hizo espiritualmente en el Mediterráneo, desnuda entre las manos de su padre. Fue un ritual doble, padre e hija, una comunión entre ambos con un significado simple y profundo que les unió con fuertes lazos.

«Cuando te alejas de casa ya has vuelto» y ahí estaba ella de nuevo, en su auténtico hogar, dándose un chapuzón con su padre en el mar… Lary percibía la emoción de su padre, Joaquín sentía la de su hija. Cuánta belleza encierra el agua, es el espejo del cielo y

el alimento de la tierra, es VIDA.

Los dos a remojo, ¡qué gusto! Papá ahora se siente seguro y ha avanzado un poco más hacia lo profundo, es un baño que le refresca y le reconforta no sólo por fuera. El agua cubre la mayor parte de su cuerpo y del mío también. Yo me pego como una lapa, me adapto a sus formas o tal vez sean las suyas las que se van adaptando a mi ser. Siento

cómo él me sujeta firme y suave, una de sus manos me sirve de asiento y la otra como un gran cinturón rodea mi tripita y une mi espalda a su pecho. Paso mi pequeño muñón izquierdo por detrás de su cuello. Encajamos, nos complementamos. Me siento tan segura que elevo todo mi tronco con vigor y con mi cola de sirena bien estirada chapoteo sin parar ¡estoy tan feliz! Gotas de agua salada nos salpican y nos mojan hasta las pestañas, a veces se nos cuelan en los ojos y pica, pero no nos importa. Nuestras caras moflete con moflete miran en la misma dirección al objetivo de una cámara, detrás está mi madre inmortalizando este momento.

El sol que preside desde lo alto nos regala su calor, lo ilumina todo. Sus rayos chocan con el agua y miles de pequeños destellos son testigos de esta magia. Es un código secreto que se hace visible sólo para nosotros rodeados de otras familias y flotadores de vivos colores.

8. Un poquito de PAZ y un poquito de CIENCIA

17 de agosto de 1974

Son las cinco de la tarde, mamá me está dando la merienda, me encanta la papilla de frutas con galletas. Hoy cumplo un año y siete meses y hace ya cuatro que no duermo en mi cuna, ni en mi casa; en todo este tiempo no he salido a la calle. Echo mucho de menos el sol y el aire. Mami lleva todo este tiempo conmigo, sin separarse de mí. Ella tampoco duerme al lado de papá desde hace meses. La verdad es que no tiene cama donde dormir, lo hace a ratitos, sentada y con la cabeza apoyada en la mía, que por cierto es demasiado alta y grande para mí. Ella nunca, nunca se queja. Yo sí, un poco, pero sólo cuando no aguanto más: dolor, picor o aburrimiento… y en esos momentos ya ni el «marramamiau, miau, miau» de la canción del señor Don Gato ni el cuento de la Ratita me hacen demasiada gracia y me pongo seria. Es entonces cuando mis mofletes se inflan y mis cejas se juntan todo lo que pueden. Pero dura poco, mamá siempre se inventa algo divertido y al final las dos rompemos a reír juntas, que en realidad es lo que más nos gusta.

Hoy estamos muy contentas; desde esta mañana nuestra habitación es una fiesta, es un día especial. El doctor me ha visitado como todas las mañanas, a las diez y cuarto. Siempre que le veo entrar me imagino que es una gran figura de barro porque es alto, muy alto y tiene unos brazos muy, muy largos y los dedos finos como espaguetis; en proporción, su cara se ve pequeñita, también es afilada y siempre está seria. Hoy me ha parecido mucho más simpático que otras veces y mientras me pasaba su gigante mano por mi cabecita le ha dicho a mi madre que en 48 horas me iban a dar el alta médica, que mi cadera evoluciona favorablemente y que podremos, por fin, salir de este hospital…, al menos por algún tiempo.

Marzo de 1973

Informe Diagnóstico de la niña Hilaria León

«Meromelia terminal transversal humeral de ambas extremidades superiores y meromelia terminal transversal tibio-fibular de la extremidad inferior izquierda, con luxación congénita de cadera del mismo lado.»

Lary nació con el fémur de su muñón inferior izquierdo luxado: no encajaba bien en su cadera, no tenía movilidad. La búsqueda de explicaciones y las incesantes tesis de cromosomas y malformaciones congénitas se vieron relegadas a un segundo plano al descubrir esta otra anomalía. El estado de su cadera era crucial para su futuro. Suponía

un grave problema para poder encajar una prótesis ortopédica que sustituyese su pierna ausente; si no existía juego del fémur, las posibilidades de que la niña pudiese llegar a andar se limitaban. Científicamente, corregir algo así es un trabajo laborioso, pero si, además, en vez de una pierna el bebé tiene un muñón, la tarea se complica.

Diferentes especialistas: pediatras, traumatólogos y un experimentado ortopeda se reunieron para debatir posibles soluciones.

–Señores, en una primera exploración, al girarle el miembro inferior izquierdo a la paciente, hemos sentido un ligero chasquido que nos indica que el muñón presenta una falta de movilidad.

–Así es, la radiografía nos lo ha confirmado en traumatología. El primer paso sería separar el fémur de la cavidad del cotilo para alinearlos y que vuelvan a encajar de manera natural.

Unos ojos miraban atentos desde el fondo oscuro de la sala. Laly había acudido a aquella reunión clave para analizar las posibilidades de que su hija pudiese llegar a andar. Ante su templanza y serenidad en las consultas y las pruebas realizadas a la niña, los médicos no tuvieron reparo en dejar que se quedase mientras ellos la exploraban para tomar una decisión. Sus cinco sentidos estaban puestos en todo lo que allí se decía. En lo que no se decía también. Escuchaba atentamente para después contárselo a su marido y así, los dos juntos, sopesar las diferentes alternativas, sacar sus propias conclusiones, y

buscar, buscar donde fuera, la mejor opción para asegurar el futuro de su hija. No le quitaba ojo: en el centro de la gran mesa de cristal sobre la que los doctores debatían, su niña no paraba de moverse y sonreír, cada vez que alguno de los médicos le cogía sus muñones o hundían sus expertas manos en su cadera.

El traumatólogo no había acabado su intervención cuando una voz tajante y fuerte le interrumpió. Uno de los doctores se había limitado a mirar a sus colegas de manera desafiante mientras exponían sus teorías y ahora había decidido no guardar turno para hablar.

–No estoy de acuerdo con esta operación. La niña no llegará a andar porque el miembro ya no tendrá la flexibilidad suficiente. No creo que el riesgo y las secuelas de esta intervención sean necesarios, dada la escasa edad de la paciente y las pocas probabilidades de éxito. Señora, no se haga ilusiones, su hija seguramente no se levante nunca de una silla de ruedas.

La dureza de aquellas palabras sobresaltó a todos los presentes en la sala. Pero sin duda a alguien en especial.

De la misma manera que aquel hombre había interrumpido minutos antes a su compañero, sus palabras se vieron diluidas bajo la voz del ortopeda que, pasando exageradamente las hojas del informe que tenía sobre la mesa, comenzó a hablar desviando la atención sobre aquella teoría pesimista.

–No nos precipitemos… El proceso va a requerir mucha rehabilitación y mucha paciencia por parte de los padres, pero seguramente esta niña llegue a andar. De los niños con malformaciones que han pasado por mi consulta un porcentaje muy elevado ha logrado caminar. También es cierto que, al crecer y aumentar el peso del esqueleto, muchos van perdiendo equilibrio y esa esperanza se ve frustrada. Pero la medicina, señores, no es una ciencia exacta… Propongo que preparemos su cadera previamente para la operación.

Hacía tiempo que no lloraba, pero en aquel momento Laly no pudo controlarse. Con el llanto se permitió soltar algo de tensión en aquel día largo y gris.

El proceso iba a ser largo y probablemente doloroso sobre todo para una niña tan pequeña. Ninguna garantía de ser una solución cien por cien efectiva. Pero cuando la FE se viste de esperanza y conocimiento, mueve montañas.

Cuando voy en mi cochecito de paseo con papá o con mis hermanos, la gente se para a verme y dice: qué guapa, qué ojos tan grandes. Pero hoy me he dado cuenta de que los médicos no dicen esas cosas. Ellos utilizan otras palabras muy raras como de otro planeta, tal vez porque piensan que yo soy un poco de otro planeta; dicen: «ausencia de miembros», «congénito», «luxación»…, sólo ellos usan esas palabras imposibles de repetir. ¡Uff, ni papá y mamá saben decirlas! Mi preferida es: «Meromelia» o algo así. Yo

siempre pienso que se confunden, que no han entendido bien mi nombre. Así que con mis ojos muy abiertos les intento decir:

¡Que me llamo Lary… La-ry!

Pero ellos nada, a lo suyo… La verdad es que los doctores no me llaman por mi nombre; «que pase la paciente», dicen. ¿Cómo ha dormido la paciente? La paciente por aquí, la paciente por allá… Paciente. Lo que aún no sabía es que esa palabra iba a acompañarme durante muchos años y creo que de alguna manera forma parte de mí: paciente soy… Paciencia aprendí a tener, me enseñaron que era un poquito de Paz y otro de Ciencia.

–¡Ay, alhaja mía! ¡Tan pequeña y qué paciencia tienes, con las perrerías que te hacen!

Esa es mi abuela Manuela. Desde que me pusieron aquel aparato tan raro a los pocos días de volver de la playa, ella no hace más que mirarme y se lamenta. Pero a mí me encanta cuando me llama alhaja… mamá me ha dicho que una alhaja es una joya que brilla mucho. Me gusta oírlo cuando lo dice la abuela porque alarga mucho la a de… alhaaaaaajaaaa…

Y tiene razón. El aparato ese es un rollo. Es como un vaso gigante pero de color carne en el que meto el muñón de la pierna; tiene unos hierros que me hacen estar todo el tiempo con las piernas abiertas.

Al principio me pareció divertido, pero desde que me di cuenta de que no era para jugar sólo un rato, ya no me gusta tanto. Las cintas que se abrochan a mi cintura me hacen heridas en la piel y me molestan bastante, me escuece, me quipa… (por mucho que mamá me corrige: se dice me pi-ca… ¡Es que a mí me sale decirlo así…!).

Es una sensación muy rara, sobre todo cuando me dejan sentada porque no puedo moverme. Así que, en cuanto puedo, subo mis muñoncetes hacia arriba ante el primero que pasa para que me cojan en brazos y así al menos me aireo un poco, bueno, y de paso me dan unos cuantos mimos. ¡Me encantan los mimos!

Antes de haber cumplido un año Lary se enfrentó a su primera prótesis. Un objeto extraño y ajeno al cuerpo que pasó a convertirse en cómplice vital a lo largo de su vida. No había moldes a medida, se tuvieron que inventar. El ortopeda diseñó un corrector especialmente para ella que la mantenía abierta de piernas para así preparar su cadera. Unas correas de cuero ceñían su pierna derecha y subían hasta la cintura para sujetarla en la posición adecuada. La pequeña se adaptó enseguida a la funda plástica que envolvía su muñón.

La evidente incomodidad de aquel artilugio no impidió que siguiera disfrutando de los últimos rayos de sol que todavía regalaba septiembre. A pesar de lo aparatosa y llamativa que resultaba aquella prótesis, sus padres sabían que no debían condenarla a estar metida en casa. Salir a la calle a veces conllevaba regresar con el sabor amargo de alguna mirada indiscreta o de algún que otro comentario lastimero o inoportuno que escuchar. Pero nunca la privaron de sus paseos.

Siete meses después, los huesos ya estaban preparados para ser intervenidos.

9. El hospital: un limbo invertido

14 de abril de 1974

–Buenos días, nombre, por favor.

–Hilaria León Molina. Pero en casa le llamamos Lary.

–¿Edad?

–15 meses.

–¿Perdón?

–15 meses, la niña tiene un año y tres meses.

–Vamos a ver… habitación 320, traumatología pediátrica, tercera planta, área 5, ascensor de mano derecha, pregunten al llegar al control de enfermería, las auxiliares avisarán al doctor.

La habitación era sobria, tenía lo estrictamente necesario: una cama alta con el extremo de barrotes blancos, un armario empotrado y una silla blanca y hundida para el acompañante del paciente ingresado. Laly detuvo su mirada en los muelles deshechos de aquel asiento ajado por el uso que pronto se convertiría en su único lugar de descanso durante noches.

Todavía no habían soltado las cosas cuando alguien tocó con los nudillos en la puerta.

–Buenos días, señor León. Señora, ¿cómo ha ido todo?

El doctor que iba a encargarse de la operación rozó con sus dedos la planta del único pie de la niña que miraba atenta desde los brazos de su madre y prosiguió:

–Ya saben, antes de operar la cadera tenemos que preparar su anatomía. Tenemos que ponerle una escayola para estirar todo lo que podamos este muñón y hacer el hueco. Para ello instalaremos en la cama un sistema de tracción esquelética a nivel del tercio distal de su miembro inferior izquierdo. Un mecanismo de poleas y pesas irá separando gradualmente fémur y cotilo. Después de tres semanas aproximadamente de tracción, si todo va según lo previsto, se realizará una abducción paulatina para que la cabeza del fémur, una vez separado y alineado con el cotilo, se vaya encajando de nuevo gradualmente en la cavidad de manera natural. Como hablamos en su día, es la opción que creemos más adecuada para ella, al menos así pensamos la mayoría. Vamos a pedirles mucha paciencia porque el proceso será largo y confiamos que fructífero. A la niña es a la que más le va a costar, sabemos que pasar todo un verano en el hospital es duro y aburrido, además con la vitalidad que tiene no sé cómo van a conseguir que esté quieta tanto tiempo…

–Gracias por todo, doctor.

–Tranquila, todo irá bien. En media hora vendrán a ponerle la escayola a la niña. Que esté desnuda, sólo con el camisoncito que ahora le traerá la enfermera y ya le dirán cómo tiene que manejarla cuando esté instalado el sistema de tracción. Mañana por la mañana vendré con un celador a instalar las poleas. Tengo que seguir mi recorrido de visitas, cualquier cosa avisen por favor a las enfermeras. Hasta mañana.

Joaquín miró a su hija, bajó la cabeza y por un segundo cerró los ojos. Allí estaban él y su mujer, en una habitación fría y desangelada de hospital a solas con su hija en brazos. Durante meses había tenido puesta la esperanza en aquella operación. Después del nuevo nacimiento, mientras Laly compaginaba la vuelta a su tienda con los continuos viajes a Madrid para las revisiones de su hija, él logró un puesto de administrativo en el hospital de la localidad. Pensó que introducirse en el ámbito sanitario era una garantía de poder ayudar de cerca a su hija. Consiguió hacerse hueco y codearse con médicos y directivos del hospital, que a su vez le facilitaban contactos en otros centros y con otros especialistas, incluso del extranjero. Fue así como llevó el caso de su niña al grupo de expertos que finalmente habían decidido operarla en Madrid. Siempre estaba activo, pensando en todo, en las mejores prótesis que podría llevar Lary en un futuro, en su traslado a la ciudad, en comprar una nueva casa allí cerca de los hospitales, en buscar colegio a los niños…

Lo que nunca imaginó era lo que iba a costarle ver sufrir a su pequeña. En aquel preciso instante aquella habitación se le vino encima.

La voz de Laly le hizo reaccionar.

–Mira, Lary, ¡qué habitación tenemos! ¿Has visto qué armario tan bonito? Aquí vamos a colocar nuestras cositas. ¡Uy, tenemos que pedir perchas! ¡Esta es tu nueva camita! Mira, ¿ves qué bien vamos a estar aquí?

Una vez más, su mujer le sorprendió. Joaquín se despidió de las dos.

¡Mi nueva cama es enorme, como la de los mayores o más grande aún! Todos los días, cuando me despierto, me dan ganas de dar vueltas en ella como una croqueta, pero no puedo. Me han quitado el aparato raro y me han puesto una venda dura de color blanco en su lugar. La venda está fría, no tiene correas, pero no me la pueden quitar. Acabamos de comer. Mami me estaba leyendo *Los tres cerditos* pero de repente ya no oigo su voz; su cabeza ha empezado a dar tumbos lentamente hasta caer sobre el libro. Creo que no duerme bien por las noches, porque cuando apagan todas las luces, la oigo hablar con las enfermeras a la entrada de la habitación. Yo sigo en la misma posición de siempre: tumbada; así que subo mis párpados cuanto puedo y me distraigo viendo las manchitas del techo. Si estuviera aquí mi abuelo Ignacio, ya le habría dado una manita de pintura… ¡Él lo arregla todo!

Cuando bajo mi mirada del techo, descubro que de mi muñón de la pierna sale una

cuerda muy larga que sube muy, muy alto hasta un palo que han pegado a los pies de mi cama. La cuerda está enrollada en una especie de rueda, como las de mi cochecito, y al final tiene un gancho muy grande que sujeta una especie de galleta pero de hierro verde que pesa como una piedra.

A veces, siento que una fuerza extraña tira de mí… mi cuerpecito va deslizándose poco a poco por la cama y siento las sábanas resbalar a mi paso. ¿Será que tengo poderes? Yo estoy bien aquí porque estoy con mamá, pero preferiría estar en casa jugando con mis hermanos… a lo mejor esos poderes hacen que me vaya escurriendo para que pueda salir sola de esta habitación… el pedrusco en forma de galleta va desapareciendo poco a poco de mi vista, cada vez está más baja, más baja y cuando ya casi mi pierna toca el final de la cama oigo un suave ¡clonk! La galleta ha debido caer al suelo. Yo siento un cierto alivio porque mi cuerpo se relaja y ya no siento ninguna fuerza tirando de mí. El ruido ha despertado a mamá.

–¡Mi niña! Pero dónde vas… ¿Cuánto tiempo llevas ahí? Me he debido de quedar dormida.

Yo retuerzo mi cabeza para mirarla desde abajo y le sonrío para que vea que estoy bien, pero ella da un respingo y rápidamente tira de una cadenita que cuelga del cabecero de la cama. Mientras me acaricia el muñón del brazo, estira la sábana y me baja el camisón, que se me ha quedado enrollado en mi pecho dejando el resto de mi cuerpo al aire. Entonces llega Emiliano, que debe vivir también en el hospital porque siempre que mi madre tira de esa cadenita, viene a ayudarla.

–¡Pero bueno! ¿Dónde querías ir tú, ojazos grandes? A ver, Laly, cójala de las axilas y cuando yo haya levantado la pesa, usted la sube con cuidado a la altura de la almohada. ¿De acuerdo? ¿Preparada? Empiece a arrastrarla hacia arriba… muy bien… ¡ya estás, preciosa!

Laly se sentía culpable por haberse quedado dormida. Sabía que volver a colocarla en su sitio causaba tanto dolor en su hija como cuando el médico decidía que había llegado el momento de poner otra pesa más para incrementar el efecto.

Las poleas volvían a tensarse y la niña volvía a notar que su cuerpo se estiraba. Emitía unos gemidos que rompían en llanto. Laly se deshacía por dentro. Mientras el celador colocaba de nuevo las pesas a la altura correspondiente, ella intentaba distraerla con alguna canción o alguno de los peluches que le había traído su padre. Intentaba hacerla volar con su imaginación, lejos de aquella cama. Y a menudo lo conseguían, unidas por una complicidad absoluta. Interpretaba cada uno de los gestos y muecas de su hija al instante: sabía cuándo lloraba de angustia verdadera y cuándo era «cuentitis aguditis», como bromeaba ella misma. Lary se aferraba a su madre hasta el punto de no permitirle ausentarse de aquella habitación ni un solo segundo.

Aquel curioso sistema de cuerdas y poleas se convertía para ambas en un auténtico calvario. Aparte de la tortura que suponía para aquel cuerpecillo el estiramiento de los huesos, la escayola estaba produciendo en la pequeña llagas y rozaduras. De cintura para abajo, los genitales eran la única parte que quedaba parcialmente al descubierto y aunque su madre cuidadosamente procuraba controlar las necesidades fisiológicas de la niña, inevitablemente, la orina conseguía colarse por los huecos del yeso produciendo escozor y un desagradable olor.

Todas las noches, contradiciendo las normas del hospital, Laly dormía en aquella estrecha silla blanca de piel ajada por el uso. Nunca se quejó. Se mostraba siempre agradecida por este pequeño privilegio tan necesario para ellas. Estar al lado de su hija era lo más importante.

–¡Señora! ¿Pero se puede saber qué hace usted aquí? ¿Es que no se ha enterado de que las sillas son exclusivamente para visitas diurnas?

La enfermera jefe había regresado de sus vacaciones. Laly, dormida y aturdida por las voces, creyó estar soñando, pero los gritos y la mano que zarandeaba su hombro la hicieron reaccionar.

–Usted debería saber que aquí no se puede dormir.

–Tshhhhh… Por favor, va a despertar a la niña. Llevamos aquí ya más de una semana y nadie ha puesto ninguna pega. Mi hija me necesita cerca. No molestamos a nadie.

Laly daba explicaciones en voz baja. La cara de aquella mujer no le era familiar. Ella ya había conseguido congeniar con todo el equipo de pediatría, especialmente con el del turno de noche. Cuando la pequeña se quedaba dormida, siempre había alguna auxiliar que entraba en la habitación y la invitaba al cuartito de enfermería. Era su único momento de relax. Allí Laly entendió por primera vez el significado de la cadena de ADN, gracias a los dibujos de Emiliano el celador; disfrutaba enseñándolas a hacer punto de cruz o intercambiando recetas de cocina. No entendía por qué tanto ensañamiento en la reprimenda de aquella enfermera que cada vez subía más y más su tono de voz, dura e intransigente.

–No se puede ser tan protectora, señora. ¿O es que se cree usted diferente a las otras madres? Tenga por seguro que a su hija no le va a pasar nada por dormir sola, que ya no es tan bebé. Además, no sé si usted lo sabe, pero está terminantemente prohibido que los familiares permanezcan en las habitaciones fuera del horario de visita…

No pudo terminar la frase, Lary se despertó, asustada por el alboroto dio un respingo en el aire y sus muñones quedaron al descubierto por fuera de las sábanas. Fue entonces cuando la enfermera entendió «de golpe», comprendió. Sí, en ese momento pudo comprender profundamente a la MUJER, a la MADRE que tenía enfrente de sí misma. En su interior se sintió arrepentida por la dureza de sus palabras, avergonzada también, pero en medio de aquel arrebato, su orgullo le impedía cambiar de actitud. Su ceño fruncido permanecía inmóvil. Todas las arrugas de su cara quedaron congeladas, todas exactamente en el mismo lugar. Era una mujer de mediana edad, de pelo corto y canoso, parecía mayor, agotada; su rostro estaba duramente marcado a cincel, tanto como su voz. La vida es una fiel escultora pero mantiene la memoria, se podía adivinar que de joven aquella enfermera, aquella mujer, también había sido bonita.

–Ahora intente dormir de nuevo a su niña. Mañana hablaremos del tema.

Aquel incidente no volvió a mencionarse. Laly mantuvo aquella silla para dormir a la vera de su pequeña, pero algo cambió, ahora además podía estirar un poco las piernas. Alguien había dado la indicación al celador de turno para que situase un silloncito extra cada noche en la habitación número 320. Dos seres, dos mujeres, tal vez dos madres; se

habían descubierto y, en silencio, se habían reconocido.

Pasaban las semanas. El proceso estaba resultando demasiado lento. Algo no estaba funcionando como se esperaba. Después de 20 largos días, los médicos decidieron suspender el tratamiento de tracción y realizar una radiografía para ver el estado de las articulaciones.

23 de julio de 1974
«Tras tres semanas de tracción y abducción gradual del muñón izquierdo de la paciente, el día 12 de agosto de 1974 se practica una artrografía observándose que lo que le impedía la reducción era la inversión del limbo.»

La cavidad en la que debía encajar la cabeza del fémur estaba al revés. Lary había nacido con el «limbo invertido». Sus padres estaban muy nerviosos. Ese nuevo dato hizo que los días previos a la primera intervención fueran especialmente intensos. Ver a un hijo sufrir es lo más duro que puede experimentar un padre o una madre. Joaquín y Laly, Laly y Joaquín observaron impotentes cómo su hija, una vez más, era sometida a una larga lista de pruebas, análisis y revisiones.

14 de agosto de 1974
«Extracción del limbo, se aplica la cápsula y se inmoviliza el miembro mediante un pelvipédico, incluyendo el clavo de Steiman para mantener la rotación interna del miembro.»

Cuando llegó en camilla a la sala del postoperatorio, sus padres ya estaban esperándola ansiosos. Tenía los ojitos cerrados y aún llevaba un gorro de papel verde quirófano sobre su cabeza. Lary dormía plácidamente. El médico salió de quirófano para informarles de que la operación había sido un éxito. Cuando levantó la sábana que cubría a la niña Joaquín no pudo disimular. Habían vuelto a escayolarla pero además esta vez del yeso salían una especie de agujas que atravesaban literalmente el muñón de la pierna, como si fuese una brocheta. La sensación de dolor recorrió todo su cuerpo.

–Pueden estar tranquilos. Impresiona, pero las agujas van a ayudar a que el limbo vuelva a su sitio y consigamos por fin nuestro objetivo. La niña despertará lentamente de la anestesia. Pueden quedarse aquí para que les vea cuando se despierte. Todo ha salido muy bien, de verdad. Enhorabuena.

Ayer me pasó algo muy raro. Estaba dormida y cuando desperté vi a mamá y a una señora justo a su lado que era igual que ella. ¡Y también veía a dos papás! Hablaban muy alto y me sonreían mucho. ¡Qué juego tan divertido! Yo me sentí como cuando me

bañaba en el mar con mi hermano Nacho: me tumbaba en una cama de plástico naranja que flotaba y saltaba las olas, mi cabeza parecía que daba vueltas, pero a mí me gustaba. Poco a poco la mujer que era igual que mi madre desapareció y mi padre, el de verdad, agachaba su cabeza hacia mi cara con la boca preparada para darme un beso. Quise tocar su pelo con mis muñones pero me pesaban mucho, estaba muy, muy cansada. Entonces decidí saludarles con el pie pero tampoco podía moverlo. Y ya no me acuerdo de nada más. Fue un día extraño.

… Si el LIMBO es un lugar perdido entre dos mundos, donde las almas van, el «limbo invertido» podría tener el mismo sentido, pero al revés: «el lugar de donde las almas regresan…».

Eran las diez y cuarto: hora de la visita. Abrió la puerta de la 320 uno de aquellos doctores que diariamente pasaban para controlar cómo iba todo. Venía acompañado de una enfermera. Al principio, a Laly le costó reconocerlo pero el lunar de su mejilla izquierda le dio la pista: era el médico que aquel día, sentado a la derecha del ortopeda, se había opuesto a la operación de cadera. ¿Cómo podía olvidar aquella cara? Él, sintiéndose observado, arqueó la ceja y se acercó a la paciente.

–¿Y bien? Esto va despacio ¿verdad? Justo como yo decía…

Laly no pudo contestar, o no quiso. Sintió de nuevo un nudo en el estómago al recordar el mal día que le hizo pasar. No esperaba la rudeza de sus palabras. Aquel hombre no tenía esperanza en su hija y ninguna respuesta iba a hacerle cambiar. Cruzó los brazos y tras un intercambio de complicidad con la enfermera, se limitó a observar atentamente cómo aquel doctor inspeccionaba a su hija.

Hoy estoy un poquito mejor. Esta mañana ha venido un médico. Tiene una manchita negra en un lado de la cara, parece una mosca aplastada. Me mira raro. Me hace gracia pero creo que yo a él no. Me toca la tripa; sus dedos están fríos y como mojados. Se acerca para verme de cerca; su ojo derecho, redondo como un huevo, me mira; su otro ojo es más grande todavía y se abre y se cierra muy deprisa. Entonces, saca un palo de color azul que lleva en el bolsillo de su bata blanca, le quita una tapa, me vuelve a mirar con sus ojos de avestruz y, sobre unas hojas que ha dejado sobre mi cama, empieza a moverlo con su mano y a hacer rayas azules. ¡Eso sí que es divertido! Me vuelve a mirar, vuelve a dibujar, pone otra vez la tapita al palo azul y se lo guarda en el bolsillo. Carraspea y se coloca una cosa muy rara en las orejas. ¡Ahora parece un marciano! De aquel aparato de extraterrestre sale un cordón negro que acaba en una especie de platillo pequeño. Mientras se acerca hacia mí con el platillo en la mano y me lo pone en el pecho, veo la tapa del palo azul saliendo de su bolsillo y pienso: ¡esta es la mía! Estiro el pie hasta

casi su cara, aprieto los labios y con un poco de fuerza consigo agarrar con mis dedos aquel palo que tanto me gusta… ¡¡Ya lo tengo!!

Sus ojos se abren ahora mucho más y su cara cambia por completo. La enfermera que le acompaña suelta un ruidito, como si le hubiese entrado hipo, me asusto un poco, pero enseguida veo que es de alegría. Él no sonríe pero su cara es distinta, ya no parece tan serio.

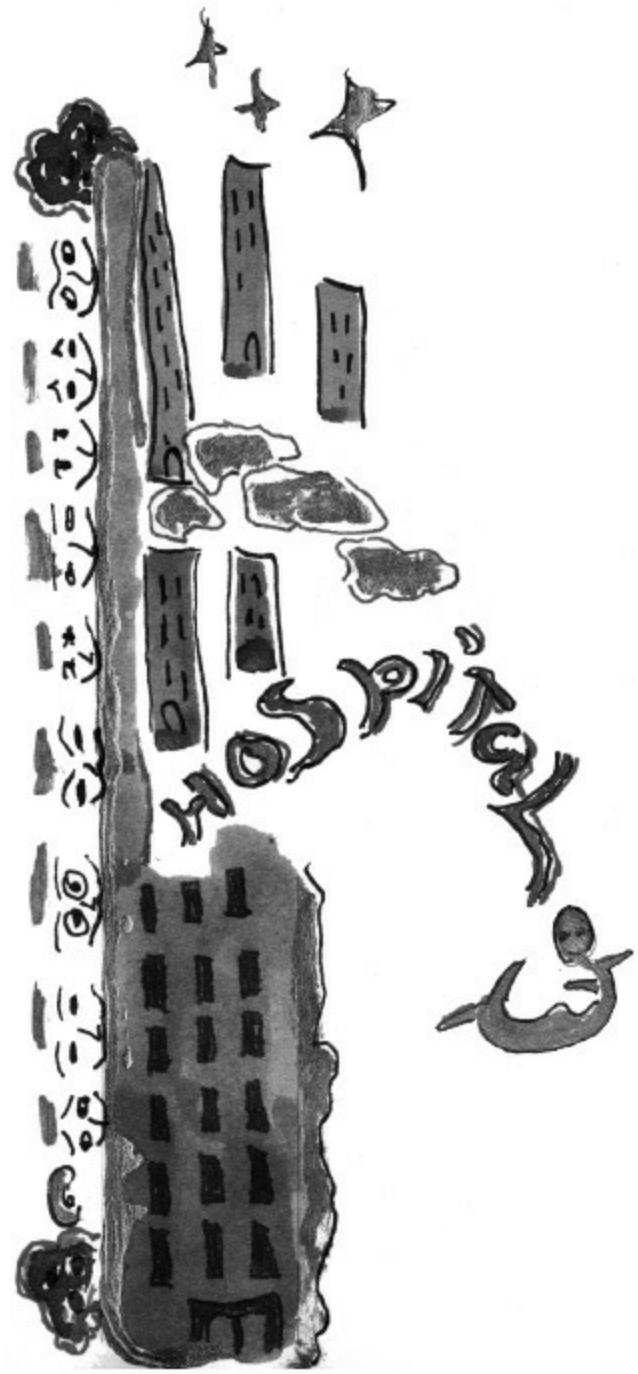
Con tan sólo 18 meses, sin brazos y con una sola pierna, Lary consiguió hacerse con el boli del doctor. Con los pequeños dedos de su pie derecho, lo agarró con destreza como si lo hubiese hecho otras muchas veces; mientras lo sostenía con el pie en perfecto equilibrio, sus ojos brillaron y antes de dejarlo caer sobre las sábanas, les dedicó una sonrisa.

Laly intentó contener su emoción pero no lo consiguió. El corazón le latía a mil por hora. En sus labios se dibujó un gesto de satisfacción. Qué lección tan simple y tan espontánea.

–¡Ole mi niña! ¿Vas a enseñarle al doctor cómo vas a pintar…?

«Postoperatorio sin complicaciones. El 17 de agosto de 1974 la niña León es dada de alta. Atenderá a nuestra consulta el día 2 de septiembre de 1974.»

10. Una de piratas



9 de octubre de 1974

«Nuestro juicio protésico respecto a las extremidades superiores es que actualmente a la niña se le han adaptado unas prótesis con:

1. Encajes de plástico laminado
2. Codo y manos pasivas
3. Correajes de sujeción elástica.»

24 de octubre de 1974

«La paciente Hilaria León Molina reingresa para exploración bajo A.G. y radioscopia del estado actual de su cadera, encontrándose reducida y estable.

Dada de alta el 28 de octubre de 1974, deberá atender a nuestra consulta el 18 de noviembre, donde se le retirará el yeso y se hará una radiografía de control. Para esto, puede ser necesario el uso de anestesia general, por lo que se recomienda que la niña venga en ayunas desde las 6 de la mañana, hora en que se le dará un vaso de agua para evitar deshidratación debido al prolongado tiempo en ayunas que se le debe mantener.»Estoy de pie. Mi espalda se apoya en la pared de la terraza. No me atrevo a dar un paso pero estoy de pie. Clavada al suelo, a la tierra, a este mundo.

Es sábado por la mañana y yo ya estoy lista esperando al sol mientras mis hermanas terminan de vestirse para irnos a dar un paseo; yo iré sentada en mi sillita, por supuesto, pero ahora me mantengo recta, guardando el equilibrio sobre mi pierna derecha y una especie de palo que me han puesto en el muñón para sostenerme mejor.

Desde que salimos del hospital y me quitaron aquel aparato raro con clavos, mamá y yo hemos vuelto muchas veces al médico. Vamos lejos, en un coche que no es de papá; cada vez nos lleva un señor distinto pero a mí me gusta. Me encanta mirar por la ventanilla: veo pasar otros coches, gente andando, niños jugando, papás cogiendo de la mano a sus hijos para cruzar la calle; lo mejor es cuando nuestro coche se para y justo a nuestro lado se detiene otro y veo quién conduce ese coche: es una mujer que mientras sujeta el volante con una mano, se pinta los labios con la otra mano y se mira en un espejo muy pequeñito que cuelga del techo del coche. ¡Qué bien lo hace! Ahora veo a un hombre mayor. Parece triste. Tiene los ojos pequeños y llenos de arrugas, está muy serio y mira al frente, está como en otro mundo. Parece que ha notado que le estoy viendo y tuerce la cabeza.Nos miramos un rato y al final sonríe. Me pongo contenta, no conozco de nada a ese señor pero creo que al verme se ha acordado de algo bonito y eso me gusta, me hace feliz. Yo también le sonrío.

¿Cómo serán sus familias? ¿La de la mujer del pintalabios? ¿Tendrá hijos el señor triste? ¿Irán al hospital como mi madre y yo?

Diciembre de 1974

Informe Protésico:

PROFETIZACIÓN- ...«se aconseja que la niña haga con sus muñones movimientos contra resistencia para desarrollar la musculatura lo más posible. Cuando no haga esto, poner a la niña boca abajo para que empuje con sus muñones. El muñón de la extremidad inferior debe ser tratado por manipulaciones pasivas y a este efecto se recomienda también la posición boca abajo. Se aconseja también a los padres que las prótesis se las pongan a la niña a ratos para que empiece a desarrollar su esquema visual y mental de las prótesis, al mismo tiempo fortalezca su musculatura de la cintura».

JUICIO PROTÉSICO- «El muñón de extremidad inferior igualmente no presenta problema de adaptación de prótesis, a pesar de existir una pequeña contractura en flexión y abducción, debida a inmovilización en flexión-abducción para tratar de reducir la cadera luxada.

Posiblemente pueda haber en el futuro una ligera claudicación en la marcha durante la utilización de las prótesis como consecuencia de la falta de tensión del glúteo mediano, debido a la luxación de la cadera. En estos momentos no hay desplazamiento hacia arriba del extremo proximinal del fémur y es difícil juzgar tal punto. En la extremidad inferior se empezará con una adaptación de una prótesis cuanto antes si la niña intenta o se pone de pie. Creemos útil empezar por un pilón muy simple para que se mantenga erguida y en cuanto sepa andar con él, pasar sin transición a una prótesis definitiva»...

Cada vez que voy al hospital ¡¡los médicos me regalan unas cosas…!! Primero fueron una especie de brazos largos de plástico con un gancho al final; a mí no me gustan nada porque, cuando me los ponen, no puedo mover bien mis muñones y no puedo tocar nada con ellos. Me siento como Mazinger Zeta pero sin poder coger nada… y sin poder hacer aquello de ¡puños fuera! Después fue el palo para la pierna. Una especie de pierna de plástico de la que sale un palo sobre el que me sostengo de pie.

Papá siempre me cuenta historias de un primo suyo que fue pirata y navegaba por los mares en su gran barco de madera, como los de los cuentos que me leen antes de dormir. Dice que su primo robaba las cosas a la gente, como todos los piratas, pero que lo hacía para dárselo a otros más pobres que lo necesitaban; mi parte favorita es cuando papá cuenta que un día «cogió prestado» un avión y desapareció. Y nunca más nadie supo de él. En los cuentos, los piratas llevan unos ganchos muy, muy parecidos a los míos, sólo llevan uno, es más grande y lo llaman garfio. Además, siempre llevan una pata de palo.

¡Esa sí que es igualita a la mía! ¿Seré yo una niña pirata?

La pierna de palo es fea, pero no me molesta. Todos los días mis padres juegan a ponérmela y con los brazos gancho puestos, me dejan ahí de pie un buen rato, apoyada en la pared… ¡Jo, qué rollo! A veces alguien se sienta conmigo y me acompaña; cantamos alguna canción o me cuenta alguna historia. Si me quedo sola no me muevo porque creo que si lo hago me voy a caer hacia un lado, por eso me quedo quieta, quieta, como las muñecas que veo en los escaparates, eso sí con los ojos muy abiertos sin perderme nada de lo que pasa alrededor, me quedo nerviosa y contenta a la vez porque cuando me ponen de pie veo todo muy diferente desde arriba y me siento alta pero como no puedo moverme me aburro enseguida y empiezo a pensar en ellos, los piratas. Si los de los cuentos andan de un lado a otro del barco con su pata… creo que algún día yo también lo conseguiré.

Después de casi 5 meses de hospitalización, la vuelta a casa daba a la familia un poco de normalidad y cierta calma. Ahora el paso siguiente era intentar que la pequeña se amoldase a sus primeras prótesis. Sin duda el primer informe protésico fue clave: era esperanzador y a la vez exponía que el éxito dependía de la tenacidad y la atención necesaria por parte de los padres para que la niña llegase a manejarse, al menos para

intentar hacer ciertas cosas.

Todos celebraron su vuelta. Todos colaboraron de manera espontánea, querían cogerla, ayudarla a hacer sus ejercicios. Fue fácil acostumbrarse a aquellas prótesis que tenía que ponerse a diario.

Laly volvió a coger las riendas del negocio, que estaba bastante resentido por su ausencia. Algunos días se llevaba a su hija en el cochecito y la dejaba a su lado, detrás del mostrador, mientras ella atendía a sus clientas. Algunas iban a saludarla por mera curiosidad, por saber de primera mano qué era eso tan extraño que le había pasado a aquella familia. Otras habían oído que a la niña le habían puesto unos ganchos de garfio, no lo podían creer y simulaban necesitar alguna prenda sólo por intentar verlos.

–Hola, ¡buenos días!

–Buenos días, Laly, venía sólo a mirar… No has traído nada nuevo ¿verdad? Claro, ¡con tanto jaleo que has tenido estos meses…! Por cierto, ¿qué tal tu bebé?

–Aquí está. ¡Mira qué Tesorito!

–¡Ay! ¡Qué lástima! ¿No?, hija, yo no sé cómo puedes, debe ser horrible que tu niña te salga así… ya sabes… con esos hierros…

–… Es lo más bonito que nos ha regalado la vida y me vas a perdonar, pero tengo que ordenar todas estas cajas que acabo de recibir con nuevo género.

Joaquín seguía de un lado a otro. Buscando su hueco en el entorno de los hospitales para poder ayudar desde dentro a su hija y viendo la posibilidad de que la familia se trasladase definitivamente a vivir a la capital, donde estaban los principales centros.

–Papá, ahí viene un taxi. ¡Taxi!

–Gracias, hijo. Pasa tú atrás, yo iré delante.

–Buenas tardes. ¿Dónde vamos?

–A la zona de la Llanilla, la zona de Novedades Laly, por favor.

–Sí, sí, sé dónde es… ¡Como para no conocer la tienda! ¡Si todo el mundo habla de ellos, pasan muchas cosas raras en esa familia! ¿Usted los conoce? Si yo me cruzase con ellos me iría a la otra acera, no vaya a ser que… yo no soy supersticioso ¿eh? Pero oiga, ¡nunca se sabe!

Joaquín buscó la mirada de su hijo Joaquín en el retrovisor. Permanecieron en silencio mientras el taxista seguía entusiasmado hablando de la última comidilla de aquella capital de provincia. Hablaban de ellos pero no era su historia.

JUICIO SOBRE LOS PADRES- «Creemos que los padres están conscientes del problema y han aceptado a la niña sin prejuicios y sobre todo con serenidad. Los padres, pues, están dispuestos a colaborar eficazmente en el tratamiento de la niña, que crece con una inteligencia muy despierta y con un cuidado sensato sin excesos. Como es lógico, tratan de buscar por todos los medios las prótesis "maravillosas" que las publicaciones no especializadas describen. Desgraciadamente no existen esas prótesis pero se investiga para que cuando la niña sea mayorcita, haya modelos más perfeccionados que los existentes...»

...«En su momento, cuando la niña sea capaz de discernir y sobre todo de cuidar sus prótesis, se le podrán adaptar unas prótesis-mío-eléctricas o la que la industria e investigación nos ofrezca. Dado que hay muchas posibilidades de que en el futuro el extremo distal del húmero haga resalte en la piel, necesitando, por tanto, los muñones retoques quirúrgicos, será imprescindible que el cirujano se ponga en contacto con el protésico con el fin de aprovechar dicha intervención al objeto de adaptar algún mecanismo o electrodo dentro del muñón en el supuesto de que en dicho momento exista...»

...«Desaconsejamos que la niña sea profetizada en el extranjero con prótesis

experimentales, pues al regreso a España habría problemas en cuanto a su mantenimiento.»

Una tarde Laly entró en una juguetería. Eligió la muñeca más grande, no importaba si era bonita o no, no era para regalársela a ninguna de sus hijas. Cuando ya todos dormían en casa, aprovechó para sacar de la bolsa su compra. Cogió la mejor tijera de su costurero y abriéndola hizo una incisión lineal cuidadosamente a la altura del antebrazo de aquel juguete. Las manos eran rígidas y de tez morena, ¡perfectas! Entró en el cuarto de Lary, y cogió las prótesis. Encajó a presión las manos en los ganchos de los extremos de los brazos. Cogió una chaquetita del armario de la pequeña. Introdujo los brazos en las mangas y sonrió.

Al día siguiente cuando Joaquín entró en la cocina para desayunar dio un paso hacia atrás sorprendido. Se quedó inmóvil en la puerta. Quería decirle algo a su mujer pero no le salía la voz. Su hija estaba apoyada en la pared, con la pierna y los brazos puestos, como cada mañana, pero ¡tenía manos! ¡No podía ser! Se restregó los ojos. Pensó que estaba soñando o tal vez su mente le estaba jugando una mala pasada. Ella preparaba las tostadas como si nada, ajena a aquel milagro; mientras untaba en ellas la mantequilla dijo con toda naturalidad:

–Le he encajado las manos de una muñeca. Así no llaman tanto la atención esos ganchos y no nos acribillan a preguntas indiscretas.

La imagen era un tanto grotesca, pero los dedos de aquellas manos de plástico regordetas, que tímidamente asomaban por la chaqueta de la niña, evitaron que mucha gente se fijara en las prótesis de Lary, al menos durante aquellos primeros meses de adaptación. Sólo se las colocaban para salir a la calle, en casa empezaba a practicar con los brazos a base de movimientos simples.

«...Las prótesis que tiene adaptadas deberá utilizarlas cada vez más progresivamente. La niña debe jugar con juguetes grandes o cajas para que los sujete entre las manos de las prótesis.»

«...El tiempo que no esté con las prótesis debe tener los brazos lo más libres posible para que toquen todos los objetos posibles y la niña aprenda así todos los datos de orden sensitivo de los distintos objetos.»

«...El pie de la niña debe estar libre al mismo tiempo para que se acostumbre a coger objetos de la más variada especie. Es particularmente importante para el futuro de la niña este punto, puesto que el pie, con el tiempo, adquirirá a efectos

prácticos la habilidad de una mano.»

11. Pie-Mano, Mano-Pie

–¡Alguien ha pintado en la pared del despacho de papá! Menos mal que he corrido la cortina para que vuestro padre no lo vea hasta que pueda quitarlo. Pero quiero saber ahora mismo quién ha sido.

–Yo no he sido, mamá.

–No, mamá, ni Conchi ni yo hemos pintado en ningún sitio.

–Joaquinito es ya muy mayor para hacer este tipo de travesuras pero quiero que sepáis que si el que lo ha hecho no lo dice, este fin de semana os quedáis sin tele. Hijos, no paro con la casa, la tienda y vuestra hermana, así que me tenéis que ayudar. No puedo estar además limpiando pintadas en la pared.

»Sólo espero que quien lo haya hecho, lo diga antes de que se entere vuestro padre, y que no se vuelva a repetir.

Po-co a po-co. Poco a poco empiezo a moverme. Voy de un lado a otro de la casa utilizando mi pierna como remo. Yo no gateo como los otros niños, recorro los pasillos de mi casa a culadas. Mi madre siempre me dice que destrozo mis braguitas de tanto arrastrarme. Pero no debe importarle mucho porque sigue dejándome que me pasee por toda la casa de esta manera. Os podéis imaginar sentados en el suelo con las manos y los pies atados. Tenéis que avanzar hacia adelante. ¿Qué hacéis? Os doy una pista: si empujáis todo vuestro cuerpo hacia arriba sentiréis el golpe de vuestro trasero con la fría baldosa del suelo o el quemazón de la alfombra al frotarse con la piel. Después, todo el cuerpo vuelve a caer de golpe y todo te suena por dentro, pero os prometo que conseguís avanzar.

–Conchi, somos hermanas. ¿Lo has pintado tú? Si lo has hecho dilo. Como se entere papá va a ser peor.

–Pero ¡tú te crees que con 13 años voy a hacer esas niñerías! Además, ¿cómo voy a entrar yo sin permiso en el despacho de papá? ¡Si me pillan me la cargo! ¡A ver si has sido tú y te haces la mosquita muerta!

–¡Tengo un plan! Vamos a espiar a Joaquinito. A lo mejor ha hecho ese dibujo como si fuese de niño pequeño para despistar.

El enigma de los garabatos en la pared tenía intrigados a todos en casa. Para más misterio y enfado de Laly, aquellos rayajos se multiplicaban por días.

–Joaquín, ¿estás dormido ya?

–No. Las dichosas facturas de la tienda, no puedo quitármelas de la cabeza.

–Estoy preocupada por los niños. Alguien ha pintado en una pared. Creo que es una

manera de llamar la atención. Lo que me extraña es que lo hagan de esa manera, ya son mayorcitos para andar con esas chiquilladas. Quizás al estar de aquí para allá, en el médico con Lary y luego en la tienda, tú en la oficina, la terapia que hacemos con ella en casa… es normal, todos los niños tienen celos cuando llega un hermano pequeño…

–Pues no deberían estarlo. Saben que su hermana necesita más tiempo y deben ayudarte a ti con la niña.

–Mañana sin falta soluciono este asunto. Tú duérmete. Te he dejado en el varón de noche la camisa azul. Ya está planchada.

Mis cinco dedos, me paso el día moviendo mis cinco únicos dedos. Van por libre y son muy blanditos, como de goma. Puedo alargarlos lo que quiera. Se extienden como las raíces de un árbol cuando crecen para buscar agua. Me paso horas moviéndolos, puedo separarlos uno a uno y lentamente. ¡Todos a la vez muy deprisa! Estiro la punta de los dedos como si quisiera que llegasen al infinito. Parecen los tentáculos de un pulpo moviéndose al compás de las olas. Los estiro tanto, tanto, que mi pie, de repente, se parece mucho a una mano.

Thhhssss… Es mi secreto. ¡¡Estoy súper contenta!! Con mi «mano-pie, pie-mano» estoy haciendo mi primera obra de arte.

Después de la sesión de pierna que toca cada mañana, me quitan las correas que sujetan mi pata de palo y mis garfios y me dejan estar un rato a mis anchas por la casa. ¡Uff, es una auténtica liberación! Disfruto arrastrándome como una lagartija por todos los rincones. Me encanta meterme bajo la mesa del comedor y sentirme entre las patas de las sillas donde comemos todos. Es como una cueva… Con el dedo gordo del pie levanto la punta de la alfombra. Siempre hay algún tesoro que descubrir debajo de las alfombras: una moneda, una ficha de parchís… Pongo mi dedo encima, arrastro lo que encuentro por el suelo y lo cambio de lugar. Al día siguiente vuelvo a ver si está en el mismo sitio donde lo he dejado.

Atravesar el pasillo me llevaba mucho tiempo. Es largo y sin muebles donde esconderme, pero hago paradas en las habitaciones, las puertas están abiertas, me chifla la sensación de empujarlas con el pie y descubrir nuevos lugares, me pego a alguna esquinita y descanso mientras miro todo desde el suelo: las colchas de dibujos de colores de mis hermanas, sus zapatos tirados debajo de la cama, los pósters de cantantes en la pared del cuarto de mis hermanos. Después sigo mi camino por el largo y misterioso pasillo.

Una mañana vi en el suelo tirado un palo verde como el que tenía aquel médico en el hospital, ahora sé que se llama pintura, porque mis hermanos me hacen dibujos y me enseñan cómo colorean. La pintura es verde, uno de mis colores favoritos. ¡Después del amarillo! Alargo el dedo gordo del pie, arrastro la pintura y la atrapo con mis dedos. Haciendo mucha, mucha fuerza para que no se me caiga, empiezo a dar culadas para ir a algún sitio. No sé dónde voy a guardar mi nuevo tesoro… y sin darme cuenta, estoy en el largo pasillo. Es de día pero está oscuro. Las puertas de los dormitorios están cerradas, todas menos una. Al final del pasillo veo un poquito de luz y allá que voy. Es el cuarto donde papá se pasa horas después de venir de trabajar, y dormir la siesta, por supuesto. Mis hermanos no pueden pasar, no les dejan. Papá tiene la mesa siempre llena de papeles y mamá dice que si entramos podemos perderle o romperle algo importante. La puerta está un poco abierta. Hmmm… Huele a limpio. Con mi muñón izquierdo abro un poco más el hueco de entrada y me cuelo. Llego hasta el fondo de la habitación y otra vez con mi muñón izquierdo aparto una cortina muy, muy larga que tapa la ventana y llega hasta el suelo. Entre la cortina y la pared hay un hueco y me coloco ahí. Al soltar la cortina se mueve sola y vuelve a taparme la espalda. Estoy como en una tienda de campaña de los indios. Cojo la pintura con mis dedos, subo el pie, apoyo la punta verde en la pared y la muevo muy despacito… ¡y pinta! ¡Qué emoción! Suelto la pintura y doy unos golpecitos con la planta del pie en el suelo. Quiero aplaudir como lo hacen los mayores cuando hago algo nuevo y se ponen contentos, o cuando terminamos de cantar una canción. ¡¡¡Bien!!! ¡¡Sé pintar!!

Tengo hambre, así que dejo la pintura y aparto la cortina para salir de allí.

Al día siguiente voy otra vez a mi cita con la cortina y la pared. La pintura sigue allí, tal y como la he dejado, sobre una madera que separa el suelo y la pared de toda la casa, y vuelvo a hacer la misma operación, con aleteo del pie sobre el suelo incluido. ¡Qué divertido! Cuando lo termine, les va a encantar a todos. Hace tres días que empecé mi pintura… y hoy creo que la voy a terminar. ¡Andá, la puerta está cerrada! Otra vez pasillo para arriba, pasillo para abajo sin haber cumplido mi misión. No es un dibujo cualquiera. ¡Que ya llevo varios días…! Mañana lo intentaré otra vez.

¡¡Yupii!! Hoy sí que he tenido suerte. Estoy en el cuarto misterioso. Sola, bajo la cortina y entregada por completo a mi dibujo; sólo un ratito más y está terminado…

–¿Lary? ¿Dónde estás, hija? Tienes tu zumito de naranja. Laralary… ¿Dónde te has metido?

Laly buscó por toda la casa y finalmente miró al fondo del pasillo. El despacho de Joaquín estaba entreabierto y notó cierto movimiento en el terciopelo de la cortina.

– ¡Te pillé! –sonrío Laly por dentro.

Por fin iba a descubrir quién estaba estropeando el papel de la pared. Caminó

sigilosamente hacia la estancia, dejó con cuidado el vaso de zumo junto a la Olivetti negra de su marido y asomó su cabeza. Y ahí estaba ella. ¡La inocente Lary!, sentadita en el suelo con sus bragas de perlé deshilachadas haciendo círculos sin parar con una pintura bien sujeta entre los dedos de su pie. Laly contuvo la respiración y gritó, pero fue por dentro y de alegría. Salió de puntillas del estudio y corrió hacia el salón. Tenía que compartir aquel hallazgo con todos.

12. Me aburro, me aburro…

–¡¡¡Oye, que tu hermana está metiendo el pie en el plato!!!

Se quedó muerta. Aquella amiga de Conchi se quedó paralizada por completo en medio del salón.

–No pasa nada, ¡es que mi hermana come con el pie!

Lary tiene su pierna derecha sobre la mesita de mármol baja del salón. Con el pie sostiene la cuchara, se la lleva a la altura de la boca y sopla, con tanta fuerza, que la mitad del caldo vuelve a derramarse en el plato. Se ríe traviesa y come. Tiene la coleta bastante destartalada y dos mechones se le vienen a la cara, así que con un movimiento de cabeza se retira el pelo con su pequeño muñón izquierdo. Suelta la cuchara, baja la pierna y con sus dos muñones atrapa la servilleta y se limpia los morros a conciencia, así le enseñó su madre y así lo hace siempre.

–¡¡Está buenísima!! Quema un poco pero a mamá hoy le ha salido de rechupete.

Coge un trozo de pan y lo muerde, está un poco chicloso, así que tiene que tirar. El pan se le escapa de los muñones y se queda con el pedazo en la boca, entonces es cuando sabe que la están mirando y enseña graciosa su estampa, como si estuviese en el centro de una pista de circo a la espera de los aplausos y las risas del público.

–¿Y tus padres no dicen nada?

–No. Están encantados… qué, ¿a que te dan ganas de probar a ti también, eh?

Y para cuando aquella amiga se quiso dar cuenta, ya estaba descalza y sentada en el suelo. Intentando imitar a Lary, los fideos se confundían con el estampado de la alfombra.

«En las comidas, ella lo hacía como podía, empezó comiendo sola con el pie encima de la mesa. La naturalidad nunca faltaba. Éramos los primeros que lo veíamos así. Ella era nuestra hermana, nuestro juguete inteligente» *Joaquín* (hermano).

«… Nunca vi que mi hermana había nacido sin brazos y sin pierna… con la inocencia y la belleza de un niño, no lo ves… Para mí lo de Lary no fue excepcional… lo excepcional fue darme cuenta del mundo real, del mundo de los maduros, del error que cometía la gente siguiendo tanta norma y asustándose de quien era diferente…» *Sol* (hermana).

«… Su llegada se desarrolló con naturalidad y me permitió observar el

comportamiento del resto de personas…» *Conchi* (hermana).

«… Desde que era muy pequeña, ella enseguida se dio cuenta de que el mundo exterior no importa…» *Nacho* (hermano).

«… Aquellos brazos que le ponían al principio sólo eran para disimular. Era un correaje que no sé cómo lo aguantaba. Era una camisa de fuerza…» *Joaquín.*

«… ¿Por qué tienen que hacerlo? Yo le decía ¡quítatelos, venga, ahora que no nos ve nadie!…» *Sol.*

«… Su pie era mágico, todos intentábamos imitarla cogiendo cosas con los pies. Era muy habilidosa. Era muy alegre y cariñosa, como es ahora…» *Nacho*.

«… Si se hubiera quedado rodeada sólo del mundo adulto, hubiera sido diferente, pero estaba rodeada por nosotros, rodeada de infancia y un niño no ve las cosas como el adulto… Fue algo mágico. Me moría por estar cada segundo con ella. Pensaba que éramos las dos de otro planeta…» *Sol.*

Me gusta mi nueva casa. Es un poco más pequeña pero también tiene un pasillo largo que da a las habitaciones y justo, por en medio de ese pasillo, se entra al salón, un salón grande donde, aunque pocas veces, nos sentamos todos juntos a ver la tele y una terraza donde me gusta pasar horas jugando sola.

Mis hermanos duermen en un dormitorio y yo comparto cuarto con Sol. La única que tiene una habitación para ella sola es Conchi, como es la mayor de las chicas, mamá dice que tiene que tener su intimidad. No sé qué es eso de la intimidad, pero me da igual, porque prefiero dormir acompañada y que me lean cuentos todas las noches antes de apagar la luz.

Libertad, independencia, todos ganaron mudándose a la capital. Poder pasar más inadvertidos y vivir más cerca de los hospitales más avanzados fue lo más importante. Nuevos colegios, nuevos amigos, nuevos jefes, nueva rutina… Tuvieron que deshacerse de la tienda, que últimamente sólo les daba quebraderos de cabeza. Joaquín salía muy temprano de casa y su mujer se encargaba de que cada uno tuviese listo todo lo necesario para emprender un nuevo día.

Casi de puntillas, así entra mamá todas las mañanas a la habitación. Lo hace despacito para que mis hermanos se vayan desperezando, se levanten y se vayan al cole, con mucho cuidado de no despertarme. Pero da igual, porque yo ya he abierto los ojos hace un rato,

además me llega un olor riquísimo a café y tostadas, hmmm ¡tostadas de mermelada de melocotón, mi preferida!

–Venga, Sol, que vas a llegar tarde… ¡Si no te quedases despierta hasta las tantas…!

–Mamá, por favor, cinco minutitos más…

Y mamá, que tiene una paciencia de santa, vuelve a venir al ratito. Yo me quedo despierta y oigo cómo los demás empiezan poco a poco a levantarse, mientras mi hermana se ha dado media vuelta y vuelve a respirar fuerte. Mi padre dice que eso es de los Leones, dormilones por naturaleza, porque a él tampoco le gusta levantarse pronto.

–Pues si no va ella voy yo ¿eh?… ¡Que quiero ir al cole! Quiero ir y quiero ir…

–De eso nada, Larita, ya tendrás tiempo de madrugar. ¡Dale todos los días con el quiero, quiero…! Anda, hija, tápate bien con la colcha y a dormir un poco más.

Sueño con ir al colegio y levantarme con mis hermanos todos los días. Pero, claro, para ir al cole, antes tengo que lanzarme a andar.

Cuando todos ya se han ido, Laly se toma, en silencio y con tranquilidad, el segundo café de la mañana. Vuelve a la habitación de las pequeñas; sube lentamente la persiana y hunde sus labios en los mofletes de su niña. Ella saca sus pequeños muñones por encima de las sábanas y coge la cara de su madre. Se queda unos segundos en esta posición. Es su momento del día, la inyección de fuerza para continuar luchando. La saca de la cama como una pantera coge a su cachorro, le lava la cara, le hace las dos coletas con gomas del mismo color azul del vestido que lleva hoy y le sirve el desayuno en la cocina. Un gran tazón de leche. Trae una banqueta alta y sienta a Lary. Quita la tapa azul de plástico del bote de Nesquik y saca una cuchara del cajón de los cubiertos. Lary coge la cuchara con sus muñones, la introduce en el bote y la saca a rebosar de cacao… lo vierte lentamente sobre el vaso. Algo de polvo cae sobre la encimera pero Lary lo hace desaparecer de un soplido antes de que su madre lo vea. Suelta la cuchara dentro del vaso y la mueve enérgicamente de un lado a otro. Entonces Laly pone al lado un montoncito de galletas María. Lary hunde una a una en la leche… y espera a que se pongan blanditas…

Laly coge la cuchara para ayudar a la pequeña a tomar el desayuno, así van más rápidas y mientras tanto le cuenta todas las labores que tiene por hacer hoy en casa…

–Primero haré las camas, luego tocan los baños y pasar la aspiradora…

Ahora sí que Lary está lista para su rutina diaria. Mientras su madre está centrada en sus quehaceres, ella con su pierna derecha por delante recorre a culadas toda la casa de arriba abajo. Su viaje por el piso acaba siempre en la misma columna del salón. Se apoya sobre la pared, coge aire y con el talón de su único pie hace fuerza para lograr levantar su cuerpo del suelo poco a poco, deslizándose con su espalda por el muro.

Mamá… Ya estoy de pie…

–Ya voy, hija, estoy sacudiendo la alfombra, espérame ahí.

Utilizo mi pie-mano-pie como ancla y hago fuerza para sostenerme. En la radio canta Lolita. ¡Su canción Amor, amor me encanta…! Así que imagino que soy ella sobre el escenario y me arranco con el estribillo…

–¡¡Amoooor, amoooooor… amoooooor, amor!! Quisiera detener el tiempo… por estarme contigo, siempre sintiendo…

Cuando por fin llega mi madre con la pierna se une a mí y cantamos:

–¡¡Amoooor, amoooooor… amoooooor, amor!!

Y cuando acaba la canción aplaudimos… y me da un beso. ¡Me gusta tanto estar con mi mamuchi!

–Venga, Laruska, vamos a ponerte el pilón. Así, muy bien. Primero la calza para que deslice bien el muñón… Y te atamos las correas para que no se te salga. ¿Qué tal? ¿Te roza así? ¿Cómo tienes la heridita del otro día? ¡Mecachis…! No me di cuenta yo de que estaba demasiado apretada la cinturilla.

Ahora es cuando me quedo quieta, más que quieta… Es ponerme la pata de palo y no se me mueve ni una pestaña. Mamá vuelve a sus tareas de la casa y yo me quedo ahí, sola, en la columna del salón.

No me muevo nada. A veces pienso en lanzarme y dar un paso… pero ¿y si me caigo? ¿Y si se me parte la pata de palo? ¿Y si doy dos pasos y me quedo en medio? ¿Qué hago? Tengo miedo.

Sigilosa, Laly no quita ojo a su hija mientras tiene puesto el pilón. Los médicos confían en que facilitará el asentamiento del fémur y así posibilitar que la niña se pueda iniciar en sus primeros pasos. Disimula y pasa varias veces por el pasillo, la ve apoyada y pensativa. Cada mañana tiene la esperanza de que puede ser el día en que finalmente se lance a andar. Cuando pasa media hora y Lary sigue inmóvil, le desabrocha los correajes y la vuelve a dejar en el suelo. Entonces Lary vuelve a ser el torbellino de siempre. Va derecha a sacar su bolsita de plástico. Una reliquia que guarda en una de las puertas bajas del aparador del salón. Engancha el asa de la bolsa en su muñón izquierdo y vuelve decidida a su columna, que le da apoyo y seguridad.

Tiende la bolsa en el suelo, mete el pie y saca una a una varias piezas de plastilina ya usadas pero perfectamente separadas en bloques de colores. Pone a trabajar todos los músculos de su pie, desde el talón hasta el dedo gordo no queda tramo de piel que no utilice para amasar, alargar, redondear, cortar y crear figuras aplastadas sobre el suelo, unos pocos metros cuadrados que Lary convierte en un lienzo; lienzo en el que expresa sus fantasías, sus sueños e ilusiones, cuidando hasta el más mínimo detalle. Hoy el tema de su obra es una niña sonriente con un paraguas multicolor. La lluvia son bolitas de plastilina azul muy, muy pequeñas que meticulosamente redondea con mucho tesón para luego achatarlas enérgicamente en forma de gotas. Arriba, a la derecha, un gran sol

sonriente. Así puede tirarse horas creando detalles sin fin. Cuando se cansa, va despegando pieza a pieza y, moviendo en círculos la planta del pie, forma de nuevo las bolas de diferentes colores y las guarda cuidadosamente en la bolsa.

–Mamá, ¿me enchufas el scalextric…?

Incombustible. Todavía no anda pero no para ni un momento. Moviendo los mandos con los muñones y el pie, hace adelantamientos entre el coche rojo y el coche azul deportivo del scalextric que ha heredado de sus hermanos. Y entre derrape y salidas de pista se pasa la mitad del día esperando a que regresen sus hermanos.

Hoy es domingo. ¡Sólo falta un mes para Navidad! Y estoy muy contenta porque mamá me ha prometido que este año puedo ayudarla a poner el belén. Es raro que hoy estén todos mis hermanos en casa. Aunque es por la mañana, estamos todos viendo la tele, papá y mamá también. Están todos muy serios y atentos.

–¡Jo… Me aburro!

–Ahora no, Lary. Estamos viendo algo muy importante.

En la tele hablan de un señor que tiene un nombre muy raro, Generalísimo o algo así… y luego dicen que mamá y yo tenemos un nombre raro. ¡Hilaria es mucho más bonito que Generalísimo! Yo les miro y después miro la pantalla y en ella sólo veo a mucha gente en fila con la cara triste. Están llorando y se acercan al señor del que hablan, que está metido en una cama de madera… y creo que se agachan para darle las buenas noches… Me aburro un poco porque hacen todo el rato lo mismo y en casa todos están muy callados, así que voy a decir yo algo…:

–¡Mira! ¡¡¡Está en su cunita!!!

Mis hermanos no pueden aguantar la risa y papá les regaña muy serio.

A mí me gusta estar con todos mis hermanos juntos porque a veces les echo de menos. Normalmente, mis hermanas se encierran en su cuarto nada más volver del colegio. Siempre traen a alguna amiga para hacer los deberes o algún trabajo, así que yo me meto con ellas y mientras meriendan saco el peine y, sosteniéndolo con el pie, ofrezco mi sesión de peluquería. Esther es mi «clienta» favorita. Tiene los ojos pequeñitos pero muy azules, siempre llenos de luz, y un pelo precioso, mucho pelo y muy rubio, ¡parece un anuncio del champú ese que dicen que no escuecen los ojos! Es muy difícil peinarla porque el peine se me queda atascado en sus rizos. Ella disimula y aguanta los tirones con la elegancia de una reina…

–Gracias, Lary, qué falta me hacía tu peinado, ahora ya voy guapa para toda la tarde.

–Bueno, y ahora nos dejas un poco que tenemos que estudiar. ¿Vale, Laralary?

–Vaaale.

Yo sé que más que estudiar van a hablar de sus cosas, de chicos y de su pandilla, que a mí me encanta escuchar pero, por lo visto, todavía soy muy pequeña.

La barba de Nacho, también me encanta la barba de mi hermano. Es un chico pero tiene el pelo largo. A mí me recuerda a Sandokán, mi ídolo de la tele.

A veces, les hago reír; cuando tengo los brazos puestos, los subo hacia el techo y grito: «¡¡¡Puños fuera!!!» como si fuera Mazinguer Zeta. Yo siempre estoy dispuesta a jugar, pero ellos llegan cansados o están pensativos y se sientan a ver la tele o a hablar por teléfono. Así que yo me planto en medio, cojo aire y repito sin parar:

–Me aburro, me aburro, me aburro, me aburro…

Hincho mis mofletes y los dejo así, llenos de aire hasta que me duelen, y vuelvo a la

carga:

–Me aburro, me aburro, me aburro, me aburro…

Al final, es Joaquín quien se sienta conmigo sobre la alfombra estampada burdeos para hacer torres con las piezas del Tente mientras me cuenta historias que se inventa sobre personajes fantásticos e increíbles. A veces, escribe esas historias para mí y me las vuelve a leer en la cama. Me encanta viajar a través de sus cuentos.

Por cierto, mamá me ha dicho que mañana nos vamos de paseo. Le he oído decir a papá que será mejor que cojamos un taxi… no sé, pero creo que vamos otra vez al hospital.

13. Mamá, mamá, ¡mira, los loros...!

La escena se repite siempre en el mismo tramo de la carretera. Cada semana, tienen una cita en la sala de rehabilitación del hospital. El ejercicio de los músculos de Lary suponía una oportunidad más para que pudiese defenderse en un futuro de la mejor manera posible. El día de rehabilitación no se despertaba con la misma ilusión. En brazos de su madre, entra seria en el taxi y seria continúa durante todo el trayecto, en el regazo de Laly, sin articular palabra… hasta que llegan a ese punto. Sus ojos se abren como platos. Aquellas aves de alas de colores pintadas sobre el muro agrietado de la carretera tienen un efecto mágico sobre ella.

–¡¡Mamá, mamá, mira los loros!!

–¡¡Menudo susto me ha dado la niña, señora!! Casi le doy al freno. El otro día me pasó lo mismo cuando las traía al hospital. ¡Pues sí que le gustan esos pajarracos!

Ya estoy aquí otra vez. Cruzamos uno de esos pasillos estrechos, llenos de gente. Y nos paramos ante la puerta. Mamá llama con sus nudillos antes de abrir. Ya no hay vuelta atrás. Estamos dentro.

No sé por qué tenemos que venir aquí. Una sala grande llena de barrotes a los que se agarra alguien para caminar, escaleras pegadas a la pared donde una mujer intenta levantarse poco a poco, un hombre joven tumbado en una de las colchonetas que hay sobre el suelo. Siempre nos toca esperar. Nada más entrar hincho mis mofletes, lo hago para que se den cuenta de que estoy muy enfadada. Para que noten que no me gusta estar en este sitio. Nos sentamos en unas sillas blancas que hay a la entrada y mientras mamá me quita la rebequita roja con botones de mariposa que me terminó de hacer ayer mismo, yo miro a la gente. Mis carrillos comienzan a dolerme pero vuelvo a coger aire y los hincho de nuevo, hasta que mi cara vuelve a parecerse a la de un pez globo.

Una enfermera nos saluda, oigo de lejos que me habla y me dice que estoy muy guapa y algo de mis coletas, pero yo estoy centrada en lo que pasa en la sala.

Veo personas mayores intentando moverse lentamente como si alguien invisible les estuviera reteniendo; tratan de levantar sus piernas o sus brazos pero casi no pueden. ¿Pero qué les pasa?

Intentan hacer cosas tan simples como rascarse la nariz o juegan a colocar figuras, unas encima de otras, como si fuesen bebés. Yo les miro, sentada con mis ganchos puestos y la pata de palo tiesa porque no llego al suelo. Se empeñan en conseguir sus tareas y cuando lo consiguen, sonrío. Les pongo un 10. ¡Se lo merecen! Pero no lo entiendo. ¿Qué hago yo aquí? Aquí no hay niños.

–Mamá, ¿por qué ese señor no sabe atarse los cordones del zapato?

Vale, yo tampoco puedo hacerlo… pero es que yo no tengo brazos y allí me enseñan a hacer nudos con las pinzas. Pero ¿ellos?

Discapacitado: dícese de la persona que tiene impedida o entorpecida alguna de las actividades cotidianas consideradas normales debido a la alteración de sus funciones intelectuales o físicas.

Pero ¿qué es ser normal y qué es ser diferente?

Lo que generalmente se considera «normal», atiende a reglas creadas por el hombre, normas de carácter universal o local; pautas que establecen y enmarcan actuaciones o formas de ser. Existe una tendencia a la homogeneidad, a la pertenencia al grupo que aporta seguridad. Aquello que no llega o se sale de esos límites y es diferente ¿es anormal? ¿Qué sensación nos produce esa palabra?

La seguridad, la estabilidad que nos da ver la «imagen correcta» reflejada en el espejo social se convierte en ocasiones en una trampa. ¿Realmente queremos ser iguales o diferentes…? ¿A quién no le gusta tener una habilidad especial, destacar en algo que le distingue y ser reconocido por ello…? Sin embargo ¿por qué existe esa tendencia común a disimular las pequeñas taras o defectos… existe realmente el defecto? Tener «defectos» (físicos, intelectuales, morales…) ¿es malo? ¿O tan sólo es una oportunidad, una dificultad que superar? ¿Es el juicio social lo que realmente nos preocupa?

Si debemos mantener nuestras diferencias tan ocultas, tan protegidas… ¿no nos restará ser así de comedidos? ¿Cuánto pesa este uniforme? ¿Somos fieles a nuestro potencial natural? Afortunadamente, todas las personas tenemos alguna discapacidad, sólo que unas veces es más evidente que otras. Gracias a seres diferentes y controvertidos, geniales y discapacitados también, este mundo goza de la riqueza del arte, la ciencia y de los valores: Jesús de Nazaret, Einstein… Beethoven, Leonardo da Vinci, Santa Teresa de Jesús, Van Gogh, Frida Kahlo…

Seguro que todos hemos oído o incluso dicho más de una vez «la naturaleza es sabia». Entonces… ¿por qué los humanos a veces no confiamos en su criterio? El olfato y el tacto de los invidentes son extraordinarios. ¿Cuál es su minusvalía si cuentan con estos dos extras? Son más válidos o menos válidos si seguimos «la regla de la normalidad».

El universo nos suministra capacidades infinitas, los humanos decidimos sacar provecho de ellas, o no.

Cuando por accidente o de manera fortuita la vida de alguien cambia y se expone a circunstancias inesperadas, en ocasiones dolorosas, cuesta confiar en que hay otras maneras de hacer las cosas, otros caminos para seguir siendo útiles.

«El mundo es un rompecabezas cuyas piezas cada uno arma de diferente manera». DAVIS VISCOTT

–Mamá, quiero irme a casa.

Entonces un hombre con bata y pantalón blanco me coge de la silla. Entre los brazos de plástico y la pierna de madera, no puedo moverme mucho, pero me lleva a una mesa. Sobre ella hay unas piezas grandes de madera con diferentes colores. Es una especie de puzle y tengo que cogerlas con los ganchos y colocarlas en orden. Vaya rollo.

Pero lo peor es que para abrir la pinza y coger la primera tengo que tensar mi espalda y forzar el muñón izquierdo hacia delante. Cuando ya casi no puedo más, se abre un poco e intento encajar en el hueco de los ganchos el tarugo rojo. Tengo que trasladarlo justo al otro lado de la mesa. Pesa un poco y para que no se me caiga contengo la respiración y así mantener mejor el equilibrio. Con el tarugo suspendido en el aire muevo el brazo hacia la derecha lentamente muy concentrada y sin respirar…

No aguanto más sin respirar, se me abre la pinza y se cae la maderita…

¡¡Jo, con lo que me ha costado cogerla!!

Miro de reojo a ver si alguien me ha visto. Mamá parece que está leyendo en la silla de la entrada (digo parece, porque sé perfectamente que me ha visto pero está disimulando). La señora del fondo también disimula cuando giro la cabeza hacia ella, sigue intentando levantar su pierna izquierda; el señor de los cordones es el único que me mira y me sonríe. Y con un gesto de cabeza me anima a cogerlo de nuevo. Es la primera vez que le veo sonreír. Siempre está muy serio y algo triste. Creo que a él tampoco le gusta venir aquí. He oído a las enfermeras hablar de él. Dicen que era famoso y salía en la tele. Yo nunca le he visto. Y también dicen algo de un accidente y de que le ha cambiado la vida. Yo me quedo mirándole y con otro gesto le digo a él que siga intentando hacer el nudo. Me gusta verle sonreír otra vez.

Volvemos cada uno a lo nuestro. Tengo que conseguirlo. ¡Vaya si lo haré! Contengo la respiración y mientras intento pensar en algo bonito para entretenerme. Podéis imaginar en lo que estoy pensando… en el mar… mis padres me han dicho que este verano iremos a la playa. Me han enseñado fotos de cuando era pequeña en el agua. Parece divertido. Yo sólo recuerdo una sensación muy agradable. ¡Uy, he conseguido colocar la pieza roja! ¿Y al señor de los cordones? ¿Le gustará el mar?

14. Sol, Sal, Agua y Arena

> Arena, calor, salitre y brisa. Olas que llegan suavemente a la orilla para después arrastrar todo en su vuelta a la profundidad. Risas, niños jugando. Huellas, cientos de pisadas que día a día se hunden en la arena húmeda. Van y vienen como las olas traen, se llevan y vuelven a traer…

La inquietud de Joaquín le llevó a adquirir un apartamento en la playa. Los médicos seguían recomendándolo para la evolución de la pequeña. Benidorm fue el lugar escogido.

Laly y Joaquín clavaban en la arena todos los días su sombrilla floreada. Ayudaban a Lary a quitarse el vestido. Ella siempre decidía qué bikini quería ponerse, pero en cuanto llegaba a la arena, pedía que se lo quitasen. Disfrutaba quedándose desnuda, al sol. Lo primero que hacía era embadurnarse de arriba abajo con la arena, después se paraba a pensar por qué camino iba a llegar mejor a la orilla, y cuando lo tenía claro, sorteando toallas y hamacas, se arrastraba por la caliente arena hasta fundirse con el Mar.

Estamos de vacaciones, todas las mañanas, después de desayunar y antes de ir a la playa, me toca hacer mi terapia… unas veces tengo que intentar hacer cosas con las pinzas, otras veces hacer gimnasia o simplemente me dejan con todo el equipo al completo: la pata de palo y las pinzas, solita en la terraza; lo hacen para ver si me lanzo a andar. Y yo, como no me lanzo, pues me entretengo como puedo, y es fácil para mí porque me distraigo. ¡Hasta con una mosca! Tengo mucha suerte porque desde aquí veo toda la ciudad, estamos en un piso muy, muy alto en la montaña y desde mi terraza se ve la playa. Me gusta quedarme pensando con la cara incrustada entre los barrotes de la barandilla y mirando el paisaje. Si es muy temprano, los edificios van cambiando de color según se mueve el sol. Es como si la ciudad entera estuviese despertando… es bonito poder estar aquí, aunque todavía no ande.

Hoy me tocan también las pinzas; me siento en una pequeña mesa de madera para hacer ejercicios: mover tarugos, pintar, aprender a coger la cuchara… Uff, esta pintura se me resiste… ¡No hay por dónde cogerla! A mí me gustan más las que tienen piquitos en las esquinas porque estas redondas se me resbalan. Miro a un lado y a otro, no viene nadie… voy a sacar un poco los muñones de estos encajes porque me dan mucho calor y sudo. Pongo mis hombros hacia atrás y los dejo caer hasta la mitad de mis muñones… ¡Qué gusto… sentir el aire! … Suspiro… ¡Cómo pesan!

–¿Cómo vas, Larita, necesitas ayuda?

–No, mamá, ya estoy terminando… ¡Uy, casi me pilla!

Me los meto otra vez de un golpe, se me ha quedado el sudor seco, algo pegajoso y ahora me cuesta más encajármelos de nuevo. Vuelvo a hacer fuerza con mi espalda para que la pinza se abra un poco. Cojo la pintura pero cuando voy a levantar el brazo, el gancho se abre con el esfuerzo y se vuelve a caer… hoy tenían que haberme dejado hacer mis ejercicios de gimnasia, que me chifla. Sobre una toalla en el suelo, con mi súper bañador de deportista (uno que parece que le faltan dos cachos de tela a los lados y que me encanta…) y sin pierna de palo, ni brazos, ni nada, como a mí me gusta, levanto mi pierna hasta arriba y casi llego a tocar el suelo por detrás con el pie y grito:

–¡¡Soy Nadia Comanechi…!!

Mis hermanos y yo vemos a Comanechi muchas veces por la tele haciendo gimnasia. ¡Parece de goma…!, yo de mayor quiero ser como ella. Bueno, igual mañana me dejan hacer de Comanechi.

–¡La tortilla ya está hecha! Sol, prepara a tu hermana, quítale las pinzas y no las dejéis por medio, por favor, guardadlas en el armario bien guardadas. Ponle el bañador que te he dejado sobre su cama y nos vamos a la playa.

–Vale, mamá. A ver, Laralary, sacamos uno, luego el otro muñoncete… ¡Los tienes chorreando de sudor…!, ya eres libre.

–¿Me vas a poner el bañador de pececitos?

–Sí… venga, vamos, que se van todos y nos quedamos aquí… ¡creo que el agua hoy está buenísima y puedes enseñar a los abuelitos como te bañas!

10 minutos a la playa caminando. Sin pereza cargaban con las toallas, la sombrilla, la bolsa de la comida y todos los juguetes de Lary. Se turnaban para llevarla en su cochecito color naranja, ella iba cantando con su gorrito y su regadera de pato amarilla a cuestas para llenarla de agua en cuanto llegase. Ya en la playa, descargaba toda su energía. Haciendo castillos con el pie, llevando y trayendo cubos llenos de agua hasta arriba, excavando túneles y revolcándose con las olas. Todo a un ritmo frenético, aquello le llenaba de vitalidad. Se sentía como pez en el agua y le encantaba tirarse horas a remojo hasta que los dedos del pie se le arrugaban como pasas. ¡Era tan feliz!

Inevitablemente era la atracción de paseantes, bañistas y curiosos, la gente se quedaba muy sorprendida cuando la pequeña se cruzaba entre sus piernas mientras ellos daban paseos por la orilla de la playa. Un solo vistazo en la mayoría de los casos era insuficiente para asimilar lo que estaban viendo, así que casi siempre se giraban y entonces ella con el pie lleno de arena mojada les saludaba moviéndolo como si fuese una mano…

–¡¡Hola, señor!!

Y ahí sí que se quedaban pasmados del todo…

Me gusta que la gente me salude. Son muy simpáticos. Yo les sonrío y ellos me responden. Me da un poco de rabia cuando se quedan mucho tiempo mirando y sin darse cuenta meten su dedo del pie en mi castillo de churritos de arena. ¡Con lo que me ha costado hacerlo! También hay gente que se para enfrente de mí y me dice: ¡Pobrecita! ¿Pobrecita por qué? ¿Será que les da pena que esté solita haciendo este súper castillo? Pues yo les dejo mi pala y que me ayuden. La verdad es que debo de ser muy buena con esto de la arena porque a veces veo cómo pasan y se dan codazos entre ellos y me señalan con el dedo. Hombre, la plastilina en casa me ha dado mucho manejo, pero hay algo que no termino de entender: varias veces ha pasado que los padres retiran al pasar a sus niños o les tapan los ojos y no sé por qué. A veces se amontonan y yo acabo yéndome a mi sombrilla porque no me dejan trabajar.

¡Dios santo! ¿Qué le ha pasado a la niña?

Pero… ¿Por qué?

¿Y cómo come?

¿Y cómo pueden ustedes…?

… Daba igual si los padres de Lary estaban charlando con sus hijos, comiendo o durmiendo la siesta, la curiosidad parecía anular la educación de algunos paseantes que repetidamente exigían saber por qué, por qué…

Aprendieron a llevarlo y sobre todo a distinguir a los que entraban a preguntar con buena fe y sinceramente preocupados de quienes sólo querían saciar su curiosidad de una manera morbosa. La playa supuso un importante entrenamiento para la pequeña y para su familia. Lo llevaban cada uno a su manera, pero sabían que lo importante era proteger a la pequeña de ese sentimiento de invasión, así que disimulaban y seguían la táctica de Lary de saludar y sonreír aunque se les hiciese un nudo en el estómago.

Era como estar en uno de esos escaparates que Laly montaba en su tienda y en el que había gente que pasaba sigilosamente, otros se paraban a mirar, algunos se pegaban al cristal para ver más de cerca, o había quienes se limitaban a verse reflejados… gente sensible que la veía como una niña especial, que sonreía y lanzaba miradas cómplices, y gente que, sin disimular, la señalaba con cara de espanto.

15. Gracias Heidi, gracias Clara…

Ya he vuelto de la playa, han sido unos días maravillosos. ¡Me han sentado fenomenal! Noto que estoy mucho más ágil y me muevo mucho más. Si quiero levantarme para coger algo de la mesa grande del salón, ya no voy dando culadas por el suelo, ahora apoyo mi espalda contra la pared, hago fuerza y me voy subiendo hasta quedarme en vertical. Después me voy moviendo usando el pie; mi madre dice que parece que bailo el twist o algo así… cuando llego, cojo lo que sea con mis muñones y vuelvo a desplazarme de la misma manera hasta el sillón o el rinconcito del suelo donde estoy jugando. Me gusta esta nueva manera de desplazarme, se parece cada vez más a la de mis hermanos. ¡Creo que me estoy haciendo mayor!

En la familia existían dos tipos de órdenes. Las de «porque yo lo digo»: a la cama, a callar, no quiero ni un ruido… y las que, en el caso de Lary, eran grandes retos disfrazados de normalidad: dame eso de ahí, tráeme un vaso de agua, guárdame esto, saca aquello… Una de esas «órdenes» marcó su vida.

Hoy es domingo. Acaba de terminar mi serie de dibujos favorita: *Heidi*. Hoy la amiga de Heidi, que se llama Clara, se ha levantado de su silla de ruedas. Clara tiene las dos piernas, pero no puede andar, me recuerda a algunas personas de las que conozco en las sesiones de rehabilitación a las que siempre voy con cara de pez globo. Heidi, tan contenta como siempre, la anima a andar por el campo. ¡Y lo ha conseguido! ¡Lo-ha-conseguidooo!

Estoy llorando. Siempre lloro con Heidi porque le pasan cosas tristes, pero luego siempre sale todo bien. Hoy tengo una sensación diferente. Mientras salen las letras raras chinas con la cabrita negra de después de los dibujos, me quedo pensando en Clara…

–Lary, hija… ¿Han terminado ya los dibujos?

–Sí, mamá…

–Pues apaga la tele que te llevo el pilón un rato.

Hoy entra una luz especial por las ventanas. Hace frío en la calle pero hace sol. La casa está en silencio. Mis hermanos no están. Cuando llega el fin de semana desaparecen y se van a casa de amigos a dormir. Nacho cada vez está menos porque dicen que tiene una novia. Mi padre está todavía en la cama.

Durante la semana se levanta muy, muy temprano, así que el fin de semana, como buen León, se queda allí hasta tarde.

Todos los sábados y domingos mi madre le lleva el desayuno y el periódico que ha comprado a primera hora. Mi madre dice que espera que algún día se lo lleven a ella.

Yo ya estoy de pie. Con mi pata de pirata puesta. Estoy metida en mis pensamientos, apoyada sobre la pared. Mamá cruza el salón con las tostadas y el café y a su paso me dice:

–Lary, ayúdame, toma el periódico y llévaselo a tu padre a la cama, no me cabe en la bandeja.

Un cosquilleo recorre mi cuerpo. Abro mis ojos de la impresión y no sé por qué viene a mi mente la imagen de Clara corriendo por el campo verde mientras Heidi se ríe a su alrededor. Cuando me doy cuenta, voy por el pasillo, no sé cómo; siento mis coletas golpeándome los mofletes al paso y sólo me preocupo de que no se me caiga el periódico que llevo muy apretado entre el sobaquillo.

¡Estoy a los pies de la cama de mi padre! Me apoyo en ella y suelto el periódico sobre la colcha. Está un poco chuchurrío y arrugado.

Oigo a mi madre de fondo:

–¡Ay, mi niña!

Mi padre parece que sonríe, es como si quisiera hablar y no pudiese. No sé si he hecho algo bien o algo mal. Estoy confundida.

No volvió a andar en varias semanas. La reacción que vio en sus padres paralizó su equilibrio por un tiempo. Pero en casa todos estaban felices. Lary podía andar, a pesar de los pronósticos contrarios. Ahora al esfuerzo y la esperanza había que añadirle una dosis extra de paciencia para que la pequeña recuperase la confianza en sí misma. Después de aquel arranque impetuoso que sorprendió a todos, se abría un mundo de posibilidades.

«Es una vieja ley de la metafísica: romper la inercia es difícil, una vez concentrada la fuerza el camino ayuda.» PAULO COELHO

16. La Larita presumida

«Pues mira, chica, como te iba diciendo…»

Suelto el aire de mi cigarro de mentira, imitando como lo hacen mis hermanas a escondidas cuando estamos en el baño…

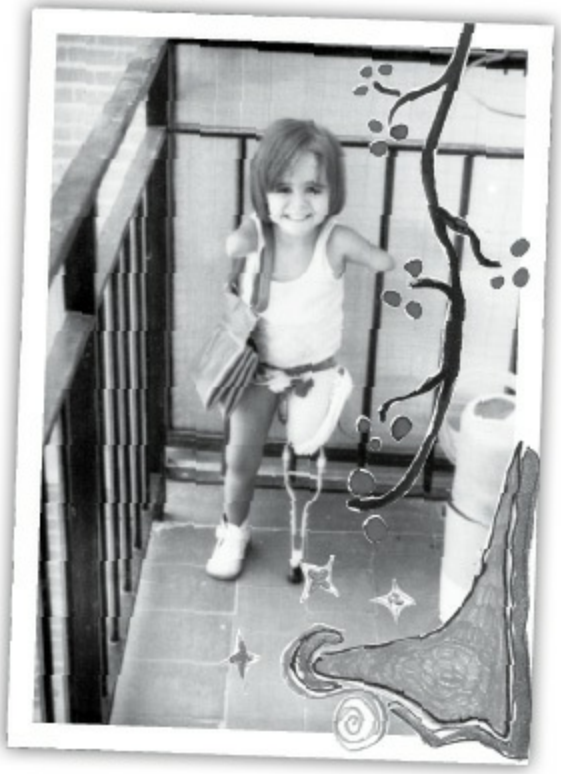
«Mi marido no lo entiende, ¡no lo entiende y yo ya no sé qué hacer…!»

Sé que puedo andar pero por ahora sigo moviéndome por la casa a mi manera. Ya he comprobado que mi pie resiste el peso de mi cuerpo, pero prefiero seguir utilizándolo como mi pie-mano, dibujando en libretitas muy pequeñas un monigote en cada página para que después papá se ría pasando las hojas rápidamente y me enseñe cómo se mueve mi muñeco como si fuese un dibujo animado; prefiero seguir jugando con mis únicos cinco dedos del pie; los separo, los alargo todo lo que puedo y los voy moviendo como mamá, cuando hace música con sus manos, ella arquea sus finos dedos al compás sobre la mesa… tacatá, tacatá y suenan sus uñas perfectamente pintadas sobre la madera, parecen caballos galopando al trote lento… tacatá, tacatá, tacatá, y yo la copio haciendo bailar los míos sobre el suelo del salón…

Lo que más me gusta en el mundo son los anillos… Me pruebo todos los que llevan mis hermanas, me los quito, me los pongo… una y otra vez. ¡¡Me chiflan!! Jugar a las madres es mi juego favorito. Cuando estoy sola y nadie puede verme ni escucharme, cojo de mi habitación el bolsito marrón viejo de mamá, que está nuevo pero dice que es muy pequeño y que, como casi no lo usa, me lo deja hasta que vuelva a ponérselo. Busco un sitio de la casa tranquilo. El mejor para jugar a las madres es el sofá del salón… No puedo resistirme… voy a por mi bolso (bailando el twist, como dice mamá), me lo llevo hasta allí y me subo al sillón. Tiene un cierre muy complicado, una especie de pestillo que hay que girar para que salga y que me cuesta abrir un montón pero merece la pena. Junto mis muñones y lo empujo con fuerza hacia un lado, tardo mucho porque está un poco fuerte, pero cuando por fin lo consigo, saco de él mi tesoro: el gran anillo. Un anillo dorado con una piedra preciosa gigante de color morado. Un día se lo pedí a mamá y al final, después de pedírselo tanto, ha acabado viviendo todo el tiempo en mi bolsito. Eso sí, he prometido tratarlo con muuuuucho cuidado porque sé que a ella le gusta mucho. Mamá confía en mí. Con el muñón me ayudo a encajarlo en el dedo del pie y es tan grande ¡que me tapa hasta tres dedos! Estiro la pierna… ¡Qué bien me sienta! Pero me queda otro secreto por sacar del bolso, ¡eeeel boli! En realidad es «mi cigarrillo». Mamá no fuma pero hay muchas madres que en las películas sí lo hacen y hablan muy deprisa de sus cosas mientras echan el humo por la boca. Miro a un lado y a otro para estar segura de

que no me ve nadie, me encajo también mi boli-cigarro entre los dedos y es entonces cuando acerco mi pie (que casi no se ve con tanta cosa) y muy despacio le doy una calada. Aspiro todo el aire que puedo, parpadeo suavemente, hago un rápido gesto con el pie para que se vea mi anillo y eeentonces viene el gran momento: levanto ligeramente la barbilla, miro hacia arriba y suelto poco a poco un humo invisible para los demás.

–Pues como te iba diciendo… como me ha visto muy seria… mira qué joya me ha regalado… chica… Los maridos… ya sabes cómo son… Es preciosa ¿a que sí?



Hacer de mujer sofisticada era un ritual secreto muy íntimo, Lary nunca lo hacía con público. Ese era su juego sagrado, quizás, el único que no quedó inmortalizado en vídeo. Joaquín grababa a su hija constantemente en la nueva super 8 que había comprado. Filmaba a Lary dibujando, Lary peinando a sus muñecas con el pie, Lary pasando el trapo a los cristales hasta que quedaban relucientes… No quería perderse ni un detalle de sus avances. El objetivo le hacía verlo desde otro plano, desde otra perspectiva; era la excusa perfecta para estar sentado en primera fila y aplaudir en silencio aquel espectáculo increíble.

La pequeña imitaba todo lo que veía: barría como hacían sus hermanas, limpiaba los cristales como lo hacía su madre e incluso intentaba enhebrar la aguja de ganchillo como

veía hacer a su abuela. Un día la sorprendieron en la alfombra del salón, apoyada en una esquinita; con el pie cogía la aguja y ayudándose de sus muñones echaba el hilo varias veces por arriba y por abajo, hasta llegar a hacer largas cadenetas que después coleccionaba en una caja vieja de galletas junto con los ovillos que le sobraban a Manuela y alguna aguja de ganchillo de las más gruesas.

Aunque seguía moviéndose por el suelo, en ocasiones se ponía de pie y pegaba ligeros saltitos sobre su única pierna para ir del sofá a la mesa del comedor o de su cama a la ventana.

Laly no cesaba en su empeño y le ponía el pilón, daba igual dónde estuviesen, apoyada en la pared del salón, en la terraza de Benidorm, en el árbol del parque o mientras cantaban al señor Don Gato en cualquier otro sitio, eso sí, con el bolsito al hombro… Y así fue como poco a poco Joaquín y Laly vieron cumplida su esperanza.

17. Hola, me llamo Marti

Joaquín seguía pensando en los avances del extranjero, donde se hablaba de prótesis eléctricas y chips inteligentes que podían desarrollar aún más las capacidades de su hija. Y así fue como Lary conoció a Marti, un niño rubio con ojos azules que tenía dos brazos ortopédicos, como ella. Tras ver en la tele un documental sobre aquel jovencito norteamericano que pintaba con la boca y conseguía ponerse la chaqueta con las pinzas, removió cielo y tierra para saber más de aquel niño que se parecía tanto a su pequeña. Llamó a la cadena de televisión, a la productora extranjera que había realizado aquel vídeo, escribió todas las cartas imaginables mecanografiadas desde su vieja Olivetti.

Tenía que conseguir como fuese una copia del documental.

Durante meses, cada día, revisaba el buzón, esperaba el envío postal de aquel reportaje. Y un día llegó. Compró una pantalla grande para proyectarla en casa. Todos juntos sentados en el salón convertido en una sala de cine. Todos tenían que ver la película.

–Hola, mi nombre es Marti, tengo 6 años… y no tengo brazos…

Es extraño. Miro a ese niño y me resulta muy raro verle. Es la primera vez que veo a alguien sin brazos, aparte de cuando me veo en el espejo, pero claro, cuando yo me miro, ¡ya sé cómo soy! Ver a otro niño así, es diferente. Cuando le miro sé cómo se siente cuando se mueve, coge un juguete y anda. ¡Se parece tanto a mí! Pero aun así me sorprende.

¿Así me verán a mí cuando hago las cosas? ¿Cuando como? ¿Cuando escribo…? Entonces entiendo que la gente se quede mirándome como tonta, porque yo no puedo dejar de verle cómo se mueve… claro que él lo tiene un poco más difícil que yo porque ni siquiera tiene mis «súper muñones». Yo no sé qué haría sin ellos.

En la película Marti está en su cuarto y coge con la boca un pincel, lo moja en un color que tiene preparado sobre la mesa y se acerca a un caballete. Dibuja una raya roja en el cuadro moviendo su cabeza a la vez que pinta con el pincel sujeto entre los labios. Vuelve a llevar el pincel y lo mete en otra acuarela y pinta otra raya azul…

Yo nunca he pintado con la boca, como tengo mi pie… pero tiene que ser divertido…

¡Andá! Ahora se pone unas pinzas igualitas, igualitas a las mías. Se las pone él solo, como yo; se las dejan sobre la cama y él, por detrás, se encaja un hombro y luego el otro. Seguro que le molestan tanto como a mí. Pero él sonríe y mirando a la cámara dice que, como va a salir a la calle, se pone la chaqueta.

–¿Y qué piensas cuando la gente se te queda mirando, Marti?

Le pregunta la voz en *off* del periodista.

–Nada, les miro y les saludo con mis brazos…

¡¡Este es de los míos!! No sé si el que le graba es su padre; el mío lo hace todo el rato. Al principio sonrío y después, como no sé qué hacer, saco la lengua y hago tonterías a la cámara y entonces papá me regaña porque le estropeo la grabación. El niño de la película mira a la cámara serio y a veces habla y sonríe moviendo sus pinzas. Si no tiene muñones como yo, igual le gusta llevarlas y por eso está tan contento. ¡Qué suerte tengo de tener muñoncetes!

La película era un ejemplo de tenacidad, de superación… de normalidad pero con otros protagonistas. Cada fin de semana había «sesión continua de cinexín» en el salón. A Lary le encantaban los dibujos animados de la Pantera Rosa que le compraba Joaquín, tres capítulos que acabó sabiéndoselos de memoria, pero de vez en cuando, pedía «el niño rubio de las pinzas», para ella era una más del repertorio.

Respecto a la pierna, ya se había hecho al pilón y andaba con él como si fuese parte de su cuerpo. En la calle caminaba un poco más insegura pero ya nada podía pararla.

–Enhorabuena. Buen trabajo, Laly, buen trabajo, Joaquín. Al final, habéis visto que la niña ha respondido a todas nuestras expectativas.

–Gracias a usted, doctor, su ayuda nos ha servido de guía para dejarla evolucionar.

–Y es la niña quien nos está enseñando a todos en casa que querer es poder ¿verdad, Joaquín?

–No se lo puede imaginar usted, doctor… Es increíble.

–Pues vamos a aprovechar esa vitalidad que tiene. Ahora que vemos que su cadera es capaz de soportar el peso y servir de punto de apoyo, ha llegado el momento de hacerle su primera pierna, para que pueda por fin ponerse dos zapatos y desgastarlos a la vez. Tendrá la misma forma que su pierna derecha e irá sujeta a su cadera con unos correajes más resistentes.

¡Ahora que me había acostumbrado a andar con la pata de palo me ponen esta!, que sí, que es como la mía, pero es mucho más difícil todavía de poner y encima es marrón oscuro, ¡¡pero oscuro, oscuro!! A ver si se han equivocado y es para una niña negrita de esas como la de la familia bantú de mi baraja de cartas…

–No te preocupes, Lary, te la han hecho así porque como saben los médicos que te gusta mucho la playa y en verano te pones muy, muy morena, pues para que no se te note tanto la diferencia de una pierna a otra…

La nueva prótesis además incorporaba una doble pieza que permitía hacer el juego de una rodilla. Para poder doblar al paso la pierna debía estar totalmente ajustada para que no se soltase el encaje, por lo que al ponérsela, colocaban previamente una calza en el muñón inferior de la niña, esa calza fina salía por un agujero de la parte superior de la prótesis y se le ataba a la cadera para hacer más sujeción.

¡¡Ya han vuelto las vacaciones, yuhuuu!! Llevamos dos semanas en la casa de Benidorm. Es el primer año que voy andando yo solita a la playa y ya estoy morenísima, pero no tanto como la nueva pierna, además la calza blanca me da mucho calor y aquí, con el sol y el marrón oscuro de la pierna, resalta mucho más. Así que si era por disimular… Todos me dicen que tengo que doblar la pierna al andar, pero está dura como una piedra y cuesta mucho dar un paso doblándola; a veces cuando lo intento se me bloquea en seco y se me clava ahí, cerca del chiquiriqui, mamá dice que se llama ingle, pero a mí no me sale decir esa palabra. Me hago mucho daño, así que cuando no me ve nadie, no la doblo y voy dando zancadas como los gigantes. Lo bueno es que los zapatos izquierdos ya no se quedan en los armarios amontonados. Me han comprado zapatos nuevos para estrenar en verano. Todos son de abrochar con hebilla y no me los puedo poner yo sola. Ahora tengo unos nuevos azul marino y otros blancos para el

verano. ¿Cuándo podré llevar tacones como mamá?

18. El cubo rojo

Sigo haciendo los deberes en la terraza con el caballete de mis hermanas, que es igualito que el que usa Marti para pintar con la boca. Pero yo tengo que pintar con las pinzas. Es mi nueva terapia. Con los brazos puestos, cojo el maletín de madera que me regaló mi abuelo y que tiene un montón de acuarelas y pinceles. ¡Cómo pesa la ma-le-ti-ta! Tiene un asa muy corta de plástico y, para cogerla, tengo que meter las dos pinzas por en medio

porque con una solo no puedo. La abro y allí están todos los colores. Pero yo ya estoy muertita de cansancio… ¡ya podía haberme comprado el abuelo una maleta menos pesada! Claro que entonces, a lo mejor, no tendría tantos colores… Los diferentes amarillos, el verde clarito y el oscuro que tanto me gusta… Me siento, suspiro muy alto y descanso un poquito. Ahora tengo que conseguir sujetar el pincel. Son todos muy finitos y muy difíciles de agarrar, tanto, que para concentrar mis fuerzas en ello cojo aire y aguanto la respiración para tener mejor pulso y así conseguir encajar el palito fino, fino en la pinza izquierda para que cuando vuelva a cerrarla, no se escape. Y entonces suelto todo el aire que tenía cogido, y ¡vaya!, se me escapa en el último momento…

–Mamáááááááá, ¿puedes venir?

A veces tengo que pedir ayuda a mamá o mis hermanos, para poder empezar a pintar… porque si no, me puedo tirar horas sólo para coger el pincel…

Ya lo tengo en la pinza y lo mojo en un vaso con agua. Después lo restriego en los colores y subo el brazo hasta apoyarlo en un cuadro en blanco que me han puesto para pintar. Mojo el pincel y cambio de color… y lo vuelvo a mojar… así hasta pintar un bosque, una puesta de sol, una niña en la playa. Hoy voy a pintar un barco en el mar. Es fácil… las olas las pinto de azul… mientras empiezo a pintarlas me imagino que soy una sirena y juego a esconderme entre ellas. Para que no se me caiga el pincel, lo apoyo mucho sobre el dibujo. Lo malo es que, cuando el pincel se me queda con mucho agua, pinto y el color se resbala hacia abajo como las gotas de lluvia cuando caen en las ventanas, y se me estropea todo. Bueno, a ver ahora cómo disimulo este manchurrón… ¡Ya está! Voy a pintar unos peces.

Los brazos se me llenan de sudor por dentro y se me resbalan; me pesan. ¡Me pesan muchísimo…! No sé por qué el muñón derecho me duele cuando estiro para abrir la pinza. Voy a tener que hacer trampa… porque ya estoy muy cansada y no voy a terminarlo nunca. Miro si hay alguien en el salón. Nadie puede verme por el cristal de la terraza. ¡Bien! Abro la pinza directamente y el pincel cae sólo al suelo. Vuelvo a mirar por si acaso. Lo cojo con el pie, lo aclaro removiéndolo muy rápido en el vasito de agua (como cuando mamá bate los huevos para hacer tortilla) así, muy deprisa, lo meto en el amarillo y subo el pie hacia la parte de arriba del dibujo. Hago un círculo grande. Es un sol. Hacer trampa a veces me cuesta una buena regañina; me dicen que, cuando sea mayor, podré decidir si llevo los brazos o no, pero que ahora tengo que aprender a utilizarlos. Yo lo único que quiero ahora es terminar el dibujo de hoy y poder quitármelos cuanto antes porque los muñoncetes me tiemblan de cansancio, así que merece la pena intentarlo. Vuelvo a aclarar el pincel, a toda mecha, estiro mucho, mucho los muñones hacia delante y empujo con la espalda para que se abra la pinza y vuelvo a colocar el pincel con el pie entre los ganchos, lo mojo en el negro y hago unas rayitas que

parecen gaviotas volando sobre el mar.

El otro día, haciendo mi castillo de churritos en la orilla con el pie, vi al niño más guapo de este mundo, se acercó a mí y con su cubo rojo empezó a ayudarme a traer agua de la orilla. Tiene unos ojos preciosos, del color del mar.

–¡Hola! Gracias por el cubo. ¿Cómo te llamas?

Se quedó mirándome fijamente y encogió sus hombros. Mamá dice que es de otro país, como Marti, de un sitio que está muy lejos y que se llama Holanda… No sé dónde estará, pero me imagino que se llama así porque allí hay muchas olas… Holanda… ¡Me gusta…! porque viene del mar. A lo mejor por eso tiene esos ojos azules tan bonitos…

–Tony –me dijo, al rato.

Y entonces me presentó a su hermana, que se llama Nicole. Se le han caído varios dientes y cuando se ríe tiene la cara muy divertida. Siempre lleva dos trenzas, como Pipi Calzas Largas. Me gustan tanto los dibujos de Pipi que papá ha empapelado mi habitación con un papel donde sale ella con su caballo y también su mono el Señor Nilson, que me hace mucha gracia. Nicole no es pelirroja como Pipi, es rubia y también tiene los ojos azules, igual que Tony.

En pocos días nos hemos hecho muy amigos. ¡Entre los tres hacemos castillos de arena enormes! A Tony y a Nicole no les importa que la gente se me quede mirando. Cuando yo saludo a quien se queda parado, ellos se ríen y le saludan también. Yo les enseño cómo nado con mi cola de sirena y jugamos a hacernos gestos debajo del agua, ¡Me quedaría ahí para siempre! Nuestro juego favorito es jugar a la familia. Tony y yo somos los papás y Nicole es nuestra hija; a ella le encanta hacernos rabiar y tararea la música que suena en las bodas.

–… Tony y Lary… ¡Tan chan ta chan…!!

Yo me muero de vergüenza, y creo que Tony también porque siempre acabamos metiéndonos los dos debajo del agua para disimular. Alguna vez nos hemos chocado y a

mí me da la risa. Entonces, me imagino que, cuando seamos mayores, podemos ser novios como los chicos que me presentan mis hermanas cuando me llevan a dar un paseo con ellas y, por casualidad, siempre se encuentran con el mismo chico. Yo sé que son novios porque he visto lo que significa eso en las películas: darse besitos, así que he decidido que cuando sea mayor me voy a casar con Tony.

A la vuelta de Benidorm, Lary tenía una cita con el hospital.

Los médicos habían observado que el hueso del muñón superior derecho parecía crecer más rápido de lo normal y si no hacían algo pronto, la cosa podría complicarse: traspasaría y rompería la piel. Ella se quejaba, sobre todo, cuando tenía los brazos puestos. Al estirarlos para abrir y cerrar las pinzas, el hueso le rozaba produciendo heridas y el dolor le impedía poder utilizar bien las prótesis. La punta del miembro se había inflamado.

Estoy comiéndome un tomate debajo de la sombrilla. Mamá sabe que me encantan los tomates. Me lo como así, a mordiscos, hmmm, cuando el liquidito va resbalando por los conductos que tiene el tomate por dentro… lo muerdo y ¡choff! Salpica. ¡Uishhh! Me ha rozado el muñón y me escuece.

–Mira, mamá… mi muñoncete parece un pajarito… con la cabecita aquí en la puntita. Es mi «pipi»…

Este sábado nos vamos a Madrid. Yo no quiero irme. No quiero ir al hospital, pero sobre todo, no quiero irme por Tony y Nicole. ¿Cómo se lo explico yo?

Veo venir a Nicole y a Tony con sus padres hacia nuestra sombrilla. Parece que hoy ellos se van antes. Traen sus palas y sus cubos. Hablan como pueden, haciéndose señas con mamá… y mamá está muy graciosa también porque además de las señas habla muy alto y mu-y des-pa-ci-to para que le entiendan mejor.

–Hija, que tus amiguitos terminan ya sus vacaciones y se van a su casa y como no les caben los juguetes en el avión, te los dejan para que tú los guardes…

Toni está muy serio y casi no me mira. Yo creo que él tampoco quiere marcharse. Nicole se agacha y me da un abrazo tan, tan fuerte, que casi me espachurra. Tiene los ojos llorosos y creo que yo también. Tony me hace un gesto y me dice adiós con la mano, yo, como tengo el tomate todavía entre los muñones, le digo adiós con el pie y se sonríe.

–Mamá, ¿vendrán el año que viene?

–No sé… si a su papá le dan vacaciones y se lo han pasado bien, pues seguro que volverán… pero ellos viven muy lejos.

–¿Y si vuelven se acordarán de mí?

–Pues claro, Lary, una vez que te conocen, todo el mundo se acuerda de ti. Además, los amigos nunca se olvidan.

19. Pepinillos y fideos

Tras hacerle varias pruebas y radiografías, los médicos decidieron que debían corregir inmediatamente el crecimiento exagerado del hueso. El pipi, como Lary lo llamaba, le dolía. El extremo era afilado como un clavo y estaba a punto de salirse directamente atravesando la piel. En cuestión de pocos meses, todo se organizó para que la niña fuese de nuevo intervenida quirúrgicamente. Lo haría el mismo equipo que operó su cadera, en el mismo hospital.

Todos los domingos papá me lleva en coche al mercadillo del barrio. Damos un paseo y vemos los puestos, hacemos algún recado para mamá y después, lo que más me gusta: ¡a comer pepinillos! Papá me sienta en las banquetas altas del bar. A veces dan vueltas y se me atasca la pierna entre las patas del taburete. ¡Ainsss, qué daño! Mientras papá lee el periódico y se toma algo, a mí me pide un plato de pepinillos en vinagre… ¡hmmmmm, qué ricos los pepinillos! Cuando llevo las pinzas, papá me deja cogerlos directamente del platito, luego se queda un olor horrible en las gomas que rodean el hierro y mamá se enfada; el olor a vinagre no se va en una semana. ¡Pero a mí me gusta cogerlos así! Cuando hay mucha gente a papá no le gusta entrar. Dice que la gente mira mucho y no se toma a gusto su «servesita», como él dice con acento andaluz. A mí no me importa que me miren, aunque si papá no está a gusto, es mejor que no entremos.

En casa mamá me está enseñando a hacer punto. Me está haciendo un jersey nuevo y yo he aprendido a tejer. Pongo una aguja entre los muslos, la otra me la meto en el sobaco y me concentro para pasar la lana de un lado a otro, por encima, por abajo, y engancho con la aguja, por encima, por abajo y vuelvo a enganchar, por encima, por abajo… ¡Ya le he hecho una bufanda a la Nancy! Y ahora estoy haciéndole una mantita al Nenuco, que es mi muñeco favorito. Tengo que hacerlo a ratitos porque la puntita del pipi se me pone muy, muy caliente, me molesta y algunas veces también lloro porque me duele mucho. A veces, mamá llora cuando le duele la cabeza, Conchi cuando se ha peleado con alguno de sus novietes y Sol también cuando se hace daño en un pie cuando baila en sus clases de ballet… uishhh, pobre, ¡no me extraña que se le salten las lágrimas!… yo lloro mucho viendo *Heidi* y algunas películas pero no quiero que me vean llorar por el pipi para que no me lleven al hospital; he oído que me van a cortar la puntita que tanto me molesta. ¿Pero cómo lo piensan hacer? ¿Con un serrucho? ¡Ay madre! No quiero volver al hospital, así que si aguanto y no lloro delante de los mayores, igual se me pasa solo…

Los faquires, los lamas, los yoguis y algunos monjes budistas adquieren la estrategia

mental de controlar el dolor como parte de su entrenamiento. Este poder es tan antiguo como la humanidad. Nuestro subconsciente está programado para sentir el dolor pero nosotros podemos controlarlo.

> «La vida continuamente nos presenta razones para llorar pero debemos ser conscientes de que a la vez tenemos mil y una razones para reír.» ANÓNIMO

El último domingo antes del ingreso, Lary no pudo ir con su padre a la cita del mercadillo dominical. Esa mañana, Joaquín fue solo y llegó a casa un poco más tarde, justo cuando todos, sentados a la mesa, se disponían a comer. Llegó con una cajita pequeña que parecía tener vida propia. Se la puso a su hija al lado de su plato de sopa.

–¿Qué es, papá?

–¡No sé, ábrelo!

–Ahora no, Joaquín. Vamos a comer y luego lo abrís tranquilamente.

La caja seguía moviéndose sola, Joaquín guiñó el ojo a su mujer.

–Pues lo siento, Laly, pero creo que vamos a tener que abrirlo lo antes posible.

–Mamá, déjamelo abrir por fi… por fi…

–Bueno, pero rápido que la sopa se va a quedar helada.

–¡¡Miiiiiiira!! ¡¡¡Es un Pichí, mamá…!!!

De la caja salió un pollito redondo y amarillo. Parecía algo aturdido, tanto, que saltó dentro del plato.

–¡Mira, mamá, se está comiendo mis fideos!

–Claro, se creerá que está en el campo y que son bichitos…

–¡Le llamaremos Fideín! ¡¡Qué bonito es!! ¡¡Muchas gracias, papi!! ¿Puede dormir Fideín conmigo? ¿Puede vivir en mi casita de muñecas?

Lary olvidó por completo que al día siguiente ingresaba de nuevo en el hospital.

«Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.» RABINDRANATH TAGORE, filósofo y escritor indio

20. Cadeneta multicolor

Junio de 1977

Ya estamos aquí. Hoy desde que me he levantado me he propuesto tener los mofletes inflados. Estoy enfadada porque mamá no ha querido meterme en la bolsa mis vestidos favoritos, mi peto verde de Heidi, el rosa con florecitas, el azul… Ya que vamos a estar varios días, quiero estar guapa con mis vestidos. Pero ella dice que no los voy a necesitar, que en el hospital, todo el mundo va en pijama… Pero tampoco me ha traído mi pijama, así que sigo con mis mofletes hinchados porque preferiría estar en casa.

Subimos en un ascensor muy grande y con muchas teclas.

–Laruska, tú casi naces en un ascensor como este… –dice mamá.

–Sí, empezaste a sacar tu piececito… –dice papá.

–No, Joaquín, sacó primero la cabeza y entonces el doctor se asustó…

Suena una especie de timbre y las puertas se abren. Es curioso, parece que he vivido este mismo momento… papá y mamá, un timbre, yo… ¿Lo habré soñado? Ellos siguen intentando convencerse el uno al otro… y yo al salir me doy cuenta de que es verdad, aquí todo el mundo va en pijama, ¡hasta los médicos y las enfermeras! Papá se acerca a un grupo de enfermeras y les enseña unos papeles. Todas quieren ser muy simpáticas. Yo sigo con mis mofletes inflados.

–Esta va a ser tu habitación, Clari.

–Lary, se llama Lary. Y Laly mi mujer. Imagino que ya le habrán dicho que va a quedarse con la niña todo el tiempo de hospitalización. Soy compañero de otro hospital y el equipo médico nos ha dado permiso y nos han recomendado que ella se quede.

–Sí, señor León, estamos al tanto. Descuide que no habrá problemas.

Aunque llevo la pierna, ahora papá me lleva en brazos. Entramos los dos juntos. Hay una cama y en ella hay una señora muy viejecita acostada que tiene cara de estar muy malita porque está como dormida pero a veces dice ¡ayyy, ayyy!

–Pues no está nada mal. Mira, Lary, nos ha tocado al lado de la ventana, como a ti te gusta. ¿Ves qué armario tan pequeño? Si hubiésemos traído tus vestidos, no hubieran cabido todos… a ver… Mira, te han dejado aquí tu pijamita.

Si tuviese que dibujar esta habitación no sabría cómo pintarla porque ni es blanca, ni es amarilla… es de un color, color… café. No hay nada. Dos camas, dos armaritos grises y las mesillas más altas que he visto nunca. Huele a algo muy extraño que ya he olido

alguna otra vez. La ventana es muy grande pero no se puede abrir. Mamá dice que ese cartel de ahí pegado en la pared dice que está prohibido.

Entra un señor alto, alto, alto con bata blanca. Es el «doctor Espaguetti» que me conoce desde pequeña…

–Pero qué morena estás, Lary. No estés tan seria, ya sabes que sólo vamos a intentar que este hueso afilado deje de molestarte cuando utilices las prótesis. ¿De acuerdo?

Vuelvo a pensar en el serrucho y me entra un escalofrío ¡¡Los mofletes!! ¡¡Se me habían olvidado!! Mientras el médico se queda hablando con papá y mamá, yo cojo aire y vuelvo a hincharlos.

El médico se va, pero por la habitación no deja de venir gente, una enfermera que me pone el termómetro, otra enfermera que me lo quita, un enfermero que pregunta cosas raras como cuánto mido y apunta algo en una hojita que hay a los pies de mi cama…

Sin darme cuenta, ya se ha hecho de noche. Estoy sentada en esta cama grande y alta, con un pijama azul con mangas largas, que mamá me ha remangado como ha podido, pero que se me caen cada vez que hago algo (tenía que haberme traído el mío rosa que tiene las mangas cortadas por mami).

Mamá me ha ayudado con la sopa y el filete porque como no tengo mesita baja para comer con el pie, me lo da ella. Desde este verano, he probado a coger la cuchara o el tenedor con los dos muñones y puedo comer también, pero el pipi me duele mucho, así que hoy mamá me ha dado de cenar.

Segundo día en el hospital.

10 de junio de 1977

–«Niña de cuatro años ingresa para corregir decúbito que tiene en extremo del muñón del brazo derecho…»

Me despierto oyendo esas cosas tan raras y veo a un señor al pie de la cama. Está leyendo el papel que hay ahí pegado.

–Muy bien, Hilaria, pues hoy antes de desayunar, vamos a hacerte un último análisis de sangre, antes de operar hay que comprobar que todo está bien.

No entiendo nada de lo que me dicen… sólo que voy a tener que esperar para desayunar… ¡Vaya…!

El mismo señor me coge en brazos y me lleva hacia la puerta, allí ha dejado una silla con ruedas (¡como la de Clarita!). Me sienta en ella y comienza a andar. Ha sido todo tan rápido que no me he dado cuenta de que mamá no ha salido de la habitación

–¡¡Mamá…!!

–Ya voy, ya voy, no te preocupes que yo también voy, estaba alisándote las sábanas para cuando volvamos…

–Bueno, señorita, pues vamos rodando a ver a Rita. Ella es muy simpática, Hilaria, ya verás, es muy buena, le gustan mucho los niños y está acostumbrada a hacer extracciones complicadas, así que tú relájate y verás como no te duele nada…

Me siento el cuerpo muy duro. Estoy como pegada a la silla. No puedo ni inflar los mofletes.

Entramos a un cuarto del mismo color «mezcla» de mi habitación. Pero por lo menos aquí hay dibujos hechos por niños colgados en la pared. Eso me gusta. Voy a traerles uno de los míos para que también lo cuelguen. Al fondo hay un armario transparente y allí veo inyecciones, algodones, cuchillitos muy, muy finitos… eso no me gusta. Una señora muy grande y con unos pendientes enormes viene hacia mí. Habla muy alto y muy claro, como cuando mamá hablaba con los padres de Tony, así, despacio, como los indios y alargando mucho algunas palabras…

–Hooolaaaaa… a ver esta pre-cio-si-dad que ten-go a-quíííí.

Me sube la pata del pantalón y me ata a la pierna una goma muy grande. ¿Pero qué hace? Empieza a darme como palmaditas en la pierna. Casi a la vez me baja un poco la cintura del pantalón y me toca con su mano la ingle esa que tenemos al lado del chiquiriqui… Pero enseguida me lo sube y empieza a tocarme el cuello.

–Es-ti-ra la ca-be-za ha-cia a-trás, cieeelo… Quiero veeer-te cómo tienes este cuelleciiiito de cisne. Así muuuuyyyy bieeen… hmmm aquí va a seeeer. Enfermera, por favor, ayúdeme, vamos a hacer la extracción de la yugular.

Ahora, como no me habla a mí, ya no alarga tanto las palabras. ¿Creerá que soy de Holanda?

–Señora, no se preocupe, sé que suena arriesgado pero si la mantenemos quieta, es el lugar más rápido para conseguir una cantidad al menos suficiente.

Me tumban en la camilla pero quieren que tenga la cabeza colgando. ¡¡Esta Rita está loca!! ¿Qué va a hacer? Prefiero pensar en algo bonito…

–Sus venas son muy finitas y no veo que por ahora podamos sacar de otro sitio. Señora, usted también va a tener que ayudarnos. Sujétela de los hombros, todo lo fuerte que pueda. Por favor, no debe moverse nada.

–No se preocupe, si yo ya es como si tuviese una carrera hecha. Que han sido ya muchos meses en el hospital con ella. ¡¡Podría trabajar aquí con ustedes perfectamente!!

–Muy bien. Pues es muy importante que consiga mantenerla inmóvil.

–Tranquila, Lary, ya has oído a Rita. No debes moverte ¿de acuerdo? Mamá está aquí contigo. No te muevas, por favor.

Mientras mi madre me pone sus manos sobre mis hombros y aprieta, la otra

enfermera me empuja la cabeza que cuelga de la camilla hacia un lado. Parece una escena de las películas de esas que le gustan a papá de policías y ladrones. Mamá y la enfermera sujetándome contra la camilla para que no me escape, para que no me mueva ni al respirar. Noto cómo mi cabeza me pesa cada vez más. Debo de estar colorada porque me noto como hinchada. Y de repente noto un pinchazo en el cuello que no puedo soportar. Quiero moverme, pero no puedo.

–¡Ayyyyyyyyy! Me escuece.

–¡¡No te mueeeevas, no te mueeevas…!! Muuy bi-eeen, ¡aaa-sí! Un po-quiii-to másss, un po-qui-too mááássss. Ya caa-sii ees-tá.

Las lágrimas me resbalan por la frente, como tengo la cabeza colgando, salen de mis ojos y caen al suelo. Estoy llorando.

–Ya está, ya está, mi niña… ¡¡¡no ha sido para tanto!!!

Por fin dejan de apretar sobre mí y me ayudan a sentarme. La enfermera tiene un dedo apretándome con un algodón donde me han pinchado. Todavía me duele. La cabeza empieza a pesarme menos pero sigo llorando. No me ha gustado nada.

Rita me enseña dos tubitos alargados con algo rojo dentro.

–¿Veesss? ¡¡Lo hee-moos con-se-guii-do!! Con estos dos tu-bii-toos, te-neemos bas-taan-tee. Te has por-taado ¡muuy bieeen! Y ahoo-ra ¡¡a desayunar!!

Me tiembla el cuerpo.

–Mamá… me quiero ir ya a casa…

–Tienes que tener paciencia, Lary. Antes de operarte tienen que hacerte varias pruebas para que todo esté en orden.

–Ya…, pero me pueden hacer esas cosas y luego marcharnos a casa. ¿Por qué tenemos que estar aquí todo el día? ¡Jo!, me aburro…

–Pues porque si nos vamos a casa, cuando esté todo listo, igual no tenemos habitación libre… ¡Vamos a hacer un trato! Voy a pedir a papá que nos traiga mañana tu cajita de ganchillo. Así podrás decorar esta habitación tan sosa. Le diré a la la abuela que te meta lanas de colores y pegaremos una cadeneta muy laaarga a la pared. Cuando rodee toda la habitación, te prometo que nos vamos. ¿Vale?

–¡Vale! ¿Y no le puedes pedir que la traiga ya?

Lary comenzó a tejer aquella misma tarde, finalmente consiguió tener su caja azul de pastas con la aguja y las lanas de colores ese mismo día y se puso con tesón a confeccionar la cadeneta multicolor que la sacaría de allí. Verla sobre la cama echa un ovillo, con la aguja en el pie y el muñón izquierdo que se movía mecánicamente tan rápido que apenas se veía, era digno de comentarios, alabanzas y rumores en la planta. El desfile de enfermeras y acompañantes de otros pacientes por la habitación era constante y entretenido para la pequeña.

Cuarto día de hospitalización.

–¿Dónde vas, mamá?

–Voy a tomar café, un café, hija, como estabas dormida…

–No me dejes sola, mami…

La pequeña no soportaba quedarse sola en aquella habitación. Laly, de nuevo, volvía a estar «prisionera» en unos pocos metros cuadrados de un hospital. No se separaba ni un segundo de su hija, la acompañaba a todas las pruebas, le dejaban entrar a la sala de rayos para colocar a su pequeña en la mesa de radiología, ayudaba a la enfermera a colocarle las ventosas del electro.

Los días iban pasando entre pruebas y cadenetas. Cuando se le acababa un color, le pedía a su madre que le hiciese un nudo y seguía con otro distinto. Lary se pasaba horas concentrada en su labor como Penélope tejiendo el eterno manto en la Odisea.Séptimo día de hospitalización.

–Buenos días. Tú eres Hilaria, ¿verdad?

–Sí, soy Lary.

Aquel hombre bajito de pelo rojo y bata blanca metió en la habitación unos aparatos muy grandes.

–Oye, ¿es cierto que has hecho tú todo esto?

–Sí.

–¡Qué artista! ¿Me vas a hacer a mí una?

–Es que primero tengo que acabar de decorar la habitación y cuando termine, me voy a mi casa…

–Bueno, pues me la haces en casa y me la mandas…

Miro a mamá y ella me dice que sí con la cabeza. Se ve que este hombre también tiene muchas ganas de irse de aquí. Le entiendo, así que cuando haga la mía, le haré una a él.

–Vale, ¿de qué color la quieres?

–Del que tú quieras. A ver, te he traído estos artilugios porque tengo que medirte y pesarte para la anestesia que te tenemos que poner.

»Así que si me ayuda, señora, la levantamos y la ponemos sobre el peso. Vamos a ver… Uno cero cinco… y de peso… ¡¡catorce con setenta!! ¡¡Pero qué pequeñaja estás, Hilaria!!

–Tenga en cuenta que al no tener ni los brazos ni la pierna mi hija pesa menos que cualquier niña de su edad.

–Es cierto, señora. Eso hay que tenerlo muy en cuenta. Por eso es importante que antes de la operación confirmemos bien estos datos para suministrarle la anestesia que su

cuerpo admite, ni más ni menos.

–Señor…

–¿Dime, princesa?

–¿Quién es Anestesia?

Rompieron a reír. Su espontaneidad siempre les pillaba por sorpresa.

Aquella misma mañana, le dieron el alta a la señora de la cama de al lado. Justo el tiempo para que las enfermeras cambiasen la cama y, a las pocas horas, Lary tenía nueva compañera de habitación.

–Hola, me llamo Ana ¿y tú?

–Lary. ¿Cuántos años tienes?

–Yo nueve ¿y tú?

Lary subió su pierna y estiró sus cinco dedos, intentando bajar el dedo gordo.

–¿Por qué no tienes ni brazos ni pierna…?

–¿Y tú por qué no tienes pelo…?

Se encogió de hombros y las dos sonrieron. Esa tarde no hubo cadenetas. Dibujaron y jugaron hasta la hora de la cena.

Noveno día de hospitalización.

Llegó el día de la operación. Laly despertó a su hija más temprano de lo habitual. Era martes. Martes 13 de marzo. Joaquín estuvo a punto de pedir que se cambiase la fecha. No era supersticioso pero con su hija no quería correr ningún riesgo.

–Pero Joaquín, si lo retrasamos, a saber cuándo nos dan fecha otra vez y la niña ya no puede más. Necesita ir a casa. Yo también.

–Está bien, está bien… lo sé, si es por si acaso, ya sabes…

–Además, va a ser a primera hora, y así Lary tiene todo el día para recuperarse, eso que ganamos.

Estoy muy nerviosa. Mamá me ha quitado el pijama nada más despertarme. Papá también está. No es sábado pero no debe de tener trabajo hoy. Me han puesto un gorro de papel verde.

Estoy desnuda bajo las sábanas.

Un enfermero ha bajado una palanca de mi cama que ahora se mueve. Me llevan en mi cama por los pasillos.

–¡Mamá! Tú vienes ¿no?

–Claro, hija. ¿Cómo te voy a dejar solita?

Estoy desnuda bajo las sábanas. Siento frío. Pero estoy sudando.

–¿Dónde vamos?

Saco el muñón y mamá me lo coge con su mano.

–Tranquila, Larita. Papá y yo esperaremos aquí para cuando salgas.

Se abren unas puertas de color plata muy grandes. Se abren solas. El enfermero empuja mi cama hasta dentro. Ya no veo a papá, ni tampoco a mamá.

Aquí todo es verde. Los médicos no llevan bata blanca. Van de verde y con la cara tapada. Entre unos cuantos cogen la sábana de abajo y, como a la sillita de la reina, me mueven a una mesa de metal que hay en medio. Tiene una sábana pero siento el frío.

Tengo el cuerpo congelado. No puedo moverme.

Una enfermera me coge el pipi y con unas pinzas de esas como las que tiene mamá para coger la ensalada, coge una gasa y la mete en una bandeja que tiene un líquido naranja. No le veo la boca pero la mascarilla verde se mueve cuando habla y aunque lleva el gorro yo sé que es rubia porque le he visto un poco de pelo.

–Ahora te vamos a pintar un poquito. Verás qué divertido. No tengas esa cara de seria. ¡Que no te va a doler nada!

¡Mi pipi está naranja! ¡Uishhhh, me duele!

–Y ahora te vamos a poner esta mascarilla.

Me colocan una goma negra que me tapa la boca y la nariz. Me la ponen con una goma a la cabeza para que no se me caiga. Pesa mucho y huele muy raro. Huele como a regaliz pero muy fuerte.

–Ahora cuenta hasta diez, bonita. ¿Sabes contar?

Cuando voy por el dos, me encuentro muy mal. Oigo todo muy fuerte. Oigo a las enfermeras que se ríen muy alto. Están hablando entre ellas y se ríen muy fuerte. Se cae algo al suelo y lo oigo todo como con eco. ¿Qué está pasando?

Estoy desnuda bajo la sábana.

Tengo frío.

Me mareo.

Por favor, que hablen más bajito… Por fav…

–Muy bien, señores. Comencemos a operar.

–Bisturí.

–Esta piel se abre sola… estaba a punto, un poco más y tenemos un disgusto…

–¡¡Doctor!!

–¿Qué ocurre con ese ritmo cardíaco?

–¡Está variando de una manera extraña, doctor! Las constantes comienzan a fallar.

–¡Se va, se va…!

–Dejadme ver la dosis de anestesia… pero ¡por Dios! ¿Quién ha puesto esta

barbaridad? Rápido, el desfibrilador.

–No recupera. ¡No recupera, doctor!

–¿Cómo que no? ¡Esta niña tiene que salir de aquí sea como sea! ¿Listos otra vez? ¡Vamos!

–¿Los padres de Hilaria León?

–Sí, aquí estamos. ¿Sucede algo?

–Ha habido complicaciones.

–¿Cómo que complicaciones?

–Afortunadamente parece que ya está fuera de peligro pero hemos tenido que recurrir a la reanimación cardíaca.

–¿Me puede explicar qué ha pasado, por favor? Ahora mismo quiero hablar con el responsable de todo esto.

–Joaquín, antes tenemos que asegurarnos de que está bien. Quiero ver a mi hija. ¿Dónde está?

–Tranquilícese, caballero, por favor, el doctor ya ha conseguido controlar los dos paros.

–¡¿Dos paros?! ¡Pero si la operación no tenía mayor complicación!

El sonido en seco de la puerta de acero paró la conversación.

–¡Doctor! ¿Cómo está la niña?¿Qué ha pasado?

–Tranquila, Laly. Ya está fuera de peligro. Puede ser que haya habido una sobredosis de anestesia.

–Pero si el anestesista estuvo ayer mismo y ajustó sus medidas…

–Hoy ha habido un cambio de turno. Al técnico de hoy le parecía poco el peso para una niña de 4 años y medio. No ha tenido en cuenta las características de Lary y ha aumentado la dosis. Lo siento muchísimo. He hecho todo lo posible y afortunadamente está bien. Está en reanimación. Tardará un poco más de lo normal en despertar. Es mejor que os vea junto a ella cuando lo haga. Lo siento, de veras que lo siento muchísimo.

1 de julio de 1977

Es intervenida realizándose osteotomía completa a unos cuatro centímetros del extremo distal del hueso, girando 180° el hueso e impactando el extremo afilado en la medular del fragmento proximal. Postoperatorio sin incidentes.

–¿Sin incidentes? ¡Ha tenido dos paros cardíacos! ¿Cómo tienen el valor de decir sin incidentes?

–Joaquín, no lo muevas más. Tenemos que agradecer al doctor que estuviese él en la operación. Lary se ha salvado.

Me duele la garganta, el pecho y estoy muy cansada. Pero si sólo me han curado del pipi, ¿no? Mi pipi… lo tengo vendado entero pero me duele más todavía. Me dan pinchazos. Me pesa. No puedo moverlo.

Por lo menos ya estoy en mi habitación y tengo el pijama puesto. Cuando me muevo, me duele mucho.

–Mamá, ¿dónde está Ana?

–La han cambiado de habitación. Anoche se puso un poco malita y la han cambiado a otro sitio donde hay unas máquinas que la ayudan a ponerse mejor. Si te encuentras bien, esta tarde vamos a verla.

–Mamá…

–Dime, mi vida.

–Hoy no voy a poder hacer cadeneta. Estoy muy cansada. ¿Me haces tú un poquito? Quiero irme a casa.

–Claro que sí, yo luego le doy un empujoncito a la cadeneta azul. A ver si en tres días nos podemos marchar.

–Mami.

–Dime, Laruska

–Te quiero mucho.

–Yo a ti también…

Laly se agachó rápidamente, las lanas de la caja amortiguaron su emoción.

Después del susto de la anestesia estaba especialmente sensible. No quería ni imaginarse lo que podía haber sucedido…

Sólo he vuelto a ver a Ana dos veces y muy poquito rato. Desde que está aquí tiene la cara más blanca y debajo de los ojos tiene la piel más oscura, como cuando no duermes mucho… Pero Ana mucho más. Cada vez parece más cansada y no tiene ni ganas de moverse de su nueva habitación. El poco pelillo que le quedaba en la cabeza se le ha caído. A veces quedamos en la sala de espera para jugar un rato. Hoy ha venido su mamá a decirme que hoy no va a poder ser, que Ana está muy cansada y que mejor lo dejamos para otro día.

Vaya, no voy a poder despedirme de ella. Mamá me ha dicho que mañana seguramente nos podamos ir. No he terminado la cadeneta pero da igual. ¡Me dejan irme a casitaaaa, yujuuu!

–Laly, antes de darles el alta quería hablar con usted. La operación ha salido bien, a pesar de todo. En unos quince días habrá que quitarle los puntos. Me ha comentado Joaquín que van a ir unos días a la playa.

–Sí, nos vamos a aprovechar los últimos días de vacaciones. Además, se lo prometimos a Lary.

–No pueden hacer nada mejor. El yodo del mar le vendrá estupendamente. Cuando esté en la playa, quítele el vendaje, que le dé el sol. Eso sí, cuidado con la arena, que no se infecte la herida. Los puntos, puede quitárselos en cualquier ambulatorio, o usted misma, Laly, ya está acostumbrada y podría ejercer de enfermera perfectamente, después de haber pasado tanto tiempo aquí…

–Pues sí, la verdad es que podría entrar en quirófano si fuese necesario. La que es fuerte puede con todo, doctor.

21. Flanes de piedras

El médico me ha dicho que no me puede entrar arena en el pipi, así que hoy vamos a una playa de piedras que ha encontrado papá. Vamos en coche, la prima Pili se ha venido de vacaciones con nosotros, me lo paso muy bien con ella, nos disfrazamos y cantamos…

Cuando hay baches, me dan pinchazos en el muñón. Me retumban en todo el cuerpo. ¡Uff, cómo me duele! ¿Qué me habrán hecho? Como lo tengo en una venda blanca no lo he visto todavía. Me pesa mucho. Me asomo por la ventanilla. Me gusta que me dé el aire en las trenzas que me ha hecho mamá antes de salir. Voy contenta, al final he conseguido que me dejaran llevarme el cubo y la pala.

–Pero Lary, que la playa no tiene arena. Que son piedras…

–Da igual, yo quiero llevármelo. ¡Anda, por fi, por fi…! Además, el cubo rojo de Toni y Nicole, que es más grande.

Era una playa diferente. Al ser de piedras no era tan popular y el público era escaso, prácticamente extranjero y de mediana edad. Al principio, Lary observaba a la gente cómo andaba con dificultad entre las piedras para llegar al agua. La mayoría se calzaba para caminar, pero el que no iba preparado, sufría como si se tratase de una auténtica tortura china. A Lary le divertía ver esta escena cada día. Ella poco a poco aprendió a deslizarse sentada por los cantos rodados hasta conseguir llegar a la orilla, refrescarse y poder llenar con agua de mar su querido cubo rojo que llevaba enganchado con fuerza en su muñón izquierdo.

En esta playa no hay casi niños. Claro, no se pueden hacer castillos de churritos ni flanes de arena… Pero me gusta. Aquí la gente no me mira tanto. Y si me miran, me sonríen y me saludan ellos. Hay mucha tranquilidad aquí, papá se ha ido a dar un paseo con su bici para descubrir nuevos lugares, mamá lee con su sombrero morado bajo la sombrilla y mientras miro a la prima cómo se mete con la colchoneta en el agua, me divierto jugando con las piedras. Mañana me voy a traer mis pinturas… Y dibujaré sobre ellas… van a quedar muy bonitas…

En mineralogía, la tenacidad es la resistencia que opone un mineral u otro material a ser roto, molido, doblado, desgarrado o suprimido.

Entre cantos rodados y espuma de mar, el muñón de Lary se fue recuperando. El yodo aceleró la cicatrización tal y como había pronosticado el doctor. Laly compró en la farmacia unas pinzas largas y unas gasas y un día las metió en la bolsa de la playa. Antes de sacar los tomates y los bocadillos de tortilla de patata, debajo de la sombrilla de flores y con la música de las olas de fondo, le quitó los puntos a su hija.

Al cabo de unos días, Lary fue perdiendo el miedo a volver a utilizar el muñón recién operado y poco a poco comenzó a llenar de piedras el cubo con su pala entre sus dos muñones, después lo volcaba para hacer flanes, que se desmoronaban al instante. Ella volvía a poner el cubo en posición con el pie, y repetía la misma operación. Así podía tirarse horas y caía rendida en la cama todas las noches.

«Antes de que puedas hacer algo que nunca has hecho, tienes que ser capaz de imaginar que es posible…»

Si Napoleón decía: «Con constancia y tenacidad se obtiene lo que se desea, la palabra imposible no tiene significado», Virgilio aseguraba: «La constancia quebranta los muros más sólidos, y vence los imposibles más colosales».

Lary era aún pequeña para saber de historia, política y frases célebres, pero vino al mundo para demostrar que la palabra imposible efectivamente debería borrarse del diccionario.

Como a todos los niños, a Lary le gustaba jugar a ser mayor. Desde que empezó a andar no paraba ni un segundo. Aprovechaba cualquier oportunidad para entrar en el cuarto de sus padres y meter su pie derecho en el armario de Laly hasta sacarlo con un zapato enganchado, siempre, de tacón ¡claro! Se dirigía primero al baño. Con el pie, corría la banqueta de debajo del lavabo. Ponía ahí su rodilla para estar un poco más alta y así llegar al primer cajón del espejo. Lo abría y buscaba entre las sombras de ojos y las

pinturas de su madre su pintalabios favorito. Lo cogía con la boca y quitaba la tapa. Daba la vuelta al pintalabios y volvía a utilizar su boca para hacer girar el mecanismo de la pintura y que saliese la barra de color. Volvía a poner la pintura en posición correcta y se miraba al espejo; ladeaba la cabeza para retirarse el pelo de la cara y mientras acercaba la pintura con sus muñones a los labios, abría la boca de manera exagerada imitando a su madre cuando se maquillaba. Pasaba varias veces la barra roja por sus labios y cuando los tenía bien coloreados, los cerraba y abría rápidamente haciendo un sonido sordo y, muy coqueta, los estiraba hacia delante para contemplar el resultado. Ya satisfecha, volvía a girar el mecanismo con los dientes (para no quitarse la pintura) y cuando la barra ya estaba oculta, deshacía toda la operación con cuidado; todo quedaba de nuevo en su sitio para que nadie notase nada.

–Un día te vas a matar con esos tacones. Te vas a dar un batacazo y te vas a hacer daño en la espalda…

–Que no, mamá. ¡Mira cómo ando…!

–¿Y esos labios?

Y ¿cómo no? Con su inagotable perseverancia, consiguió convencer a su padre para que le comprase aquellos zapatos de gitana rojos con lunares blancos que siempre se paraba a mirar en la zapatería del barrio, con su carita aplastada en el cristal del escaparate.

–¡Son tan bonitos! Papi. Me gustan muuucho…

–Pero hija, ¿cómo vas a ponerte esos zapatos con ese tacón? Con la prótesis no puedes usar tacones. Tienes que pensar en tu espalda, si no te la cuidas, de mayor te va a doler mucho.

–Pero si yo lo quiero sólo para ponérmelo en mi pie… sólo es para jugar…

Y a partir de ese momento, el sonido de su particular taconeo impar se convirtió en el sonido de la casa.

22. El secreto de Manuela

Se han ido todos. Veo cómo las gotas caen sobre la ventana de mi cuarto. Hay algunas redonditas. Otras se alargan cuando van resbalando como si fuesen de chicle, y hay muchas que se chocan, se juntan y se convierten en una sola. Cada una va a una velocidad. Es bonito verlas diferentes pero iguales, en la misma dirección.

Tras la operación, el muñón derecho iba recuperando elasticidad. Muy probablemente, el hueso volvería a crecer y a romper la piel, pero hasta entonces, de manera paulatina, volvían a ponerle los brazos ortopédicos para que no perdiese habilidad. Los viernes volvían a acudir a rehabilitación para que se habituase de nuevo. Querían que se acostumbrase a ellos del todo antes de empezar el colegio.

Les habían hablado de escuelas especializadas para niños con discapacidades, adaptadas arquitectónicamente y con profesorado especializado en niños con problemas. Pero esa era la cuestión: su capacidad de aprendizaje era completamente normal. Joaquín y Laly estaban de acuerdo: iría a un colegio corriente: el de sus hermanas. Estaba a unos cuantos kilómetros de casa, pero Lary iría en el autobús de ruta con ellas. Las únicas cuatro plantas que se erguían en el edificio central se comunicaban, no por escaleras, sino por unas rampas. Hecho casi a medida. Si el colegio no ponía pegas para admitirla, la decisión ya estaba tomada. Lary soñaba a menudo con ello.

A través del cristal veo a la gente. Los mayores van a sus trabajos; cierran los paraguas y se meten en sus coches. Los niños cruzan la calle con sus carteras llenas de libros. Van al cole. Yo también quiero ir. A veces juego a «estar en clase» con mi hermano, él me enseña algunas letras y me enseña a escribir números y leemos cuentos. Mi vecina Olguita va al colegio y por las tardes me cuenta lo que hace en clase, después de merendar jugamos a que ella es la profe y me pone deberes. ¡No sé cómo a mis hermanas les cuesta tanto ir por las mañanas al colegio! Yo iría muy contenta.

Si aplasto la nariz contra el cristal ¡parezco un cerdito! Me pongo a hacer caras en la ventana y me veo… así se me pasa la mañana, mirando por la ventana. Ayudo a mamá a limpiar algún cristal o a hacer la pasta de las croquetas. A veces me meto en la habitación y pongo el casette de Enrique y Ana y canto y bailo el cocoguagua como si estuviese en un escenario, le pido a mamá que me ponga alguno de los vestidos de ballet de Sol o el vestido de gitana y mi zapato de lunares y ensayo para cuando sea bailarina. Mi hermana me ha dicho que si quiero, puedo, así que me quedo mirando las fotos de bailarines famosos que tiene puestas en nuestro cuarto sobre el papel de Pipi Calzas Largas e intento imitar las posturas de ballet.

Menos mal que la semana pasada vino el abuelo. Vino desde Valencia para ayudar a papá a pintar las puertas de casa, pero a ratos juega conmigo al parchís. ¡¡Hace unas trampas…!! Cada día se inventa una regla nueva pero yo me lo paso muy bien con él. Me encanta su risa, su manera de hablar. El abuelo Ignacio es de Sevilla, como papá, pero a él se le nota más porque habla mucho con la esssse y a veces dice palabras que no sé qué significan. Tiene el pelo blanco, blanco y con unas ondas que parecen de actor de las películas que le gustan a mamá en las que cantan, bailan y al final se enamoran. También me lee cuentos. Nos sentamos en la mecedora del cuarto de estar; yo me siento encima de él y mientras lee, le toco su oreja; las orejas de abuelo Ignacio son laargas y blanditas y si muevo el muñón de un lado a otro, se mueven muy fácilmente como si fuesen campanas. ¡Tolón, tolón! No hay nada más gustoso que la oreja del abuelo. Bueno, sí, el cuello de mamá, que me encanta darle besos, y la tripa de papá, sobre la que me siento para ver la tele los viernes por la tarde.

Una habitación austera, una mesa abarrotada de papeles perfectamente apilados y un crucifijo de madera en medio de la pared como único ornamento. La directora del colegio recibió por fin en su despacho a Joaquín y a Laly. La madre Isabel era una mujer religiosa de mediana edad. Seria y contundente. Conocía de vista a la familia.

–Hermana, la niña, como ya sabe, no tiene brazos y tiene también una pierna ortopédica, es despierta, inteligente y muy sociable, y está deseando venir al colegio de sus hermanas.

–¿Señor…?

–León, Joaquín León, para servirla.

–Señor León, en nuestra orden no somos hermanas, sino madres. Entiendan que este colegio tiene un prestigio y un nivel reconocido, no tenemos ninguna pega en dejar que su hija intente estudiar aquí con sus hermanas, pero deben entender que si se da el caso de que la niña, por lo que sea, no puede seguir el ritmo de las demás alumnas, tendremos que pensar en otra opción por el bien de sus compañeras y de ella misma.

–Lo entendemos, madre. Pero no es el caso. El único extra que le pedimos al colegio es que puedan ayudarla en algún momento a quitarse o ponerse las prótesis, aún se cansa con ellas y aunque la idea es que las lleve puestas mientras esté en el colegio, puede ocurrir que en algún momento haya que quitárselas. En ese caso también pueden avisar a sus hermanas.

–No habrá problema en eso. Acaba de entrar una profesora en preescolar muy joven y sensible. Es muy entregada y tiene pasión realmente por los niños. Ella es la persona ideal para recibir a su hija.

–Estoy muy agradecido, hermana… ¡madre!, por su generosidad y sinceridad.

–Una cosa más; sí les pedimos un favor como padres: nos gustaría que la tratasen

exactamente igual que a todas las alumnas de su clase. Que por favor la regañen cuando tengan que regañarla, premiarla realmente cuando se lo merezca. Creemos importante que no sienta ninguna distinción ni ventaja sobre el resto de sus compañeras. No queremos que nadie lo haga por sentir lástima o por favorecerla de alguna manera. En casa no lo hacemos así y de esta manera nos gustaría que siguiese enfocada su educación.

–Descuide, señora, yo me encargaré personalmente de ello. Todos somos iguales ante los ojos de Dios, pero deben saber que su hija es además muy afortunada por tener unos padres como ustedes. Son un ejemplo y esperamos que la niña se encuentre a gusto en nuestro colegio. La esperamos en septiembre.

A mis hermanos cada vez les veo menos. Están siempre trabajando o en el colegio o en clase de baile, o con los amigos en la calle. ¡Siempre tienen algo que hacer! A mí me gusta que haya gente en casa. Nada más irse el abuelo, vino la abuela Manuela. Como está malita, pasa algunos días con nosotros y luego se va con mis tíos, y luego vuelve a venir para que mamá la cuide. La abuela no sabe jugar al parchís pero me cuenta historias de cuando trabajaba en el campo y salgo con ella a pasear. La abuela tiene el pelo corto y gris. Tiene la piel morena y muchas manchitas en las manos que se confunden con un anillo marrón que tiene muy bonito a juego con unos pendientes que sólo se quita para dormir. Me gustan las manos de la abuela Manuela. Las miro cuando cose, cuando une los agujeros de las medias sobre un huevo de madera y cuando busca entre las lentejas las piedrecitas para quitarlas y así luego ponerlas en agua para el día siguiente. Sus dedos son delgados y están un poco torcidos. Su piel está muy arrugada pero sus manos son tan bonitas como las de mamá, ¡claro, como es su hija! ¿Y yo…? ¿Las tendría igual?

La abuela siempre se está quejando porque los médicos le han dicho que no puede comer nada de sal. A mí me encanta sentarme con ella cuando come. He probado su comida sin sal y no me parece que esté tan mala, pero ella se pone como una niña pequeña y mamá, en esos momentos de la comida, le habla como si lo fuese de verdad.

–Buagggg, ¡pero Dios mío, Señor! ¿Por qué este castigo? Anda, alhaja, dile a tu madre que me traiga un poquito de sal, aunque sea sólo una pizquita… Está tan soso que prefiero no comérmelo…

–Mamá… la abuela me ha pedido que le ponga un poco de sal, pobrecita, déjame que le ponga un poquito…

–Madre, ¿es que no lo entiende? Que no es bueno para usted.

–Hija, deja a la niña que me ponga unos granitos con sus muñoncitos… sólo eso… ¿Qué mal me puede hacer? Prefiero durar menos y disfrutar lo que me queda, y esto que no sabe a ná…

Me encantan las pipas de calabaza de la abuela. Mamá dice que como tienen menos sal que las normales, la abuela puede comerlas. Parece un loro; las pela una detrás de otra, yo

intento imitarla pero no puedo hacerlo tan rápido, para cuando yo he cogido una, me la meto en la boca y me la coloco entre la lengua para abrirla con los dientes, ella ya se ha comido cuatro.

–¡Ay, alhaja! Esto ¡ni los monos lo comerían!; ¡¡¡donde estén unas buenas pipas saladitas!!! ¡Pero nada, me ha caído esta cruz! ¿Qué le vamos a hacer?

Eso lo dice cuando ya se ha acabado casi entera la bolsa. Siempre hace lo mismo.

Con la abuela Manuela he aprendido lo difícil que es guardar un secreto.

Ayer mamá nos ayudó a las dos a bajar las escaleras. Yo ya me he acostumbrado a doblar un poco más la rodilla de la pierna nueva pero mamá prefiere que estemos cerquita para vernos desde la ventana, la abuela anda también muy, muy despacio, así que sólo vamos hasta el parque que hay justo enfrente. Tres árboles y un banco de madera, lo suficiente para que ande algo y que le dé un poco el aire. Aunque mamá a veces nos mira desde la ventana, yo me siento mayor porque es como que soy yo la que llevo a la abuela a la calle y me preocupo de avisarla si hay algún escalón o alguna piedra en el suelo con la que se pueda tropezar. La semana pasada, al llegar al parquecito, vi que la abuela se metía la mano en el bolsillo de la toquilla de punto negra y morada que siempre se pone para salir y que por supuesto se la ha hecho ella misma. La volvió a sacar y se la llevó a la boca.

–¡Abuela! ¡Si eso es una pipa…!

–¡Uy, no sé qué hace aquí, hija! Se ha debido de quedar en el bolsillo del otro día. No es nada…

–Pero abuela, si no es de las tuyas ¡Es de las de sal!

–Sí, pero mira, son sólo tres o cuatro que tengo aquí, y no las voy a tirar. No le digas nada a tu madre. Es un secreto entre tú y yo, no se lo puedes contar a nadie ¿Vale Alhaja?

Antes de acostarme, fui al perchero de la entrada. Allí estaba la toquilla morada colgada. Me acerqué y miré en el bolsillo. Había una bolsita de plástico transparente ¡llena de pipas de las saladas!, con un rotito arriba para poder cogerlas. No dormí en toda la noche. Quería guardarle el secreto a la abuela pero ¿y si por mi culpa se ponía malita? Di vueltas y vueltas en la cama. Intentaba cerrar los ojos pero me imaginaba el bolsillo de la toquilla lleno de pipas y volvía a abrirlos. Esto no era como guardar el secreto a mis hermanas cuando fuman en el baño y dicen que es que tardan porque me están bañando, era mucho más importante. Por la mañana me desperté con la luz en la cara. Hacía un día muy soleado. La abuela seguramente iba a querer salir…

Mi hermana estaba, como siempre, hecha una croqueta en su cama. Sólo se veía el pelo largo y rizado encima de las sábanas.

–Sol… Sol… Soooool. ¿Estás dormida…?

–Ahora ya no. ¿No quieres dormir un poquito más?

–Es que necesito contarte algo.

Se dio la vuelta y ahora sí que parecía una croqueta rellena.

–¿Qué te pasa, Laralary?

–Es que… la abuela… La abuela, cuando estamos solas… la abuela…

Había prometido a la abuela no decírselo a nadie pero estaba tan nerviosa que pensé que mi hermana podía ayudarme, en ella podía confiar.

–La abuela come pipas saladas a escondidas…

¡Uff… lo que me costó decirlo! Esa mañana Sol nos acompañó al parquecito. Cuando vi que mi abuela se metía la mano en el bolsillo, le di a mi hermana con el muñón para avisarla.

–Abuela, sabes que las pipas son malas para ti.

–¡¡¡Ay hija mía, pero están tan buenas!!! Si sólo me como dos o tres, no más… por favor, no se lo digáis a mamá… si no me hacen mal…

–Pero nos tienes que prometer a Lary y a mí que sólo comes dos o tres, abuela. Será nuestro secreto pero prométenos que vas a cumplir con tu palabra.

–¡Ay, alhajas! ¡Cuánto os quiero!

23. Mi primer día de cole

Creo que a la gente, lo que le pasa, ¡es que le gustan mis muñones! A veces pienso que tengo poderes y puedo adivinar lo que están pensando. Cuando me ven, se quedan como

hipnotizados y un hilo invisible les tira del labio hacia abajo. ¡Clonk…! ¡Están tan graciosos! Entonces sé que en realidad se paran a pensar en cómo harían ellos las cosas si tuviesen muñones como yo. Si puedo, les enseño ¡que no es tan difícil! Pero a veces me canso de que me miren tanto, sobre todo cuando voy de paseo con mi familia o entramos a comer a un restaurante. Da igual si llevo o no las pinzas puestas, es entrar y como si tuviese un imán de miradas, todas se pegan en mí, todos hablan más bajo de repente y las cabezas se giran en mi dirección. Mi padre pide siempre la mesa más alejada. Noto cómo aprieta sus dientes y sus puños se cierran. Siento que lo pase tan mal. Yo disimulo y procuro no moverme mucho para ver si a la gente se le olvida y deja de mirarnos. Papá resopla, así que paso al plan b: cuando alguien me mira, le sonrío y entonces no tienen más remedio que devolverme el saludo; es como si se quedasen más tranquilos y dejan de mirar, otros se esconden inmediatamente, parece que no quieren mirarme a los ojos. Papá se relaja y vuelve a imaginarse que estamos solos en nuestra isla desierta.

Sí, a veces a mí también me gustaría ser como el hombre invisible o aparecer de un saltito en esa isla, comiendo arroz con tomate y rodeados de mar y de peces que bailan de alegría.

–Estimadas profesoras, profesores y hermanas… Estamos aquí todas reunidas para dar la bienvenida al nuevo curso del 78-79.

»Quiero también comunicaros que la dirección del colegio ha decidido aceptar a una niña nueva que tiene una discapacidad. Le faltan los dos brazos y una pierna. Sus dos hermanas ya llevan un tiempo estudiando con nosotras. Es todo un reto y también un deber ofrecer a esta nueva alumna la oportunidad de desarrollarse dentro de nuestra disciplina educativa.

»La niña lleva una prótesis en la pierna y puede andar sin mucha dificultad. También lleva unos ganchos ortopédicos a los que se está acostumbrando y que deberá llevar en clase siempre que sea posible.

–Pero madre, ¿está segura de que va a ser capaz de aprender a escribir con esos ganchos? Yo creo que al ser especial puede retrasar el ritmo de las demás alumnas.

–No te preocupes, Merche. Creo que la niña es suficientemente inteligente para no permitir que sea ella la que altere el ritmo de la clase. Además será Lita la que se encargue de ella durante el primer curso. A ti se te dan bien estos casos. Buenos días a todos.

Estoy contentísima. ¡Por fin voy a ir al cole! Mamá ya me está haciendo un babi. Es como una bata larga, no es muy bonito pero como es para ir a clase, a mí me gusta. Ayer fuimos a ver babis a una tienda de esas grandes en las que hay de todo. Mamá me compró uno pero sólo para copiarlo, dice que luego lo devuelve. Lo va a coser ella misma

con una tela que hemos comprado, es de cuadritos rosas muy pequeños. Me ha dicho mamá que es para que las pequeñas del cole no nos manchemos cuando dibujemos o hagamos trabajos manuales. ¡Pintar! ¡Mañana voy a pintar al cole! ¡¡¡Yuuupii!!!

–Estate quieta, hija, que al final te voy a pinchar con los alfileres.

–Pero mamá, es de manga larga. ¿Y cuando me quite los brazos en clase?

–Es que igual no te los quitas. Cuanto más tiempo estés con ellos mejor.

–Ya, pero ¿y si me apetece pintar con los muñones, o con el pie?

–No, hija, en el cole no puedes pintar con el pie. ¿Cómo te vas a quitar el zapato en medio de la clase y delante de todas tus compañeras? Tienes que intentar acostumbrarte a hacerlo todo con las pinzas.

–Ya, pero ¿y si me duele el pipi?

–Pues si te duele el pipi, le pides a la profesora que te los quite y ya está pero si no, es mejor que hagas todo con las pinzas como cuando vas a rehabilitación. ¡Cuando seas mayor vas a tener que llevarlos siempre!

–¡Jo, pues qué rollo!

–Pues mira, me acabas de dar una idea. Te pongo a media manga unos botones y cuando te quites los brazos, se te queda un babi de manga corta. ¿Qué te parece?

–¡Que eres la mejor, mamá!

Todos estaban nerviosos, el primer día de colegio suponía otra prueba importante para la pequeña. Todo iba a salir bien, estaban seguros de ello. Pero, por primera vez, realmente iba a enfrentarse ella solita al mundo.

–Sol… No tengo sueño. ¿Me lees un cuento?

–Tienes que dormir, Laralary, mañana te van a pasar un montón de cosas nuevas y tienes que estar descansada.

–Uno cortito… ¿Me puedo meter en tu cama y así lo leemos juntas?

–Vaaale. Uno cortito y en cuanto ponga fin, apagamos la luz.

–¡¡Te lo prometo!!

–Vamos a ver… este es de un señor que se llamaba Gianni Rodari.

–¡Pues vaya nombre!

–Es que era italiano. Y como pasaba mucho tiempo fuera de casa porque estaba trabajando, llamaba a su hija pequeña por teléfono todas las noches para contarle un cuento. Este se titula «Juan el distraído».

–Mamá, voy a dar un paseo –dijo Juan.

–Bueno, Juan, pero ve con cuidado cuando cruces la calle.

–Está bien, mamá. Adiós, mamá.

–Eres tan distraído…

Juanito se marchó muy contento y durante el primer tramo de la calle pone mucha atención. De vez en cuando se para y se toca.

–¿Estoy entero? Sí –y se reía solo.

Está tan contento de su propia atención que se pone a brincar como un pajarito,

pero luego se queda mirando encantado los escaparates, los coches y las nubes, y, lógicamente, comenzaron los infortunios. Un señor le regaña amablemente:

–¡Pero qué despistado eres! ¿Lo ves? Ya has perdido una mano.

–¡Andá, es cierto! ¡Pero qué distraído soy!

Juan se pone a buscarse su mano, pero en cambio se encuentra con un bote vacío y piensa:

«¿Estará vacío de verdad? Veamos. ¿Y qué había dentro antes de que estuviera vacío?».

Juan se olvida de buscar su mano y luego se olvida también del bote porque ha visto un perro cojo, y al intentar alcanzar al perro cojo antes de que doble la esquina, va y pierde un brazo entero. Pero ni siquiera se da cuenta de ello y sigue corriendo. Una mujer lo llama:

–¡Juan, Juan, tu brazo!

Pero Juan ni la oye.

–¡Qué le vamos a hacer! –suspira la buena mujer–, se lo llevaré a su mamá –y se dirige hacia la casa de la mamá de Juan.

–Señora, aquí le traigo el brazo de su hijito.

–¡Oh, qué distraído es! Ya no sé qué hacer ni qué decirle. Ya sabe, todos los niños son iguales.

Al cabo de un rato llega otra buena mujer.

–Señora, me he encontrado un pie. ¿No será a caso de su hijo Juan?

–Sí, es el suyo, lo reconozco por el agujero del zapato. ¡Oh, qué hijo tan distraído tengo! Ya no sé qué hacer ni qué decirle. Ya sabe, todos los niños son iguales.

Al cabo de otro rato llega una viejecita, luego el mozo del panadero, luego un conductor de tren e incluso una profesora y todos traen algún pedacito de Juan: una pierna, la oreja, la nariz.

–¿Es posible que haya un muchacho tan distraído como el mío? –dice la mamá.

–Ah, señora, todos los niños son iguales.

Finalmente llega Juan, brincando sobre una sola pierna, ya sin orejas ni brazos, pero alegre como siempre, alegre como un pajarito. Y su mamá menea la cabeza, se lo coloca todo en su sitio y le da un beso…

–Y colorín colorado…

–¡¡Este cuento se ha acabado!!

–¿Te ha gustado?

–¡¡Sí!! ¿Te imaginas que me pasa a mí eso y se me caen las pinzas por ahí, y luego viene alguien a traérselas a mamá?

–Bueno, ahora… lo prometido.

–Vaaale, ya me duermo… Buenas noches, Sol.

–Hasta mañana, Laralary.

Como excepción y por ser el primer día que Lary iba a clase, Joaquín y Laly llevaron a sus tres hijas en coche hasta el colegio.

–¿Y dónde está vuestra clase?

–Está en otro edificio distinto de la clase de las pequeñas y el recreo también es diferente, así que no nos vamos a ver mucho, pequeñaja.

–Pero no te preocupes, cualquier cosa que necesites, dices que tu hermana está en séptimo C y voy a buscarte ¿vale?

–Bueno, ya hemos llegado. ¡Ya estás en tu cole como querías! Que te lo pases bien, hermanita. Adiós, papá.

–Adiós papá, adiós mami.

–Suerte con el examen de matemáticas, hija. Hasta la tarde.

–Adiós, Laralary… Y recuerda: ¡¡vuelve entera!!

–¡¡Vale, hermana, te lo prometo!!

¡Ya estoy aquí! Desde el coche miro mi cole. Me gusta. Es muy grande y está lleno de niñas. Suena una campana y todas van más deprisa porque empiezan las clases. Mientras aparcamos se ha quedado vacío.

–¡Vamos a llegar tarde!

–Tranquila, hija, como es tu primer día tenemos que pasar primero por admisión y entregar unos papeles. Ya saben que vas a llegar un poquito más tarde. No pasa nada.

Tenemos que andar un poco pero no me importa. En el cole hay cuestas que te suben de una planta a otra, como el scalextric. Me gusta. Me gusta mi cole.

La directora les recibió en su despacho para comunicarles un cambio de última hora.

–Buenos días, señores de León, hola, Hilaria. ¿Estás contenta de empezar el cole?

–SÍ… Muy contenta.

–Muy bien. Pues verás que vas a aprender mucho y vas a hacer muchas amigas aquí.

Mire, señor León, por la documentación que entregaron para formalizar la matrícula, hemos visto que la niña tiene nociones de letras y números y cumple los años en enero, así que hemos decidido que lo más adecuado es que pase directamente a la clase preescolar de 5-6 años y no a la de 4-5 como estaba previsto.

Padres, directora y alumna se acercaron hasta la clase definitiva de Lary. La madre Isabel llamó con sus nudillos suave pero contundentemente. Un solo toque y abrió la puerta. Inmediatamente todas las niñas se levantaron de sus sillas en señal de respeto

como así habían sido enseñadas.

–Merche, ¿puedes salir un momento, por favor?

–Claro, madre. Niñas, podéis sentaros. Id mirando la página dos de la cartilla, en silencio ¿eh? En cuanto vuelva leemos juntas.

Cuando la profesora salió se encontró con una pareja y una niña con una capa verde, cuando vio que asomaban unas pinzas metálicas bajo la capa, se quedó paralizada. Se había imaginado de mil maneras a aquella niña, pero verla tan pequeña y con esos ganchos la impresionó.

–Hola, buenos días, pensé que… bueno, que esta niña iba a estar en… en la clase de Lita…

–Sí, pero hemos decidido que por su nivel debe empezar en esta clase.

–Pero…

–Está decidido, Merche.

–Buenos días, señorita Mercedes. Mi nombre es Laly y él es mi marido Joaquín. No se preocupe. Lary es muy buena y está deseando empezar las clases. Sólo le pedimos una cosa: trátela igual que al resto, nada de favoritismos, ella es una más… no le hagan nada especial. En casa intentamos que ella se maneje buscándose sus propios trucos. Y lo sabe hacer muy bien. Así que descuiden que no se quedará sin hacer nada. Lo hará a su manera. Pero lo hará.

–Así será; aquí en mi clase las niñas precisamente aprenden a valerse solas.

Laly quitó la capita a su hija dejándola al descubierto. Directora y profesora se miraron, mientras Lary alargaba el cuello para descubrir desde la puerta a las que iban a ser sus nuevas compañeras.

–Ya verás qué bien vas a estar aquí con Merche. Me llamo Lita. Yo estoy en la clase de enfrente. También puedes pedirme lo que quieras, siempre que lo necesites. ¿De acuerdo, preciosa?

Digo que sí con la cabeza y sonrío un poco. Estoy escuchando lo que dicen, aunque en realidad estoy pendiente de lo que pasa ahí dentro. Hay un montón de niñas como yo. Están leyendo y se ríen bajito unas con otras. Hay varias mesas redondas y grandes y en cada una hay varias niñas sentadas. ¿Cuál será mi sitio? Me da un poco de vergüenza llegar así de repente.

–Está bien, entremos que debemos de continuar la clase… Encantada de conocerles y descuiden, que su hija estará bien aquí con nosotras.

–Pórtate bien, Larita.

–Y si tienes ganas de ir al baño, se lo pides a la profesora ¿vale?

–Sí, mamá. Adiós…

Merche le cogió a Laly la capa, puso su otra mano en el hombro de la niña invitándola

a pasar. Respiró hondo y se dirigió a la clase:

–A ver, niñas, Lary es nuestra nueva compañera y va a estar con nosotras durante este curso.

Veinte cabecitas se volvieron hacia la puerta. Se hizo el silencio y todas las miradas se clavaron en las pinzas. Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Lary.

–Mira, este es tu sitio y esta niña se llama Inés. Desde hoy ella va a ser tu compañera.

–Hola. ¿Cómo ha dicho que te llamas?

–Lary.

–¿Y por qué tienes esos ganchos tan raros?

–Pues porque no tengo brazos y me obligan a ponérmelos, pero yo me apaño mejor sin ellos. Ya te enseñaré.

–¿Y por qué no tienes brazos?

–Pues porque he nacido así.

–¡Ah!

Todas están escuchándonos y una niña de otra mesa también me pregunta. Parecen todas muy simpáticas. Me miran con curiosidad, pero yo les sonrío y ellas me sonríen.

–¿Y duelen?

–No. Me molestan un poco y dan mucho calor, pero tengo que acostumbrarme a llevarlos. Mira, se abren y se cierran.

–¡Ala, qué chulos!

–Bueno, a ver. Ya os habéis presentado, ya habéis visto los brazos de Lary y ahora ¡a leer! Página dos de la cartilla. Toma, Lary. Esta es la tuya. Pasa la hoja. ¿Puedes? ¡Bien! Empezamos por aquí… ¿La eme con la a?

–¡Ma…!

–¿La pe con la a?

–¡Pa!

Parecía que llevaba en clase y conocía a todas aquellas niñas desde siempre. A la media hora Lita, la otra profesora, asomó la cabeza por la clase.

–¡Merche! ¿Qué tal va la niña?

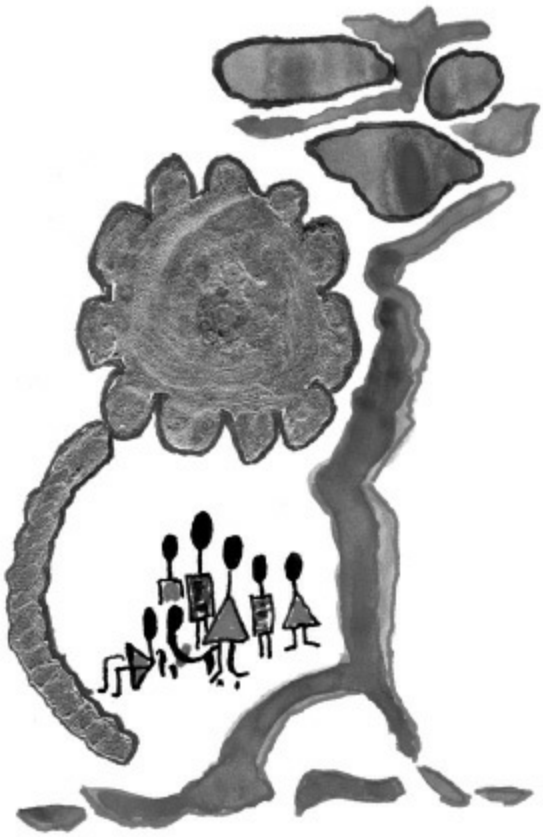
–¡Está feliz!

Y era cierto. Cada día, de camino a la parada del autobús, abrigada con su capa, Lary iba brincando sobre su pierna ortopédica al compás de una cancioncilla que ella misma había inventado:

–¡¡Soy Feliz, soy Feliz, soy Feliz…!!

Todas las mañanas se repetía aquella escena:

–¡¡Soy Feliz, soy Feliz, soy Feliz…!!



24. «Esto» ¿soy yo?

Una mañana, a las alumnas de preescolar, les sorprendió la revisión médica anual. Las niñas se disponían en fila para entrar en un cuartito que habían habilitado para que los especialistas (en la mayoría de los casos estudiantes en prácticas) inspeccionasen a las alumnas: pruebas de vista, revisión de oídos, oscultación respiratoria… Sin más, la profesora pidió a las niñas que fueran saliendo de clase y que se fueran poniendo en la hilera por orden alfabético.

–A ver… las que estéis cerca de la puerta id desabrochándoos el babi, por favor. Vamos fatal de tiempo así que tenéis que colaborar… que pase la siguiente, por favor.

–Nombre…

–Mª Hilaria León Molina, pero a mí me gusta más Lary.

–¿Y el babi? ¿No has oído que teníais que llegar aquí con él desabrochado?, así no acabamos nunca…

–Es que yo no puedo sola…

La enfermera en prácticas miró a la niña con las cejas alzadas y, como si le realizase un scaner, barrió con sus ojos a la niña. Dio un respingo cuando descubrió los ganchos metálicos.

–¡Ostras! ¿Y esto…? ¡Mira, Manuel! ¿Qué hacemos con esto?

Siento como alfileritos en el cuerpo. ¿Cuando ha dicho «esto»…«esto»… soy yo? No quiero hacerme esta revisión. No la necesito, yo ya voy al hospital muchas veces… Creo que voy a llorar.

–Quiero que vengan mis hermanas.

–¿Qué hacemos?, ¿te ayudamos a quitarte el babi? ¿Te duele si te tocamos? ¿Llamamos a la profesora? ¿Manuel, qué hacemos?

–Quiero que vengan mis hermanas.

–¿Cómo que tus hermanas? Mira, no te preocupes, que llamamos ahora mismo a tu profesora. No nos habían dicho nada de esto y ya lo que nos faltaba es que te envíen a ti sola con lo mal que vamos…

–Quiero que llamen a mi hermana. Está en séptimo C.

–Buenos días, ¿qué ocurre?

–¿Es usted la tutora de esta niña?

–Sí, ¿pero qué sucede? Ha venido una alumna para avisarme de que necesitaba ayuda. ¿Hay algún problema?

»Lary, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan seria? ¿Te encuentras bien?

–Seño, quiero que vengan mis hermanas. No me quito el babi hasta que no me ayuden ellas…

–Te ayudo yo…

–No. Por favor, quiero que vengan ellas. Séptimo C.

Su cara le extrañó. Nunca la había visto tan afectada y contenida.

–¡Pili, Gema!: id corriendo a séptimo C y decidle a la madre Carmen de mi parte que deje salir a alguna de las hermanas León, es una urgencia.

Cuando llegó su hermana Sol, ella la esperaba a un lado de la fila, apoyada en una columna, le echó sus brazos al cuello y rompió a llorar. Sol intentaba desenganchar las pinzas de sus rizos sin dejar de abrazarla y consolarla. Esa reacción no era normal en ella, así que tenía que haber pasado algo grave.

–A ver, Laralary. ¿Qué ha pasado? No llores que ya eres muy mayor…

–No quiero que ellos me quiten el babi. No quiero hacerme la revisión…

–Pero tienes que hacértela como todas tus compañeras. A ver, déjame que te seque estas lágrimas y tranquilízate. ¿Es sólo eso? Pero si es como cuando vas al médico… ¡Pues anda que no estás tú acostumbrada…! Si te ve mamá, no se lo cree…

–Sí, pero ellos me miran raro, y me han chillado, y no me ha dado tiempo a quitarme el babi, y no quiero hacerme la revisión, y quiero irme a casa, me duele la cabeza…

–Te duele del sofocón que tienes. Vamos al baño a beber agua, te tranquilizas un poquito y yo te ayudo ¿vale? Pero si además hoy llevas el vestido nuevo de nido de abeja que te ha hecho mamá… con lo guapa que estás… Tienes que quitarte el babi para que te lo vean… Y luego cuando te miren los brazos tú les haces eso que haces en casa de «¡¡puñosss fuera!!». Verás qué cara ponen y qué risa.

Lary reía con las lágrimas cayendo sobre su redondo moflete. Imaginarse la cara que pondrían al grito de Mazinger le había gustado.

–Entro contigo y les dejamos alucinados ¿vale?

25. De profesores y lecciones

Se iba acercando el buen tiempo y el sol que entraba por los grandes ventanales de la clase hacía que el calor dificultase el trabajo con los brazos ortopédicos.

–Señorita. Me pican mucho los brazos. Me sudan mucho y me pican. ¿Puedo quitármelos? Puedo seguir haciendo el collage con los muñones. Sé hacerlo.

–Está bien. Vamos al baño. Y vosotras calladitas. Vuelvo en un minuto. Voy a ayudar a Lary.

Merche le desabrochó el babi delante del espejo del baño. Desabotonó el vestidito y, por delante, sacó los brazos de las mangas. Entonces, descubrió el complejo mecanismo de cables y alambres tensores que conformaban aquellas prótesis.

–Antes de sacármelos hay que aflojar las correas de atrás.

–¿Cuáles? ¿Estas?

–No, eso no. La hebilla que hay en medio.

–Mira, yo no veo ninguna hebilla. ¿Esto?

–No. Llama a Inés. Ella sabe. El otro día estuvo en mi casa jugando conmigo y vio cómo funciona.

Merche se sorprendió al notar cómo poco a poco se le humedecían los ojos. Estaba muy impresionada por el peso y la cantidad de correas que tenía que soportar Lary a diario y, exceptuando el incidente del día de la revisión médica, jamás la había visto quejarse o llorar. Ahora era ella la que estaba a punto de deshacerse en lágrimas. Le parecía increíble la resistencia al sufrimiento de aquella niña, del mismo modo le parecía mentira que durante todo este tiempo ella misma no se hubiese dado cuenta del todo del gran esfuerzo que tenía que realizar a diario siendo tan pequeña. Tan cerca y tan ajena a esto. Ahora era consciente de que cada vez que Lary intentaba pintar, colgar su cartera o coger cualquier objeto, de forma disimulada bajo su babi y su cara de «no pasa nada», se ponía en funcionamiento todo un mecanismo de correajes, esfuerzo, rozaduras, peso, calor y tesón. Estaba realmente emocionada y en cierto modo avergonzada también; para una vez que Lary le pedía ayuda, se sentía impotente por no poder estar a la altura.

–Inés, ¿puedes venir un momento, por favor?

Entraron en el baño. Lary estaba haciendo muecas ante el espejo.

–Inés, ¿puedes aflojarme las correas?

–¿Así?

–¡Ayyy sí! Ufff, ahora ya puedo quitármelas. ¡Qué bien, muchas gracias!

Con toda la naturalidad, aquella niña le ayudó a quitarle las prótesis y sin dudar

comenzó a abrocharle también el vestido. Por primera vez la profesora vio cómo eran aquellos «muñones mágicos» de los que tanto hablaba Lary. Los movía con agilidad. Se quedó sorprendida al ver cómo se acercaba al lavabo y empujaba con el muñón izquierdo el mecanismo del grifo. Lo abrió y rápidamente puso los dos muñones bajo el chorro de agua. El alivio se reflejaba en su cara.

… y los nuevos descubrimientos fueron constantes.

–¡Seño! Lary dice que sabe pintar con el pie. ¿A que no se puede pintar con el pie?

–Pues no lo sé, si ella lo dice. Yo soy incapaz.

–Pues yo no me lo creo.

–No estoy mintiendo.

–A ver, pues si ella dice que puede escribir con el pie, es que podrá. ¿Quieres enseñárselo a todas cómo lo haces, Lary?

–¡Vale!

Lary se sacó el zapato del pie derecho ayudándose con la punta del izquierdo. Tiró una hoja al suelo y después una cera de color verde. La cogió entre sus dedos del pie y empezó a pintar una casa.

–¡Yo también quiero!

–¡Y yo!

–¡Yo también, señorita!

La profesora tuvo que ayudar a todas sus alumnas a quitarse los zapatos para que probasen. Era difícil y todas se quejaban de no poder hacerlo como Lary. Si se lo hubiesen contado hace unos meses, no daría crédito. El curso estaba resultando ser diferente y aquella corriente de inocencia, fantasía y originalidad supuso un aprendizaje práctico para todas sobre la fuerza de la mente. Querer es poder… sí, ella misma lo había aprendido.

26. ¡¡Rrrrradio chupetín!!
Pegada a la tierra

Me encantan los payasos. Papá me dice que lo llevo en la sangre porque un primo suyo es «El Gran Pepín León». ¡Uno de los más famosos de España!, me dice siempre. Mi favorito es Fofó. Me gustan los payasos de la tele.

–¡Hola, Don Pepito…! ¡Hola, Don José! ¿Pasó usted por mi casa?¡Por su casa yo pasé…! O la de… Una niña fue a estudiar, pero no podía estudiar porque tenía que planchar. ¡Así planchaba así así, así planchaba así así, así planchaba así así, así planchaba que yo la vi!

Me sé tooodas sus canciones. Pero lo que más me gusta es ir al circo. Cada vez que veo a los equilibristas saltar de un trapecio a otro, me imagino que yo estoy allí arriba y me encanta la sensación de volar. ¡Volaaaaaar! ¡Un día hasta me monté en un elefante! Al acabar la función papá pidió permiso para subirme. ¡Allí arriba me sentía tan pequeñita! Estaba altísimo y no quería ni pestañear para no caerme. ¡Qué sensación! ¡Cuando se lo cuente a mis amigas no se lo van a creer!

El sábado que viene, toca cine. La última que vi fue *El libro de la selva*, ¡¡¡Plátano baloom dos, tres, cuatro…!!! Yo lloro mucho en las películas, cuando pasa algo triste y cuando pasa algo muy bonito también. A papá le ocurre lo mismo. Intenta disimular pero yo le miro de reojo y veo una lagrimilla resbalar por su cara. Me gusta ver que somos iguales. Sonrío y saco la puntita de la lengua para parar las que me están cayendo por los mofletes. Son saladas, como el mar y las pipas de la abuela.

Pero aún falta para que llegue el sábado. Mañana vuelvo al cole. Ya ha pasado todo un año y empiezo primero de EGB. ¡Me siento tan mayor!

–Buenos días, niñas. Mi nombre es Lita. Algunas ya me conocéis porque estuvisteis conmigo en preescolar de 4 añitos y otras, me conocéis de vista. Ya estamos en primero y vamos a aprender mucho juntas durante este curso. Quiero que preguntéis todo lo que no entendáis y me contéis todo lo que necesitéis. ¿De acuerdo? Hoy vamos a empezar hablando de cómo habéis pasado las vacaciones. ¿Alguien quiere contárnoslo? Que levante la mano.

–Señorita, ¿vale levantar la pinza?

El murmullo de risas de sus compañeras fue instantáneo. Ya le habían hablado del humor de Lary, pero le había pillado desprevenida. La admiraba desde que entró en el

colegio. Admiraba a sus padres y sabía que era su deseo que fuese tratada como una más. No debía prestarle más atención pero era inevitable no hacerlo, la voluntad que ponía la niña y su afán de ser independiente en su situación y a tan corta edad, la maravillaba. Sabía que su curso iba a suponer un reto más para la niña porque las clases eran más largas, el resto de las alumnas cada vez más conscientes de las diferencias y porque en primero empezaban además las clases de gimnasia. Este tema había sido debatido ya en la sala de profesores.

–Pero ¿cómo una niña iba a hacer gimnasia sin tener brazos ni una pierna?

–Lita, yo te digo que para mí no ha sido una niña especial. Ella ha venido con su bolsita y su chándal como todas y será porque quiere hacerlo también. Lo hará diferente, pero tenemos que dejarla. Tiene soberbia y querrá, al menos, intentarlo. Si no puede, ya nos lo dirá ella.

–Sí, desde luego que hay que dejarla. Pero ¿y si se cae con esa pierna que le pesa un montón y con esos brazos que le rozan?

–Pues si se cae, se levantará y ya está… Y no te preocupes que ella misma te pedirá ayuda cuando realmente lo necesite. Te lo digo convencida y por experiencia, he aprendido mucho con Lary. Sé que va a conseguir lo que se proponga en esta vida…

Mamá me regaña cada vez que me caigo; dice que voy como loca y no tengo cuidado, a veces es verdad que se me olvida que la pata me puede fallar, pero por no aguantar la regañina, procuro ir muy atenta. Aun así, ¡zas! Me la pego. En un segundo me encuentro desplomada en el suelo. La mayoría de las veces me caigo hacia delante, como no tengo los brazos para frenar el golpe, yo pongo mis hombros. Así que antes de ir al cole y estudiar el cuerpo humano yo ya sabía que la clavícula no es el protagonista de una película de miedo, sino un hueso que tenemos entre el cuello y los hombros y que a mí se me parte cada vez que me caigo. Siento un «chas» y un sudor frío me recorre todo el cuerpo. Pero cuando me caigo, yo no lloro de dolor, mis ojos se llenan de lágrimas de rabia, por haberme caído, y de la impotencia, porque no puedo levantarme sola. Me quedo ahí, de morros contra el suelo inmóvil, hasta que alguien avisa a mis padres o alguno de mis hermanos para que me ayude a levantarme.

Creo que ya no quiero ser bailarina. Sol va a hacer ballet todos los sábados, a escondidas (porque papá no quiere que sea artista); ella también se cae mucho y trae los dedos del pie machacados de tanto bailar, así que yo, para uno que tengo ¡no quiero que se me quede así! ¡Ja…! En casa dicen que puedo ser enfermera porque me encanta ponerme el disfraz de la cruz roja que me regalaron por mi cumple. Pero yo he decidido que lo que quiero ser de mayor es ¡locutora de radio! Y hablar por la radio y hacer programas como los que escucha mamá por la mañana de una mujer a la que llama todo el mundo para pedirle consejos y ella se los da… Muchas tardes, juego con Joaquín a

hacer nuestro programa.

–Buenas tardes y bienvenidos a…

–¡¡Rrrradio Chupetín!!

–El programa está presentado por… Caperucita y…

–¡El lobo feroz!

–Lary, ¡digo Caperucita! ¿Qué tenemos hoy en nuestro programa?

–Hay canciones, cuentos, entrevistas y música y estaré muy contenta si lo pasáis muy bien con nosotros.

Cuando estamos solos incluso hacemos conexiones telefónicas como en la radio de verdad. Joaquín se va a la cocina y descuelga el teléfono y yo descuelgo el teléfono rojo del salón y lo pego a la grabadora.

–Y después de escuchar esta preciosa canción del grupo Parchís, tenemos aquí en Rrrrradio Chupetín al doctor Chiflado al aparato. Buenos días, ¿cómo está usted?

–Pues chiflado, señorita presentadora. Pero encantado de estar en Radio Chupetín, bonito nombre.

–Gracias, gracias, doctor. Usted siempre tan caballero. Hoy vamos a hablar de los dolores de cabeza.

–Sí, si a usted le duele la cabeza y descubre que le ha salido una flor en la cocorota, ¡por eso le duele la cabeza!

–Muy bien, qué sabio es usted… ¿Y qué nos recomienda, doctor Chiflado?

–¡Regar la flor… señorita…! ¡Le duele la cabeza porque las flores necesitan agua!

A mí me da la risa y no puedo seguir hablando. Entonces cortamos la grabación. Nos reímos juntos y volvemos a apretar el botón Play y el Rec.

–Muchas gracias, doctor Chiflado.

–Encantado, señorita floripondia… digo… Caperucita. ¡Hasta la próxima!

–Y ahora, en Rrrradio Chupetín, vamos a publicidad.

Y mientras Joaquín vuelve al salón yo hago los anuncios que antes nos hemos inventado. Es todo mentira, anunciamos cosas que no existen. ¿Eh? Es muy divertido.

27. Los mayores son un rollo

Con el estirón de los 6 años, la pierna empezaba a quedarse corta, los encajes de los brazos también comenzaban a estar ajustados y el extremo del muñón derecho volvía a causarle ciertas molestias. Tras hacer varias radiografías de cadera, las horas pasaban interminables para Lary en la consulta del ortopeda.

–Mamá… ¡Me aburroooo!

–Ya lo sé, Larita, sabes que venir a consulta es estar aquí toda la mañana, pero no podemos hacer nada.

–¿Mamá, me enseñas la foto que me han hecho?

–Claro, mira: este es tu cuerpo por dentro, estos son tus huesecitos, y como has crecido mucho, la pierna se ha quedado corta. ¿Ves que la cadera está un poco torcida?

–Sí.

–Pues está torcida porque tu pierna ya es más larga que la prótesis. Y por eso a veces te duele la espalda.

–Mira mamá, a ese niño le falta un brazo también.

–Sí, es muy bonito ¿verdad? Mira qué peto más gracioso lleva.

–Pero mamá, él tiene una manita al final. ¿Porqué le sale de ahí una manita?

–Pues porque ha nacido así. Ya sabes que algunos niños nacen rubios, otros morenos, otros con ojos azules… tú has nacido con muñoncetes y ese niño ha nacido como le ves.

–Sí, mamá, pero sus papás están tristes.

–Pues ¿por qué no les saludas?

Lary se bajó de la silla y se dirigió a la pareja que tenía justo enfrente de la sala de espera. Ella tenía al niño en brazos y le tapaba constantemente el bracito con una rebeca. En sus ojos se veía tristeza. El padre parecía contrariado. No hablaban entre ellos, sólo miraban de vez en cuando a su hijo.

–Hola, me llamo Lary. ¿Cuántos años tiene?

–Dos, Sergio tiene dos ¿y tú, cómo has dicho que te llamas?

–Yo Lary. Es muy guapo.

–Tú también eres muy guapa y tienes unos ojos muy bonitos, Lary.

–No estéis tristes. Yo con mis muñones puedo hacer muchas cosas. Voy al cole y pinto. Así que él va a poder hacer muchas más cosas todavía.

Dieron un respingo en sus sillas. El padre abrió sus ojos y pareció sonreír. La madre retiró ligeramente la rebeca, dejando tímidamente al descubierto la manita de su hijo.

–Si queréis, un día podéis venir a casa y os enseño mis dibujos, tengo muchos.

¿Verdad mamá que pueden venir? ¡A que sí, mami!

–Claro, Larita. Invítales a merendar si quieres. Buenos días, me llamo Laly. Disculpen el impulso de la niña. Ella es así… de espontánea.

–No, no… no sabe cuánto lo agradecemos. Llevamos dos años con Sergio y la verdad es que a veces es duro, tal vez aún no lo hemos superado. Al ver a su niña hemos visto un rayito de esperanza. Es tan natural, que es fácil ver que podrá valerse de mayor. Eso es lo que nos quita el sueño. Saber si nuestro pequeño…

–¿Quieren venir este fin de semana a tomar café a casa?

–Somos de fuera de Madrid. Venimos al hospital porque quieren intentar ponerle una prótesis. Así que nos vamos esta misma tarde porque Fran, mi marido, trabaja mañana. Y puedes tutearme, me llamo Marisa.

–Encantada, Marisa, encantada, Fran. Pues Lary ya no va a ir hoy al colegio, así que si ustedes quieren pueden venir esta misma tarde antes de ponerse en viaje. Mira, aquí viene mi marido. Trabaja aquí en el hospital. Joaquín, te presento a Marisa, a Fran y a Sergio.

–A sus pies, señora, encantado, señor.

–Van a venir a casa esta tarde a tomar café. Así Sergio y Lary podrán jugar.

–¿León Molina Hilaria?

–Sí, somos nosotros. Venga, Larita, que nos toca. Ahora, cuando salgamos, os damos la dirección por si os apetece venir. Vivimos muy cerca del hospital.

Lary entró en la consulta con sus padres. Nada más entrar, se ponía seria. Siempre lo hacía. No le gustaban las pinzas, pero menos aún cuando tenía que cambiarlas porque suponía tener que volver a esforzarse el doble hasta que los correajes y los mecanismos de las prótesis cogían cierta elasticidad por el uso. Tampoco le gustaba que el médico explicase a las chicas jóvenes que siempre había con bata blanca a ambos lados del doctor su historial médico. No le gustaba ser el centro de atención en aquella situación.

–Buenos días, familia León. ¿Cómo estáis?

–Bien, doctor, gracias. Ya vemos que usted sigue como siempre, estupendo.

–Bueno, quizá sea que algo se me pega de estas jóvenes estudiantes que me acompañan.

–Veo que no llevas puestas las pinzas, jovencita.

–Es que me hace daño en el muñón al estirar.

–Tomen nota: Paciente con ausencia congénita de antebrazos y pierna izquierda. Una meromelia terminal transversal común como ven. Al año y poco de edad, se le realizó una artografía de la cadera izquierda al observar que tenía el limbo invertido y posteriormente una reducción cruenta de la cadera previa tracción esquelética en tercio distal del muñón. ¿Me siguen…? Se le extirpa el limbo, plicatura de la cápsula, se

inmoviliza el miembro mediante un pelvipédico incluyendo un clavo de Steiman que mantuviese la rotación interna y ablución del miembro.

Yo no sé si le siguen o no pero estas dos chicas me miran de reojo cada vez que el doctor dice algo. Pasan sus ojos de arriba abajo como si tuviesen rayos X. Quiero irme ya. Pero ahora viene lo peor. El doctor se acerca y mete su dedo entre el encaje de la pierna y el muñón para confirmar que el encaje apoya en su sitio. Siempre lo hace. Noto entre cosquillas y dolor.

–Como ven, actualmente la niña se ha adaptado a una prótesis sencilla de correaje a la cadera y en las extremidades superiores, encajes de plástico, codo, pinzas articuladas y correajes de sujeción elástica.

–La pierna se le está quedando corta, doctor.

–Por eso hemos pedido que la viesen en rayos. ¿Te han dado las radiografías, Laly? Déjame verlas, por favor.

»Como podéis ver aquí, el fémur derecho de la paciente se encuentra ligeramente unos grados a nivel superior que el fémur izquierdo, eso puede descompensar la columna y provocar nuevos problemas a la paciente. ¿Te duele la espalda, jovencita?

–A veces cuando vengo del cole. Pero es que los brazos pesan mucho y me canso.

–Bueno, es sobre todo porque estás creciendo y habrá que hacerte unas prótesis nuevas. Pero ya sabes que cuanto más te las pongas, más te acostumbras.

–Pero es que yo puedo hacerlo todo más rápido con los muñones…

–Sí, y me parece muy bien, pero habrá cosas que no puedas hacer con los muñones y necesites hacerlas con las prótesis y por eso tienes que aprender a usarlas. Después, cuando seas mayor, ya haces lo que quieras, las usas o no las usas, pero hasta entonces tendrás que ponértelas por si acaso.

»Además tengo algo que contaros. Y ya que vuestra hija domina más o menos las prótesis, vamos a probar a ponerle unas manos que han llegado nuevas. Tienen el mismo mecanismo que las pinzas, se abren y cierran mediante la flexión del omoplato pero van enfundadas en unas manos de silicona que simulan perfectamente a una mano de verdad.

–¿Y para cuándo algo más sofisticado, doctor? He leído que en el extranjero hay unas prótesis eléctricas que funcionan a través de un chip instalado en la persona y que…

–Tranquilo, Joaquín, desde que nació tu niña, sé tu empeño en los últimos avances que se fabrican en Estados Unidos. El problema es que son demasiado pesadas para ella, y más en el caso de vuestra hija, al no tener los dos miembros posteriores y tampoco el inferior izquierdo, el peso le haría perder el equilibrio. Ya sabes además mi opinión al respecto: aún no están probadas fehacientemente y cualquier desperfecto o recambio de una pieza no sólo saldría costoso, sino que se tardaría tiempo en recibirlo… y si a un

paciente le acostumbras a llevar unas prótesis y valerse con ellas, no puedes permitirte que, por una avería, tenga que dejar de usarlas porque le sesgas toda la independencia que esas prótesis le dan.

–Mirad, son como estas. Tienen hasta las arruguitas de la piel y uñas… No son tan prácticas como las pinzas a la hora de hacer cosas pero son mucho más estéticas. Para el colegio seguirás llevando los ganchos y estas resérvalas para cuando vayas de paseo. Verás como nadie va a darse cuenta, Lary. Así si vas a saludar a alguien por lo menos no le impacta ver los muñones.

–Pues el susto se lo llevarán cuando me toquen y se den cuenta de que son de plástico. Yo prefiero darles mi muñoncete y que vean cómo soy… a mí me gusta.

–¡Vale Larita! Vamos a hacer caso al doctor y vamos a probarlas. A mí me parecen muy bonitas. Parecen de verdad y cuando seas mayor puedes pintarles las uñas. ¡Con lo que a ti te gusta!

–Además la prótesis de la pierna también va a llevar alguna novedad. Vamos a incorporarle una válvula que deje totalmente el encaje al vacío y no pueda escapársele al andar. Hace el efecto de una olla a presión. ¡Este año vas a estar de estreno, Lary!

«Genial»: Pierna nueva y brazos nuevos a la vez… ahora sí que voy a parecer un robot auténtico. Y encima papá y mamá cada vez me dejan estar menos tiempo sin la pierna en casa. Cuando puedo, voy saltando de un lado a otro. Me gusta. Me siento libre como un cangurito, pero dicen que puedo hacerme daño en la pierna y que sólo tengo una y bla, bla, bla…

28. Cumpleaños feliz

Poco a poco, los nuevos mecanismos iban cogiendo elasticidad con el uso, pero el trabajo extra que Lary debía hacer con todo su cuerpo, especialmente con sus muñones al utilizar los brazos ortopédicos, favorecía que el hueso de la extremidad derecha volviera a dar señales de vida debajo de la piel. En el colegio, la profesora llegó a ingeniar un truco para que no se le escapase el lápiz de los ganchos constantemente y así el esfuerzo fuera menor. A Lary le gustaba hacerlo todo lo mejor posible y tardar el mismo tiempo que sus compañeras. A pesar de las dificultades que tenía, pocas veces terminaba la última, la primera tampoco, pero eso no le importaba.

–Seño… Se me ha vuelto a caer…

–Mira, vamos a probar a hacer una cosa, si te parece, Lary.

La profesora se acercó a su pupitre soltándose su larga coleta de pelo denso.

–Cuando tengamos que escribir, vamos a enrollar una gomita de estas del pelo así en las pinzas para que sujetes mejor el lapicero. ¿Puedo? Vamos a ver… aaasí… ahora metemos el lápiz aquí entre medias para que quede seguro, lo ponemos hacia abajo para que puedas escribir bien… Así… inténtalo ahora…

–Sí, va bien. ¡Qué gusto que no resbale…! ahora mucho mejor… ¡Gracias, seño!

Las demás niñas miraban atentas. Sabían que Lary era distinta pero podía hacer las mismas cosas, a veces de diferente forma. Tan sólo una de sus compañeras tardó en aceptar sus pinzas metálicas.

–No, no te acerques que me da cosa…

Lary subía sus brazos y se burlaba.

–Uuuuu… ven aquí…

La niña no podía resistirse y se reía pero añadía:

–Es que… cuando te las pones. ¡Parece que no eres humana…!

Lary «contraatacaba» con una de las suyas e intentando perseguir a su compañera bromeando.

–Soy la hija de Frankenstein… ven aquí…

Entonces la niña rompía en carcajadas y comenzaban a bajar una detrás de la otra las rampas del colegio diciendo con voz de ultratumba:

–«Soy la hija de Frannnnkenssssteinnnn…»

Este ritual lo repetían casi a diario. Con el tiempo y a través del juego, Miriam perdió el miedo a los hierros de Lary.

En el comedor, sólo si llevaba las pinzas puestas, permitía que las profesoras o la

madre Eusebia, encargada del comedor, le abriesen el termo. Le volcaban en el plato la sopa y le metían entre la gomita de las pinzas la cuchara. Ni un grano de arroz se le caía. No requería mayor atención en la hora de la comida, eso sí, cuando le entraba la risa floja, contagiaba al resto y no había quien la parase.

¡Por fin es viernes! Lita nos lleva al autobús. Nos va dejando a cada una en un bus diferente según donde vivimos; se asegura de que nos quedamos bien sentadas hasta llegar a casa. Estamos en la fila para subir. Siempre hay una señorita que pasa lista y que nos regaña cuando hacemos mucho jaleo en el viaje. La llamamos la Rotenmeyer, porque se parece a la profesora de Heidi… con unas gafas y unas pulgas igualitas, igualitas… ¡Pero ella no sabe que la llamamos así…! El escalón para subir al bus es muy alto, así que me tengo que agarrar a una barra de la puerta para coger impulso. Detrás de mí está Susana, aunque va a un curso más que yo, vive en el barrio.

–Mira el agujero que tiene en la media Rotenmeyer…

Cuando me estoy abriendo la pinza y agarrando con ella la barandilla de la escalera, miro las piernas de Roten… y no me doy cuenta de que los ganchos se me sueltan justo a medio paso… ¡Uinchhhhh! ¡Que me voy para atrás…!

Siempre que me tropiezo o me caigo siento como si mil hormigas echaran una carrera por mi cuerpo. Noto un sudor frío. Menos mal que nadie me ha sujetado ni la seño me ha dicho nada. Sé que se han asustado tanto como yo porque me podía haber dado un buen castañazo, pero eso me pone más nerviosa todavía. Saben que voy a intentarlo otra vez yo solita. Me quedo seria y vuelvo a enganchar las pinzas en el barrote. Ahora sí…

En el autobús también va Estela, es de mi clase, desde el mes pasado nos han sentado juntas y a veces también vamos juntas en el bus. Vive cerca de casa y la semana que viene celebra su cumpleaños.

–Casi te pegas un tortazo ¿eh? A la Rotenmeyer se le han saltado las gafas del susto… ja, ja, ja…

–¡¡Lo que le faltaba…!! Ja, ja… ¿Te sientas conmigo?

–Vale…

Ya estamos todas. Arranca el autobús.

–Estela…

–¿Qué?

–¿Puedo contarte algo? Pero me tienes que prometer que no se lo dirás a nadie…

–Te lo prometo…

–No, ¡júramelo!

–Te lo juuuro…

–Es que, me han dicho algo que es muy raro y yo no me lo creo… Inés me ha dicho, que le ha oído a su madre, que la tuya… no quiere que me invites a tu cumple porque no

tengo brazos y no sabe cómo tratarme y que los niños van a asustarse… y yo no me lo creo porque nosotras somos amigas y además ahora nos sentamos siempre juntas…

–Lary…

–¿Qué?

–Que… es verdad. Mi madre dice que le da cosa que vengas. Yo ya le he dicho que tú puedes comer las chuches sola y beber sola… pero dice que le da pena verte y que no puede remediarlo…

–¡Ala! ¡Inés tenía razón!

–Lo siento… yo quiero que vengas ¡y se lo he dicho!

–¿Vais a jugar a las tinieblas?

Las dos amigas se encogieron de hombros con sonrisa cómplice y de dientes mellados.

«A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo jamás preguntan sobre lo esencial del mismo, nunca se les ocurre preguntar ¿qué tono de voz tiene? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas? En cambio preguntan: ¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre? Solamente con esos detalles creen conocerle…»

ANTOINE DE SAINT EXUPÉRY (*El Principito*)

29. La pícara viborita

Cuando llego del cole lo primero que hago es quitarme los brazos.

–Mamá, ¿me ayudas a desabrocharme la pierna, por favor! ¡Uff… Por fin libre!

Me saco el pie del zapato y tiro del calcetín… ¡¡Cómo me gusta estar descalza!! Y luego meto los muñones bajo el grifo… ¡Ainssh, qué gusto!

Mientras meriendo, veo los dibujos. ¿Que cuáles son mis favoritos? ¡Uy!, tengo muchos… Barrio Sésamo, La Hormiga Atómica, El Oso Yogy, El Lagarto Juancho. Y… sobre todo ¡Laaaa Pícara Viborita!! Cómo me río!, me paso toodo el día imitándola… «¡¡¡Soy la pícccara viborita!!!» y hago con la lengua… blrblrlbrd igual que ella.

Después de hacer los deberes, y si no estoy cansada y no tengo rozaduras de la pierna, quedo para bajar un rato a la calle. Me gusta mi barrio, en cada planta del edificio donde vivo hay otros niños de mi edad y hemos formado una súper pandilla.

–Mamá, voy a la calle.

–Muy bien, pero ¿con quién vas a estar?

–He quedado con Olguita, Jesús, Mari Carmen, Carlos y Mabel… Ah… ¡y Pablo!

Pablito es muy guapo… y siempre lo dejo el último para hacer que se me olvida… así es como disimulo.

–Bien, pero con cuidadito y sin correr ¿eh?… que siempre vas como loca…

Somos una gran panda y cuando estamos todos jugamos al rescate o a la serie *V*. Yo siempre me pido ser Dyana, la lagarta mala, sí, esa que se come los ratones como si fueran pepinillos en vinagre. A mamá no le gustan los ratones… está obsesionada con encontrar sus cagaditas cuando vamos al trastero donde guardamos mis libros y juguetes viejos. Tampoco le gusta que juegue a correr porque me caigo y ya me he roto las clavículas varias veces, pero ¡es que si no corro no puedo jugar con los demás! Así que en esto, tampoco le hago mucho caso.

Me encanta el béisbol, todos quieren que esté en su equipo ¿Y… sabéis por qué? Pues porque no uso bate; yo le doy a la pelota con mi muñón izquierdo así, ¡a lo beeeestia! Lo hago con tanta fuerza que hasta a una tortuga con muletas le daría tiempo a recorrer el campo entero. El pipi ni lo muevo, si me roza algo me muero de dolor, así que sólo utilizo el izquierdo, que luego se me queda rojo, rojo como un tomate de pera (como los que me gusta comer en la playa); me escuece por la noche… ¡Mucho! Y entonces es cuando viene lo de…

–¿Pero hija, por qué eres tan brutita?

Pero los consejos de mi madre en mi cabeza se mezclan con los gritos de mis amigos,

y… claro, veo que viene la pelota hacia mí, abro bien los ojos, aprieto los labios y le doy con todas mis fuerzas.

–¡¡Toooma!!

–¡Bien dado, Lary!

–¡Corre, corre… Carlitos!

–¡¡Biennnn!!

Al terminar, cuando me toca subir las escaleras de casa, me doy cuenta de que estoy muertita de cansancio… ¡¡Uff y encima todavía voy por el segundo piso…!! Aún me queda una planta más… y voy de escalón en escalón… a veces intento dar una zancada con mi pierna y subir dos escalones de golpe, después arrastro la pata. ¡Y uno que me ahorro! El muñón me empieza a hacer pum, pum, pum pum… lo tengo súper caliente… pero ¡hemos ganado!

La pierna nueva pesaba aún más que la anterior y los brazos cada vez le daban más problemas. El uso continuo de las prótesis en el colegio, en casa y en las citas de rehabilitación a las que seguía asistiendo viernes tras viernes, favorecía el roce entre los encajes ortopédicos y el hueso lápiz del muñón derecho.

En ocasiones, la profesora tenía que quitarle los brazos, en plena clase, darle polvos talquistina para aliviar el picor y limpiar el extremo de su muñón derecho, que le supuraba a menudo con el ejercicio. Finalmente Lary tuvo que volver a ser intervenida quirúrgicamente al acabar el curso y así sucedió repetidamente durante los siguientes tres años.

Hoy después del colegio mamá y yo vamos al hospital, toca rehabilitación. Allí nos espera Mª Jesús. Tiene el pelo muy negro y los labios pintados de fucsia a juego con sus uñas largas, largas, largas como las de las brujas de los cuentos. Yo creí que unas uñas no podrían crecer tanto, pero nada es imposible y ella las tiene kilométricas. Me da un poco de risa cómo habla: tiene la voz tan ronca como si se hubiese tragado un hombre y repite todo el tiempo las palabras «de miedo» y «maravillossssso», así… con muchas esssses.

–Hola, Lary… ¡¡Pero si hoy vienes de mieeedo con ese vestido!! Es maravillosssssso…

Y eso nada más llegar… Ejem, como estoy viendo que no me puedo aguantar, disimulo mirando hacia el techo… Como si allí arriba hubiese algo ¡entretenido! Entonces noto cómo Mª Jesús se acerca y me mira fijamente, ahora abre exageradamente sus ojos mostrando tanta parte blanca como puede. Parecen dos huevos. ¡Ains, maaadre mía! Siento dos cosas:

1. Una especie de tos que me ahoga y que me esfuerzo en ocultar, estoy segura de que en cuanto la suelte de mi pecho se va a convertir en una gran carcajada.

2. Mucho miedo a que se me escape esa carcajada y Mª Jesús se convierta en la madrastra de Blancanieves.

–Bueno… Hoy lo vamos a pasar de miedo…

–(… y van dos…)

–Tengo una sorpresa preparada para ti. Como me ha dicho un pajarito que te gustan las labores, ¡mira qué cuadro tan maravillossssso vamos a hacer en punto de cruz…!

–(… Ahora van tres…)

–¿A que es precioso, divino… maravillosssso?

Y… yo pienso: ¿pero qué pajarito se va a acercar a esta mujer y además tener el valor de contarle algo? ¿Un cuervo?

Entonces, coge con la punta de sus uñas el pico de una sábana blanca y al tirar de ella aparece un caballete con una tela de cuadritos pequeñíísimos en la que hay dibujados dos loros; dos loros (como los que me gustaban a mí de pequeña y que veía desde el taxi), dos loros con infinitas plumas de infinitos colores…

–¡Tachán!

Pero yo sólo veo los puntitos y puntitos por los que hay que pasar la aguja una y otra vez, una y otra vez para hacerlo y el montón de ovillos de lana que hay colocado al lado. Ya no me río.

–Pero… ¡Esto con las pinzas me va a llevar años!

–Nooo, Lary, ya verás, va a ser maravillosssso… ahora lo ves muy complicado pero te van a quedar estupendos, vamos, más que maravillossssos, estos loritos tan monos. Y así, punto a punto, ejercitaremos la precisión con las prótesis.

En dos horas de terapia, 18 «de miedos» y 35 «maravillosssssos» contados, conseguí rellenar ¡sólo cuatro cuadraditos con la lana roja!, y me gané ir derecha a la ducha al llegar a casa… Menos mal que mañana es sábado y puedo descansar porque voy a tener unas agujetas.

¡¡Sí, sí…«maravillosos los looo-ri-tos»!!

1980

Pruebas psicopedagógicas aplicadas a la alumna Hilaria León Molina

Consejo de orientación:

«Una vez vistos los resultados obtenidos por Mª Hilaria en las pruebas psicológicas realizadas, se puede concluir el siguiente informe: tiene un buen nivel de conocimientos básicos, lo cual le puede facilitar un buen aprendizaje escolar; también la vemos muy centrada con los elementos concretos del ambiente que la rodea y su razonamiento lógico-deductivo es normal […]»

«[…] En cuanto a su carácter, vemos que es una niña que generalmente se muestra cordial y atenta, encontrándose madura a nivel emocional, sin parecer

demasiado nerviosa. Tiene una gran vitalidad y parece bastante impulsiva, lo que no le impide aceptar bien las normas del grupo. Se muestra inquieta pero bastante segura de sí misma. Es poco espontánea y suele actuar con **picardía**.»

1982

¡Por fin he terminado mi labor de los loros! He intentado hacerlo muy bien pero sobre todo, sobre todo, lo que quería era terminar, así que… no me ha quedado más remedio que recurrir a mis trampitas. Sí, a escondidas… he utilizado el pie… Bueno, también los muñones… ¡Y lo hubiese hecho hasta con la boca con tal de acabarlos de una vez! Me han llevado dos veranos los lo-ri-tos… ¡Pero lo he conseguido! A mi manera, eso sí… pero lo he hecho.

Los loros tienen sus plumas de colores terminadas para volar lejos… muy lejos.

LEON MOLINA, HILARIA

SEGUNDO E.G.B.

24 | 1.980-81 | 146

RASGOS BASICOS DE PERSONALIDAD

AFABILIDAD
ESTABIL. EMOCIONAL
EXCITABILIDAD
DOMINANCIA
VITALIDAD
ACEPTACION NORMAS
SOCIABIL. ATRACTIVO
DEPENDENCIA AFECTIVA
INDIVIDUALISTA

DEPARTAMENTO DE ORIENTACION

PERSONAL Y CONFIDENCIAL

Dossier:

A los padres:

Les comunicamos, a continuación, nuestro parecer respecto a las pruebas psicológicas aplicadas a su hijo/a HILARIA

Corresponde a ustedes, de acuerdo con su hijo/a, tomar la decisión final. Quedamos a su disposición para una información más detallada, si así lo desean. Será un placer ayudarles en lo que podamos.

CONSEJO DE ORIENTACION

Una vez vistos los resultados obtenidos por Hilaria en las pruebas psicológicas realizadas, se puede concluir el siguiente informe: tiene un buen nivel de conocimientos básicos, lo cual le puede facilitar un buen aprendizaje escolar; también le vemos muy centrada con los elementos concretos del ambiente que le rodea y su razonamiento lógico-deductivo es normal.

Si bien encontramos que no posee una buena orientación espacial, tiene bien adquiridas las técnicas de base - lectura y escritura -, aunque su discriminación lectora es algo baja, pero en el resto de las áreas su rendimiento es bueno. Convendría que realizase -- ejercicios de orientación de figuras en el espacio y comprensión lectora, manejo del diccionario, etc.

En cuanto a su carácter, vemos que es una niña que generalmente se muestra cordial y atenta, encontrándose madura a nivel emocional, sin aparecer demasiado nerviosa. Tiene una gran vitalidad y parece bastante impulsiva, lo que no le impide aceptar bien las normas del grupo. Se muestra inquieta pero bastante segura de sí misma. Es poco espontánea y suele actuar con picardía.

30. Los cristales bien limpios y los zapatos, si son de tacón, mejor

¿Os he dicho ya que me encantan las ventanas? Los paisajes y el interior de las casas tienen un matiz especial a través del cristal; es como ponerle un marco a la vida que permite verla con más precisión, desde fuera, desde dentro, en un contexto, con el espacio suficiente para reflexionar y sentir lo que ves con otra intensidad. De pequeña mi obsesión era pasarles el paño con mis muñones una y otra vez; mi afán era dejarlos relucientes y así podía pasarme horas. Me descubría a mí misma, mirándome fijamente a los ojos, como quien descubre a otra persona, intentando encontrar algo, realizando un diálogo interno, cara a cara reflejada en la hoja de la doble contraventana del salón o de mi cuarto.

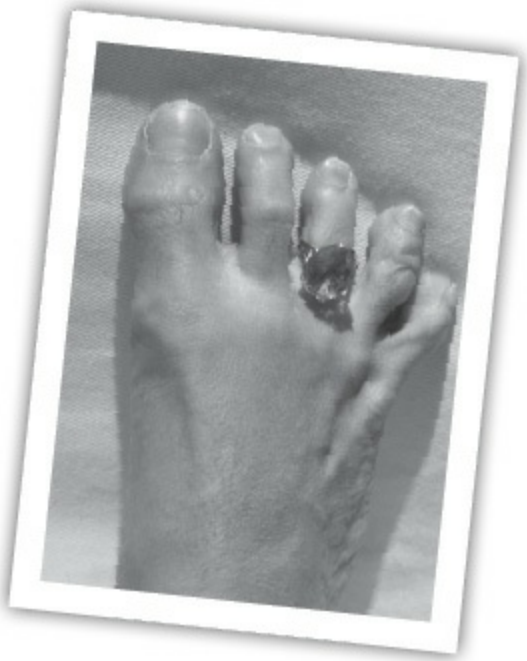
Aún hoy, a los 39 años, me sorprendo haciéndolo. Mis preferidas: las ventanas altas, con poyete para poder sentarme, me atraen especialmente los ventanales muy, muy estrechos que enmarcan paisajes verticales; que unen tierra y cielo a través de infinitos conductos, invisibles a primera vista, pero que se conforman como el laberinto de un tomate abierto en dos y que se muestra tal cual sin hueso, sin cáscara… Eso es lo que veo cuando me quedo ensimismada mirando por la ventana.

Cada mañana, ante el espejo, realizo el ritual de maquillarme, tal y como hacía de pequeña. ¡Pero ahora ya no le quito los pintalabios a mi madre! Lo hago en el baño de mi casa, la que comparto con mi pareja desde hace dieciocho años; mi sombra de ojos oscura, el rímel, mi raya perfilada y un toque en los labios. Ya no uso las pinzas. El efecto que producían en el hueso del muñón derecho me ayudó a que definitivamente confiaran en mí, en mi particular y natural forma de hacer las cosas, por mí misma. Nada más terminar la labor de los famosos loros, volaron con ellos para siempre. Así que, para peinarme, utilizo el truquito del reloj de pulsera: me pongo un reloj cualquiera y la correa me sirve para meter entremedias el cepillo y también el tenedor, o la cuchara y así puedo comer o peinarme utilizando sólo mi muñón izquierdo. Me peino, me alboroto el pelo… ¡¡y a trabajar!!

Os confieso que a veces en casa sigo poniéndome anillos en el dedo del pie (lo de fumarme los bolis no ¿eh?) y que he tenido que esperar a los treinta y tantos para, por fin, poder ponerme zapatos de tacón, gracias a un nuevo modelo de pie que se articula en función de la altura del calzado. ¡Qué descubrimiento! Ese mismo verano, me compré 3 o 4 pares de zapatos. ¡De tacón, por supuesto! Fue justo antes de proponerme escribir este libro. Me encanta ver cómo mi pie femenino se estira y se tensa con mis nuevas

alpargatas de súper alza.

Cuando me miro al espejo me gusto bastante. Cuando me visto, me miro por delante, por detrás, de perfil… Me veo entera, no echo en falta nada. Soy yo



31. La manta de agua y estrellas

Es curioso, al releer estas páginas me siento a los dos lados del cristal al mismo tiempo, una especie de desdoblamiento que me hace tener conciencia de lo simple que es, en esencia, todo lo complejo.

Y así es como veo mi vida desde el día en que nací en base a mis recuerdos, mi imaginación y mi particular modo de sentir. Donde no llega mi memoria llegan las palabras puestas en boca de seres a los que adoro y que me dieron la bienvenida envolviéndome en aquella manta tejida en angora; una manta tan cálida como fácil de extender y que me ha permitido moverme libremente sobre ella y sobrepasar también el límite de sus bordes trenzados en color amarillo.

Mi manta era tan mágica como la alfombra de Aladín, así que nunca lo envidié, yo también podía volar de un lugar a otro sin necesidad de tener alas. Rápida y tenaz mi mantita me protegía y a la vez me ayudaba a ser cada vez más libre. ¿Cómo? Ofreciéndome la oportunidad de crecer, de mezclarme con diferentes paisajes y gentes que han curtido día a día mi piel y todo lo que ella envuelve. Infinitos registros, ricos en sensaciones y reacciones que se han adherido a mí como la capa de escamas que forma mi «cola de sirena».

No todos «esos mundos» eran igual de idílicos, pero ahí estaba mi manta, siempre dispuesta. Esperaba atenta a que yo, en tan sólo un par de saltitos, me subiese sobre ella y entre guiños y risas emprender de nuevo el vuelo, eso sí, siempre un vuelo corto para no distraernos entre nubes. Enseguida sentíamos el deber de volvernos a posar tanto en viejas como en nuevas tierras; de observar y sentir las sorpresas que le dan peso a la vida, como el maletín de acuarelas de mi abuelo; su gravedad es el resultado de la variedad de colores, tonalidades y mezclas; una paleta de experiencias que puede resultar en ocasiones agridulce. ¡Como los pepinillos que tanto me gustan! Para estos casos, mi manual de instrucciones dice así: «disuelva el pincel en agua y transforme el borrón en algo bello» ¡Un pez, por ejemplo! A mí me funciona. Cierro los ojos y me dejo llevar por cadenetas de ilusión, flanes de piedra, y clavículas de goma. Sonrío.

–… Soy feliz, soy feliz, soy feliz…

Y mi mantita sigue ahí, en mi armario sin llave, cuidadosamente enrollada y guardada; seguimos viajando juntas. Sus cuadros ahora enmarcan y concentran lo vivido, como las murallas de las ciudades medievales que tanto me inspiran. En ocasiones, en el ya desgastado tejido central se vislumbra un sinuoso movimiento de olas, un destello de color azul nocturno con estrellas plateadas. A su alrededor el trenzado, ya suave por el

paso del tiempo, permite adivinar dos espirales, una a cada lado. Ambas espirales siguen cerrando sus vueltas a la par que mi manta conserva su magia, dispuesta como siempre… por si acaso.

Victoria de Samotracia

De Padres a Padres

JOAQUÍN: «Ante los problemas todos nos superamos, es lo que empuja al mundo: la necesidad, la falta de algo es lo que te empuja; puedes hundirte… pero hay que tener voluntad y salir».

LALY: «Cuando uno es padre, reacciona totalmente diferente. No hay recetas, tiene que salir de uno mismo… Mi fórmula quizás ha sido luchar, criarla como a una hija más. No todo siempre sale perfecto y hay que aceptarlo. Lary se convirtió en mi prioridad pero con toda el alma».

JOAQUÍN: «Yo no me considero ni más ni menos que otro padre. Creo que yo no he hecho nada especial».

LALY: «Emiliano, el celador del hospital, me explicó que es como cuando haces croquetas, todas tienen la misma masa pero no sabemos por qué, cuando están en la sartén, unas se rompen y otras no… Pero todas están ricas porque tienen los mismos ingredientes. ¡Nada más verla me pareció preciosa! Lary nació con fuerza, con coraje, era obediente y disciplinada, desde pequeña sabía lo que quería y lo que no, y eso nos ayudó mucho a seguir el camino correcto».

JOAQUÍN: «Por aquel entonces, había familias que escondían a un bebé si nacía con alguna malformación, no le sacaban a la calle, se señalaba a las familias. ¡A las propias criaturas! Después de 39 años las cosas han cambiado, mentalmente y en cuanto a avances tecnológicos».

LALY: «Fuimos muy exigentes con Lary. No hay que justificar constantemente la merma. Ha sido una niña feliz. Aprendió a contestar a la gente que se le quedaba mirando. Como padres, dejamos que esa aceptación fuese natural, con tu propio ejemplo, aunque a veces cueste y sea duro».

JOAQUÍN: «Llevarla a un colegio especial, como nos recomendaron, me parecía nefasto. Si nos viéramos por dentro, todos tenemos una tara… aprendemos los unos de los otros de nuestros propios defectos… pero si de pequeño te apartan, te están condenando».

LALY: «Yo no me he quejado nunca de los días que pasamos en el hospital, de las noches sin dormir sentada en una silla… Ahora me alegro muchísimo cuando ella me cuenta, por su trabajo con los niños de los hospitales, de los avances que ha habido en ese sentido y sé que disfruta siendo parte de ese cambio».

JOAQUÍN: «También nosotros hemos ido cambiando. Yo lo que quería era verla feliz y cuando decidió no utilizar más los brazos, lo entendí perfectamente porque hay que ser como uno es, como uno se siente, lo más natural».

«He aprendido lo que es la tolerancia, el respeto hacia los demás… ¡Aunque te encuentres personas que te las comías! Yo he pasado berrinches, noches sin dormir, de ira… pero es la vida y no voy a adelantar nada, sólo se empeora por el ejemplo hacia el hijo… Te hace ser más razonable en la vida.»

LALY: «Tienes días bajos pero tienes también días de mucha alegría y satisfacción… porque además ves que tu trabajo, el empeño que estás poniendo, es positivo y en mi caso ha sido muy positivo».

JOAQUÍN: «Cada vez que me sorprendía con un triunfo, me ratificaba más que era especial. Fue esencial que la dejásemos hacer y moverse, caerse… es muy fácil de decir pero por dentro te mueres… Tienes que aceptarlo. Yo sé que aún de mayor se ha caído y muchas veces se cae, pero no lo dice para no hacernos sufrir y por no darle importancia».

LALY: «Para mí Lary ha sido una recompensa. He aprendido lo que es la resignación, la voluntad, la paciencia, a ser alegre hasta en momentos duros para que ese hijo también lo sea».

JOAQUÍN: «Para mí ha sido un auténtico bien… cambié de forma de ser, he aprendido a ser más humilde, antes era más ambicioso, buscaba siempre tener más, tenía el carácter muy fuerte, quería comerme el mundo… Pero con ella me di cuenta de que realmente ya tenía todo, tenía lo suficiente».

LALY: «¿El resultado? Ahí está. Mis expectativas no sólo se han cumplido sino que se han superado. Estoy satisfecha y tranquila».

JOAQUÍN: «Esa sonrisa permanente, no ver el problema en nada, este qué hacer constante… te admira esa voluntad y a la vez sufres porque no sabes qué esfuerzo está haciendo cuando a veces ni tú mismo eres capaz. Tesón humano… eso es ella».

«Lary no es más ni menos que una persona como el resto… con sus defectos, como tenemos todos, pero luchadora…»

Currículum

Lary León Molina estudió en la Universidad de Nebrija en Madrid y tras cursar un cuatrimestre de graduado en la Hoge Hogeschool de la Haya (Holanda) en 1995, se licenció en Ciencias de la Comunicación y Periodismo. Justo en ese último año de carrera, fue ponente en conferencias y seminarios sobre la utilización y manejo de prótesis ortopédicas junto al doctor Salcedo (su ortopeda desde pequeña) en la Facultad de Medicina de Madrid. En 1995 se independizó y cumplió su sueño de trabajar en la radio. Tras tres meses haciendo prácticas en la Cadena Cope de Benidorm, fue contratada como locutora en la Cadena Ser de la Marina Baixa (también en Benidorm); comenzó grabando cuñas de publicidad, como reportera en el informativo *Hora Catorce* y continuó copresentando el magazine diario *Hoy Por Hoy Benidorm* y presentando programas nocturnos de música «New age». Al mismo tiempo, comenzó a trabajar en la televisión comarcal Canal 55, dirigiendo un magazine diario de entrevistas y entretenimiento y más tarde dirigiendo y presentando su propio informativo semanal *7 Días*.

En 1998 regresó a Madrid para incorporarse a Antena 3 televisión, donde comenzó de reportera de varios programas mientras realizaba locuciones y promociones en dicha cadena. Realizó trabajos de doblaje en documentales y dibujos animados y siguió haciendo colaboraciones radiofónicas en Telemadrid Radio, hasta formar parte en 2007 de la Fundación Antena 3, donde actualmente, aparte de llevar varios proyectos y viajar

al tercer mundo con la Campaña anual de los Derechos de la Infancia, dirige el Programa de Asistencia Hospitalaria de dicha Fundación, en el que organiza actividades y visitas con famosos para hacer más llevadera la estancia de los niños en el hospital. Además es directora del canal de TV FAN3, especialmente diseñado para los niños hospitalizados (en el que idea, graba y edita muchos de los contenidos).

Agradecimientos

Gracias Mamá, Papá, Nacho, Conchi, Sol, y Joaquín, por vuestro CALOR Y FANTASÍA; a ti Teresa por tu AMISTAD y tantas tardes de palabras y sentimientos recogidos en una pequeña grabadora; a Xabi por ser mi COMPAÑERO DE VIDA, por TU POESÍA, tu dedicación y tu empuje, que han hecho posible que este libro, como nuestro Amor, sea mucho más que una historia meramente contada.

Gracias a ti, Querido Lector, por bañarte conmigo a mar abierto y disfrutar de la luz de las estrellas.

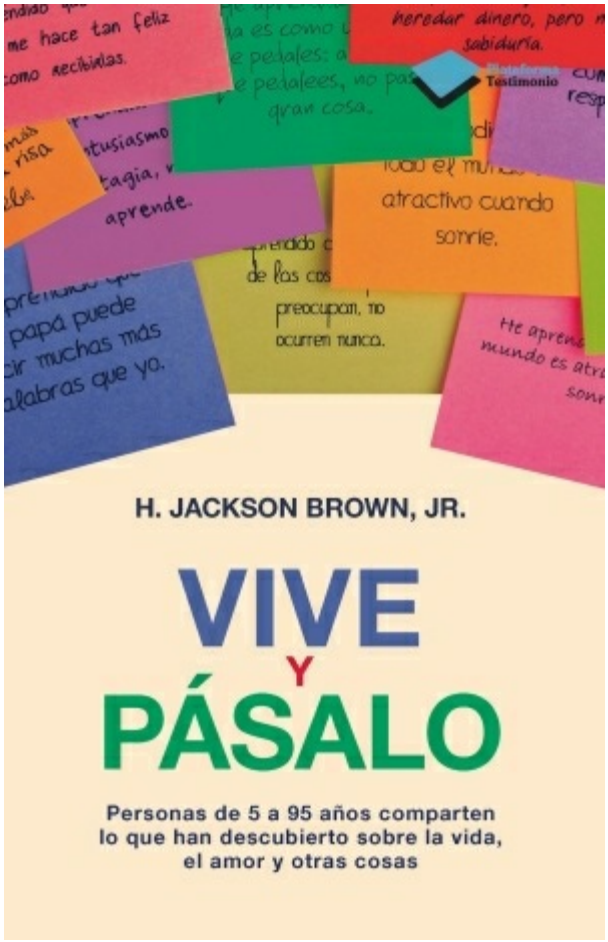
Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

Reinventarse no quiere decir convertirse en alguien distinto de quien se es, sino sacar a flote nuestro verdadero SER.


me hace tan feliz
como recibirlas.
heredar dinero, pero
sabiduría.
Testimonio
gran cosa.
aprende.
atractivo cuando
sonríe.
papá puede
cir muchas más
alabras que yo.
preocupan, no
ocurren nunca.
H. JACKSON BROWN, JR.
VIVE
Y
PÁSALO
Personas de 5 a 95 años comparten
lo que han descubierto sobre la vida,
el amor y otras cosas

Vive y pásalo

Brown JR, H. Jackson

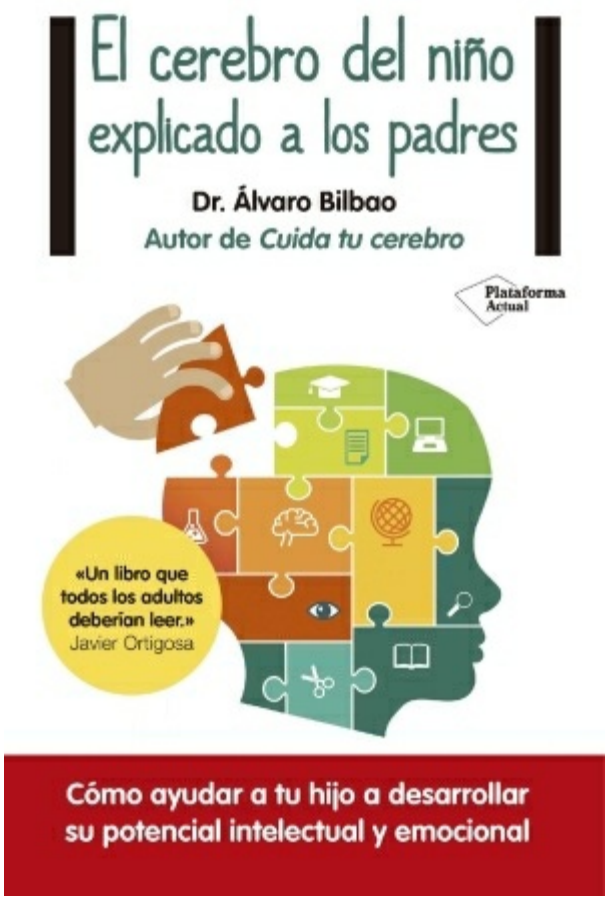
9788415880325

240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Personas de 5 a 95 años comparten lo que han descubierto sobre la vida, el amor y otras cosas El día que H. Jackson Brown cumplió cincuenta y un años, decidió apuntar algunas de las cosas más importantes que había aprendido en medio siglo de vida. Disfrutó tanto del ejercicio, que decidió convertirlo en una actividad semanal. Luego un amigo le copió la idea. Al cabo de un tiempo, más conocidos se unieron al proyecto y comenzaron a entrevistar a niños, adolescentes, jóvenes y personas mayores. El resultado es este libro, un conjunto de perlas de sabiduría provenientes de los más diversos medios sociales, que transmiten aliento y determinación. Hay páginas para emocionarse, para reír, para recobrar el ánimo y para darse cuenta de lo que verdaderamente vale la pena. Vive y pásalo, que ha estado más de 28 semanas en la lista de libros más vendidos del New York Times, es en definitiva una invitación a redescubrir nuestras prioridades y a seguir aprendiendo de la vida.

Cómpralo y empieza a leer


El cerebro del niño explicado a los padres
Dr. Álvaro Bilbao
Autor de Cuida tu cerebro
Plataforma Actual
«Un libro que todos los adultos deberían leer.»
Javier Ortigosa
Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental."LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible."ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer."JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor

regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

Cómpralo y empieza a leer

Reinventarse
Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig
Plataforma Actual
21ª edición ampliada
Traducido a 13 idiomas
Más de 100.000 ejemplares vendidos en España
¿Qué te atreverías a hacer si supieras que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

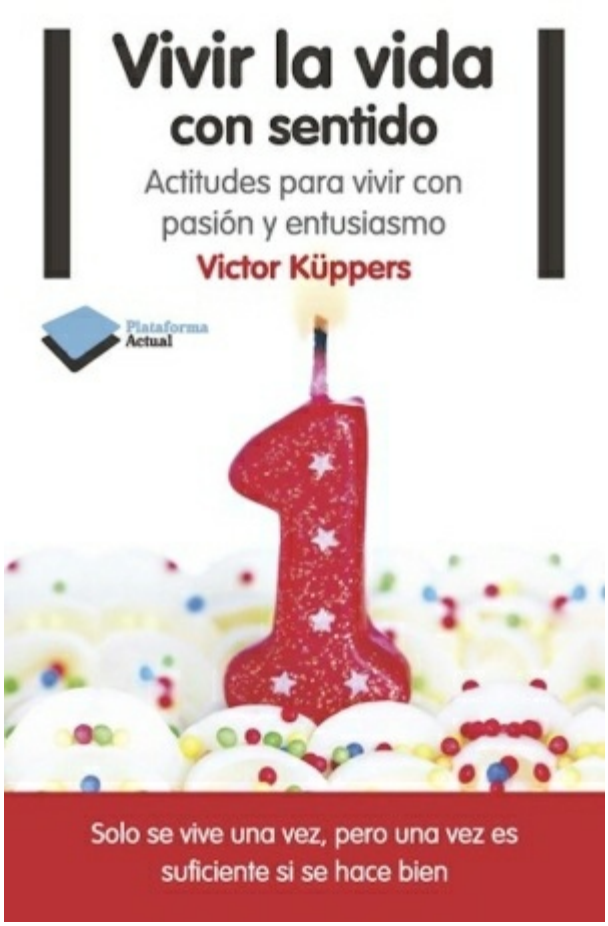
9788415577744

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

Cómpralo y empieza a leer


Vivir la vida
con sentido
Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo
Victor Küppers
Plataforma
Actual
Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

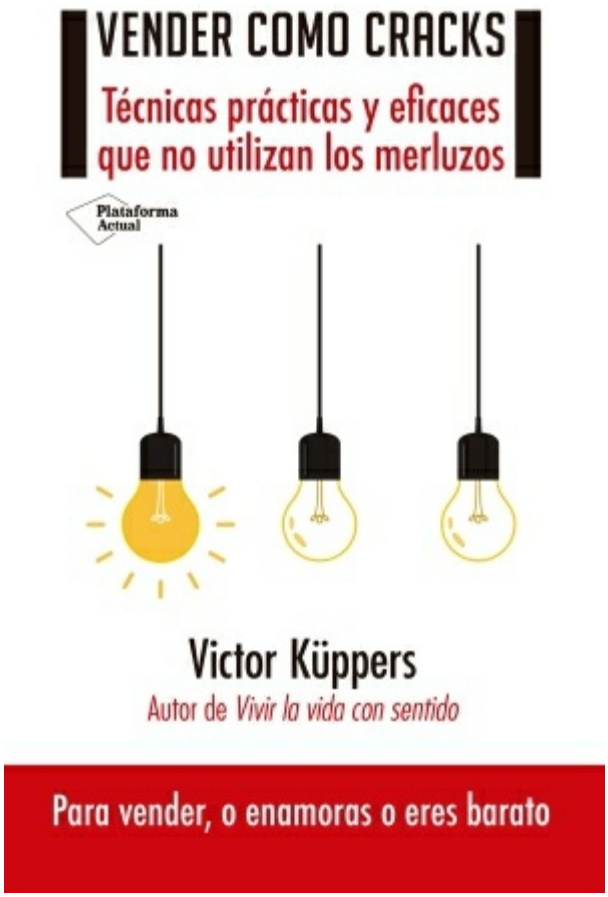
Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor
9788415750109
246 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

Cómpralo y empieza a leer


VENDER COMO CRACKS
Técnicas prácticas y eficaces que no utilizan los merluzos
Plataforma Actual
Victor Küppers
Autor de Vivir la vida con sentido
Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

Cómpralo y empieza a leer

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Cita	4
Contenido	5
Prólogo de un libro inolvidable, Matías Prats	7
Dedicatoria	9
¿Por qué un libro sobre mí?	10
1. La espiral de la vida	14
2. Hilarina la bailarina… Mi madre	17
3. Los hombres también lloran… Mi padre	19
4. Y así llegué yo	22
5. Lluvia de estrellas	26
6. Paréntesis. El hilo invisible	29
7. El mar	35
8. Un poquito de PAZ y un poquito de CIENCIA	42
9. El hospital: un limbo invertido	47
10. Una de piratas	55
11. Pie-Mano, Mano-Pie	64
12. Me aburro, me aburro…	68
13. Mamá, mamá, ¡mira, los loros…!	75
14. Sol, Sal, Agua y Arena	79
15. Gracias Heidi, gracias Clara	84
16. La Larita presumida	87
17. Hola, me llamo Marti	91
18. El cubo rojo	95
19. Pepinillos y fideos	100
20. Cadeneta multicolor	103
21. Flanes de piedras	113
22. El secreto de Manuela	117

23. Mi primer día de cole 122
24. «Esto» ¿soy yo? 132
25. De profesores y lecciones 134
26. ¡¡Rrrrrradio chupetín!! Pegada a la tierra 137
27. Los mayores son un rollo 142
28. Cumpleaños feliz 147
29. La pícara viborita 151
30. Los cristales bien limpios y los zapatos, si son de tacón, mejor 156
31. La manta de agua y estrellas 158
De Padres a Padres 160
Currículum 163
Agradecimientos 165
La opinión del lector 166
Otros títulos de la colección 167
Reinventarse 168